

UN PASADO INCIERTO

TIERRA SALVAJE
BOOKS

@Tierra Salvaje Books, 2020

Primera edición: agosto de 2020

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Capítulo 1: El despertar

El sonido de aquellas voces me despertó. Llegaban de lejos y hablaban en voz baja. Intenté abrir los ojos, pero un intenso dolor me sacudió la cabeza y atravesó todo mi cuerpo. Dejé que el dolor campara a sus anchas por mi interior y me abandoné a su suerte.

Me concentré en las voces que ahora escuchaba con mayor claridad, no sé si porque habían subido el tono o porque mi oído se había agudizado, al estar ahora más atento que antes. Eran dos, un hombre y una mujer.

—Mire, señora —dijo él, con voz viril, formando en mi mente difusa el retrato de un hombre entrado en años— todavía es pronto para saber el alcance del accidente y sus posibles secuelas. Lo único que sabemos en este momento con certeza es que tiene dos costillas rotas, el fémur fracturado y distintas contusiones, pero lo que más preocupa es conocer el alcance de los daños cerebrales y su tratamiento.

—Doctor, él y yo no estamos casados, al menos por el momento —dijo la voz femenina, sin duda perteneciente a una chica joven— ¿se va a poner bien? ¿Por qué no despierta?

—Verá —continuó la voz del que debía ser el doctor— como le estaba diciendo, su novio ha recibido un fuerte impacto en la cabeza. Tiene varias contusiones y hematomas, y hasta que no despierte no podemos conocer en qué estado está su cerebro. De momento, el hecho de que no despierte no es alarmante. Sus constantes vitales son estables, es un joven fuerte, y no dudo que acabará despertando.

—Pero es que lleva así dos días... —dijo ella en un tono que mostraba su evidente preocupación.

—Conozco casos en que han estado mucho más tiempo y han despertado sin secuelas ni complicaciones —intentó calmarla— no digo que sea el caso... ojalá fuera así. Lo único que quiero hacerle entender es que el cerebro es un órgano complejo, de

difícil diagnóstico y, aunque las primeras pruebas no hayan detectado nada preocupante, hasta que el paciente no despierte no podemos estar seguros. Hay que tener paciencia.

—Ya... —dijo ella resignada— al menos está vivo... cuando vi el estado en que había quedado el coche pensé que lo había perdido para siempre... No sabe la angustia que pasé hasta que alguien me confirmó que seguía con vida, que aún lo tenía a mi lado.

—No se angustie y sea paciente —dijo el doctor con voz condescendiente— en este caso hay suficientes motivos para creer en una pronta recuperación.

Intuí que debían hablar de mí. ¿Llevaba dos días dormido? ¿Había tenido un accidente de coche? ¿Por qué no podía moverme? ¿Y quién era esa chica a la que el doctor trataba como si fuera mi novia?

Noté a mi lado otra presencia, alguien que se movía al lado de donde estaba tendido. De eso sí estaba seguro, estaba tumbado y supuse que en una cama. Como había escuchado estaba en un hospital.

La presencia se acercó a mí y tocó mi brazo, moviendo algo que tenía clavado en mi piel, provocando un leve gemido de protesta por mi parte y que moviera levemente mi mano tratando de apartarla de aquella nueva fuente de dolor.

—Doctor —dijo al instante otra voz, ésta mucho más cercana— se acaba de mover...

Pasos acercándose, unos dedos palpándome y, de pronto, una luz cegadora directa a los ojos. De nuevo, me agité intentando huir y moviendo al parecer mi cabeza. Aquellos parecieron apiadarse de mí y me abandonaron momentáneamente, reiniciando la exploración en zonas menos dolorosas para mí.

—¿Lo ve? —dijo con alegría aquel hombre— ya le dije que despertaría...

—Sí... —dijo la voz femenina entre sollozos— gracias doctor...

—No me dé las gracias todavía —le respondió él— tenemos que ir paso a paso... ver si hay secuelas, hacer más pruebas y, luego, si todo va bien, empezar la recuperación, pero ahora dejémosle descansar.

Las voces se alejaron, un ligero pinchazo en el brazo y el dolor empezó a remitir sumiéndome de nuevo en un profundo sueño.

No sé el tiempo que permanecí inconsciente, dormido o lo que fuera el estado en que me encontraba. Solo sé que, cuando me desperté de nuevo, esta vez sí pude abrir los ojos sin sentir aquel dolor atroz que me lo había impedido la primera vez. Seguía habiendo dolor, pero algo más leve, más llevadero...

Un falso techo aderezado de varios focos que alumbraban la habitación fue lo

primero que vi. Intenté mover la cabeza y, para mi sorpresa, conseguí hacerlo. Paredes blancas, una butaca al lado de la cama donde, como ya había adivinado, me encontraba tumbado y una mesita al lado donde se hacinaban varios objetos a los que no dediqué una mirada más escrutadora.

Al pie de la cama, mi pierna colgaba de un anclaje y de mi mano salían varios cables y tubos conectados a máquinas varias que pitaban de forma rítmica y constante. Definitivamente, estaba en un hospital.

Había abierto los ojos y movido la cabeza, lo siguiente fue probar mis dedos y luego la mano. De momento todo bien. El brazo también conseguí levantarlo y la pierna, la buena, también respondió a las órdenes de mi cerebro. Sentí un profundo alivio, al parecer todo respondía como debía y no me habían quedado secuelas... al menos hasta donde llegaba mi alcance.

—Vaya, veo que estás despierto de nuevo... —dijo una voz entrando por la puerta de la habitación— parece que tienes mejor cara...

Era la enfermera, la misma que estaba en la estancia la última vez que me había despertado. No respondí, tampoco sabía si podía ya que aún no lo había intentado. Pero ella no necesitaba respuesta alguna para seguir hablando.

—Vamos a ver cómo está todo esto... —dijo comprobando los cables y las constantes— ya verás que alegría le vas a dar a Sara cuando te vea así... lo ha pasado tan mal la pobre...

¿Quién era Sara? Pensé mientras miraba a aquella enfermera de cabello negro recogido en una coleta agacharse, dándome una visión privilegiada de su culo embutido en aquellos pantalones blancos donde se marcaba a la perfección su ropa interior.

—Dentro de un rato vendrá y podréis estar un rato juntos que seguro que la has echado de menos —dijo levantándose e inclinándose sobre mí para comprobar el vendaje que cubría mi pecho, dándome ahora una panorámica de sus pechos que, sin ser muy grandes, eran bastante proporcionados a su pequeña figura— a ver por aquí...

Y para mi sorpresa, me quitó la sábana hasta un poco más debajo de mi entrepierna, dejando al descubierto mis partes más íntimas.

—Daniel, Daniel, Daniel... —dijo mientras alargaba su mano y acariciaba mi miembro completamente flácido— menudo descubrimiento...

Su dedo recorrió la longitud de mi miembro, provocándome un cosquilleo en toda la zona y provocándome sentimientos encontrados: alivio al notar que aquella zona parecía responder a los estímulos de aquella enfermera, pero también sorpresa, porque para nada me hubiera esperado algo así. Y, finalmente, enfado. ¿Quién coño se

creía esa enfermera para tomarse esa libertad?

—Lástima que no tengamos tiempo para seguir jugando un ratito más... —dijo mientras tras una última pasada a mi miembro volvía a cubrirme con la sábana.

Yo no entendía nada de lo que acababa de pasar, pero, por suerte o por desgracia, no tuve tiempo de darle muchas vueltas al asunto ya que la puerta volvió a abrirse y apareció una chica que supuse debía de ser la que hablaba con el doctor, no sé si hacía unas horas o quizás días. Había perdido la noción del tiempo.

—Hola Sara —saludó la enfermera— mira quién se ha despertado...

—¡Daniel! —gritó contenta aquella tal Sara que vino hacia mí— no sabes lo preocupada que he estado por ti... por un momento me temí lo peor... creí haberte perdido para siempre, que nunca volvería a tenerte entre mis brazos...

Mientras se acercaba a mí, la observé con detalle. Era alta y muy guapa. Su bello rostro estaba enmarcado por su larga cabellera rubia y en él destacaban sus ojos claros y su radiante sonrisa. Su cuerpo, delgado y bien cuidado, donde destacaban un par de pechos más que generosos y unas piernas largas que resaltaban aquellos tejanos ajustados que llevaba.

Aquella chica llegó a mi lado e intentó coger mi mano, mano que de forma instintiva aparté rápidamente alejándola de la suya para su total desconcierto, la de ella y la de la enfermera que también se quedó sorprendida por mi reacción.

—¿Daniel? ¿Qué pasa? —preguntó ella mirándome fijamente y con su mano aún extendida— ¿qué está sucediendo, María? ¿Por qué no me reconoce?

Su rostro había mutado de la alegría inicial al descubrirme despierto a la total confusión, por mi reacción que no se esperaba para nada. Pero que queréis que os diga... por muy buena que estuviera ella y que todo el mundo diera por supuesto que aquella belleza era mi novia, yo no la recordaba, no sabía quién era. Si estuviera saliendo con alguien así seguro que me acordaría ¿no?

—No lo sé —dijo la enfermera— pero esto no me gusta nada... voy a llamar al médico, enseguida vengo.

Salió deprisa de la habitación y no tardó en volver acompañada de aquel doctor que me había inspeccionado la otra vez y que ahora mostraba un rostro serio y preocupado.

—Hola, Daniel —dijo acercándose y volviendo a sufrir otra revisión, que volvió a acrecentar mi malestar y que apareciera de nuevo el dolor.

Mientras, detrás del doctor, las dos mujeres observaban toda la escena con preocupación en su rostro, esperando con ansiedad el diagnóstico del médico.

—Parece todo normal, al menos en la parte física... —dijo el doctor— a ver,

Daniel... ¿sabes dónde te encuentras?

—En un hospital ¿no? —dije con voz insegura, pero confortado al saber que aún podía seguir hablando y no entendiendo a qué venía aquella pregunta. ¿Era obvio, no?

—Muy bien —respondió satisfecho— y ahora dime... ¿conoces a esta chica? —me preguntó mientras arrastraba a la tal Sara a su lado.

—Bueno, la enfermera la ha llamado Sara... —respondí yo— pero si lo que quieres saber es si la conozco de algo... pues no, no la había visto en mi vida.

Y menos es mi novia, pensé para mí. No conseguía recordar mi aspecto, pero por nada del mundo creía ser tan guapo como para tener a mi lado a semejante mujer. Ni de coña esa Sara podía ser mi novia.

El doctor suspiró mientras se ajustaba las gafas de pasta y la tal Sara se ponía blanca, sin comprender nada, recibiendo enseguida el consuelo de la enfermera que la acogió en sus brazos, con expresión también de sorpresa y consternación.

—¿Y a ella la conoces? —dijo señalándome a la enfermera.

—Tampoco la había visto nunca —dije sin entender nada de lo que estaba pasando. ¿Por qué debía conocer a aquellas dos mujeres?

—Esto es más grave de lo que pensaba... —dijo en voz baja el doctor, pero no lo suficiente como para que no lo escucháramos los demás— Daniel... ¿sabes que te llamas Daniel, ¿no? ¿Recuerdas algo de tu vida? ¿Trabajo, familia, amigos, aficiones?

El dolor se intensificaba mientras hacía un esfuerzo supremo por tratar de responder a aquella pregunta. Claro que sabía que me llamaba Daniel... bueno, al menos así me habían llamado todos y como tal lo había asumido. ¿Familia? Alguien debía haberme puesto ese nombre, pero tampoco conseguía ponerle rostro ni nombre a esas personas... ¿trabajo? Supongo, pero ni idea de cuál... ¿Amigos? Por supuesto... ¿quién no tiene amigos? Pero tampoco recordaba a ninguno... quizás era un solitario y no tenía ninguno... ¿aficiones? ¿Qué era lo que me gustaba hacer en mi tiempo libre cuando salía de ese trabajo que no sabía si tenía? Ninguna idea.

A medida que me hacía esas preguntas y no hallaba respuestas, empezaba a darme cuenta de la magnitud del asunto y del porqué de la preocupación del doctor. No conseguía recordar nada de nada. Estaba completamente en blanco.

Por la expresión de mi cara el médico obtuvo su respuesta, ajustándose de nuevo las gafas y mesándose su cabello encanecido.

—No te preocupes, Daniel... era una de las posibles cosas que podían suceder, pero albergaba la posibilidad de que no ocurriera... —dijo mientras se giraba y se dirigía a las dos mujeres allí presentes— tendremos que hacer nuevas pruebas, revisar las anteriores, buscar la causa de su pérdida de memoria...

Escuchar de sus labios lo que ya me ya había intuido, me golpeó de lleno, dejándome estupefacto mientras contemplaba el rostro serio de aquellos tres desconocidos que me miraban preocupados.

La ansiedad se apoderó de mí al empezar a comprender el alcance de aquella noticia. No tenía ni idea de quien era, ni sabía nada ni de mi vida ni de mi pasado, no conocía a nadie de los que me rodeaban... demonios, no sabía ni cuál era mi aspecto.

Empecé a respirar de forma agitada, agobiado por toda aquella situación, desconocedor del porqué de todo aquello, qué lo había provocado y, lo más importante, si iba a ser reversible o no... si, alguna vez o de alguna forma, iba a conseguir recuperar mi memoria y recuperar mi vida pasada...

Por suerte, el médico adivinó mis inquietudes y se apiadó de mí, inyectándome vete a saber qué y volviéndome a sumir en un sopor que hizo alejar mis temores. Al menos, por un tiempo.

Capítulo 2: ¿Quién soy?

Después del veredicto del doctor tocó otra tanda de pruebas que se sucedieron sin tregua durante el resto del día... o noche, que no sabía muy bien en qué parte del día estaba al no contar con ventanas en la habitación.

A todo esto, con tanto trajín, el dolor volvió de forma intensa, sintiéndolo en todo el cuerpo pero, sobre todo en mi cabeza, fuente principal de las pruebas que me estaban realizando. Por suerte, cuando acabé con aquel infierno de idas y venidas por las instalaciones del hospital, volvieron a meterme en mi habitación y a suministrarme otro calmante que me dejó fuera de juego en nada de tiempo.

Cuando volví a recobrar la conciencia, no estaba solo. En la butaca que había al lado de la cama estaba medio recostada aquella enfermera, la que decía llamarse María, pero ahora vestida de calle con unos leggins y una camiseta ajustada.

Parecía dormida e intenté no hacer ningún ruido que pudiera despertarla. No por ella sino por mí. No me apetecía nada que se despertara y empezara a hablar, calentándome la cabeza y haciendo reaparecer el dolor que me atenazaba cada vez que intentaba forzar algo mi maltrecho cerebro.

Vi que habían desaparecido cables y que en una mesa portátil, al otro lado de la cama había una bandeja con comida. ¡Joder, qué hambre tenía! Tampoco era capaz de recordar la última vez que había comido y, menos, el qué. Me moví lo más sigilosamente que pude tratando de alcanzar la mesa y acercarla a mí para devorar su contenido, pero nada, estaba demasiado lejos para mi cuerpo magullado y medio inmovilizado.

—Espera que yo te ayudo —dijo una voz a mi lado. Mierda, se había despertado la enfermera parlanchina.

La enfermera, María, me acercó la mesita y dejó a mi alcance aquella bandeja de comida que, si bien no tenía muy buena pinta, me abalancé sobre ella de lo hambriento que estaba.

—Tranquilo, come con calma que nadie te la va a quitar —me dijo mientras volvía a tomar asiento y, al parecer, poco dispuesta a darme la brasa mientras comía. Cosa que agradecí enormemente.

No tardé en acabar de comer y quedar medianamente satisfecho y saciado. María se apresuró en levantarse y apartar la mesita, volviendo a ocupar su sitio en la butaca y mirándome fijamente. Algo me decía que mi calma no duraría demasiado...

—¿En serio no recuerdas nada? —preguntó ella confirmando mis sospechas.

—Pues parece ser que no... al menos a ti y a la otra chica, seguro que no... —dije con firmeza, casi con enfado, esperando que no volviera a hablar. No iba a tener esa suerte.

—Sara se ha ido a vuestra casa, a descansar... —dijo ella no desistiendo en su empeño de seguir con la conversación— la pobre ha recibido un duro golpe al ver que no la reconocías...la he mandado allí a dormir y me he quedado yo en su lugar, a hacerte compañía... no sabes lo mal que se ha quedado al ver que no sabías quién era... con todo lo que habéis pasado juntos y lo mucho que os queréis...

Pues menuda suerte había tenido...

—¿Sabes que es tu novia, no? —Siguió ella hablando, haciendo caso omiso de mis deseos— es que no me puedo creer que no recuerdes nada... tres años juntos, dos viviendo en el mismo piso... eso no se puede olvidar así como así.

Pues parece que sí, pensé, y yo era la prueba evidente de ello. Si aquella Sara era mi novia no tenía ningún recuerdo de ella...

—¿Quieres que te hable de tu vida a ver si así te refresco la memoria? —me preguntó ella no sabiendo yo muy bien porqué, ya que algo me decía que iba a hacerlo de igual manera.

Yo solo gruñí como respuesta y ella se lo debió tomar como un sí porque no tardó nada en reanudar su verborrea.

—Te llamas Daniel —empezó ella. Menuda novedad...— tienes 34 años y aunque ahora estás hecho un asco, la verdad es que estás bastante bueno.

Ahora no pude evitar mirarla, sorprendido por sus palabras. Ella sonreía mirándome a su vez. Al parecer le resultaba atractivo y no podía dejar de recordar cómo me había acariciado la polla no sabía muy bien cuándo... curioso, en ese

momento me di cuenta que sí podía recordar lo sucedido después de despertarme.

—A ver, sigo... —dijo María— vives en un piso con tu novia Sara desde hace dos años, trabajas en una empresa de marketing, donde ganas bastante dinero y que te obliga a viajar de vez en cuando, eres hijo único y tus padres, por desgracia, murieron hace mucho en un accidente de tráfico.

Aquí calló dándose cuenta de lo que acababa de decir y el paralelismo que había estado a punto de cumplirse.

—Lo siento... —dijo disculpándose— no debería haberte dicho eso.

—No lo sientas —le dije sin acritud— no puedo lamentar lo que no recuerdo.

Y era sincero. ¿Cómo sentir pena por alguien a quién era incapaz de recordar? Pero, a la vez, un sentimiento de tristeza e impotencia me embargó. ¿Cómo podía ser posible que ni a mis padres pudiera recordar? ¿Tan jodido estaba?

—¿Y tú qué papel juegas en mi vida? —le pregunté ante su silencio aunque sabía que eso la animaría a volver a hablar, pero no me gustaba verla así de disgustada por lo que acababa de decir. Al menos María se había portado bien conmigo en el poco tiempo que la conocía...

—Bueno, nos conocemos por parte de Sara —dijo retomando la palabra y su gesto alegre de nuevo— ella y yo somos muy amigas desde hace mucho tiempo, desde el instituto y así fue como entré en tu vida...

—Tú y yo... alguna vez... —quise preguntar recordando lo sucedido el otro día.

—¿Si nos hemos acostado? —Acabó ella la frase— no, nunca aunque ahora me han dado ganas de hacerlo... al menos, desde que sé lo que tienes ahí debajo...

—¿Pero no has dicho que tú y ella sois tan amigas? —le pregunté confuso.

—Sí ¿y qué? Es solo sexo, no amor y no parecía que eso te importara mucho cuando te vi follándote a Miriam... —me dijo con una sonrisa pícaro.

—¿Miriam? ¿Y esa quién coño es? —le pregunté totalmente perdido.

—Otra de sus amigas, mía también claro —me contestó— y novia de tu amigo Manu... que trabaja contigo también.

Madre mía. El dolor de cabeza volvió de forma intensa, martilleando mi sien. ¿Qué clase de persona era yo? ¿Cómo podía tener una novia así e ir engañándola con otra?

—Lo siento —volvió a disculparse— creo que ya he hablado demasiado... pero lo de Miriam, debías saberlo. Mañana creo que vendrá a verte y debías saber lo que había entre vosotros dos... y que Manu y Sara desconocen...

—Joder —dije echándome las manos a la cabeza— ¿era esa clase de tío que va acostándose por ahí con cualquiera?

—No —respondió ella con rapidez— que yo sepa, solo lo has hecho con ella, y

desde no hace mucho, un mes o así... y no es nada serio, solo sexo... no hay sentimientos de por medio... eso que quede claro...

—¿Pero por qué? —dije sin entender las razones por las que haría algo así.

—Hombre, Miriam está muy buena... —dijo sonriendo— solo por eso ya vale la pena tirársela... yo lo haría...

—Pero... —balbuceé sin entender por qué yo haría algo así— ¿acaso Sara y yo tenemos problemas? ¿No estamos bien?

—Al contrario, los dos os queréis mucho —dijo María— mira, Daniel, no sé por qué tenías una aventura con Miriam, pero sí sé que solo era sexo... os vi, follabais y no hacíais el amor... y ella lo tiene claro, hablé con Miriam y para ella es solo eso, sexo... ella quiere a Manu, lo único que en la cama pues no la llena como ella necesita... y ahí es donde entras tú, nunca mejor dicho...

Yo estaba confuso, con un dolor de cabeza tremendo provocado por todo aquello que estaba escuchando y no entendiendo los argumentos que María me estaba dando.

—Sé que debe ser confuso para ti Daniel, tanta información y así, de golpe... —dijo con voz calmada y levantándose de la butaca— creo que será mejor que me vaya y te deje descansar, que puedas procesar con calma todo lo que has escuchado...

Yo solo afirmé mientras sentía mis sienes palpar y un dolor lacerante recorría mi cabeza. Sí, mejor que se fuera. No quería seguir escuchando.

—Adiós —dijo ella dándose la vuelta y emprendiendo el camino a la puerta de la habitación.

No pude evitar fijarme en el culo que le marcaban aquellos leggins que llevaba puestos y que le favorecían mucho. Ella se dio la vuelta antes de salir y me sonrió, pillándome de lleno en pleno escrutinio de su culo, cosa que no pareció molestarla sino todo lo contrario.

Mierda. Tenía una novia preciosa que se suponía que me quería con locura, pero a la que yo ponía los cuernos con una tal Miriam y, por si fuera poco, me había dejado tocar la polla y babeaba por el cuerpo de María, otra amiga de mi supuesta novia. ¿Qué clase de ser despreciable era?

Por muchos argumentos y excusas que me diera María, no dejaba de ser una infidelidad en toda regla lo que había estado haciendo y eso me hacía sentir mal, provocándome un desasosiego y un malestar creciente que no hacía más que aumentar el dolor y el sufrimiento que se unía al proveniente de mi malherido cuerpo.

Estuve inquieto en la cama, intentando dormir sin conseguirlo. Al menos, al estar tumbado y con los ojos cerrados, sin nadie taladrando mi pobre cerebro, el dolor fue remitiendo algo hasta que, no sé cuántas horas después de la marcha de María,

conseguí dormirme.

Esa noche fue cuando tuve la primera visión, el primer fragmento de un recuerdo de mi vida pasada. Estaba en un piso, concretamente en un salón, a oscuras. No lo reconocía, cosa nada extraña viendo mi estado. Se sentía afuera el golpeteo de la lluvia, el ulular del viento y, de pronto, el destello de un rayo iluminó brevemente la estancia.

Lo suficiente para una visión rápida del lugar. En un lado, una mesa con varias sillas cerca del ventanal que debía dar a la calle. La mesa estaba llena de restos de bebida, de pizza y picoteos varios. En el otro lado, un aparador pegado a la pared con una tele enorme. Enfrente, un sofá grande y dos más pequeños a sus lados, formando una U en cuyo centro había una mesita de cristal, también con restos de comida y bebida. Sin duda allí alguien se lo había pasado bien esa noche...

Avancé adentrándome en la estancia y otro destello del cielo me permitió ver algo que me había pasado desapercibido en mi primer examen. Ropa en el suelo. Primero, un pantalón de hombre. Luego, una camisa también de hombre. Después, un revoltijo de ropa femenina: una escueta falda, un top y lo que parecía ser un tanga.

Tragué saliva, nervioso, aunque no sabía por qué. Todo aquello me era ajeno por completo. Un murmullo proveniente del sofá me hizo avanzar, tratar de descubrir su origen, saber de qué iba todo aquello. Si era un recuerdo o solo una fantasía de mi mente dañada.

Avancé con el corazón en un puño, con temor a descubrir vete a saber qué pero que, por alguna razón, tenía miedo de averiguar, haciendo que mis pasos fueran vacilantes e inseguros, que sudara a pesar de estar soñando y notando como mi cuerpo temblaba a cada paso que daba.

Me asomé por el lateral del sofá y vi, allí tumbada, a una mujer que dormía. Estaba de espaldas a mí, completamente desnuda y no podía ver su cara, saber si reconocía en ella a las dos únicas personas que conocía de mi vida pasada.

Era un sueño extraño. Era todo tan real pero a la vez todo lo contrario. Como si estuviera observando todo aquello desde la distancia, a través de los ojos de una tercera persona pero, a la vez, sintiendo todo lo que él sentía, sufriendo lo que él sufría.

La chica se removió en el asiento, sacando un poco el culo hacia afuera, hacia donde estaba yo. Vi como una mano, quizás mía quizás no, se posaba sobre su nalga que acariciaba con delicadeza, como no queriendo despertarla. De nuevo, la chica se removió y un leve suspiro se escapó de sus labios pero seguía dormida.

Aquella mano subió siguiendo la línea de su columna, recorriendo toda su espalda hasta alcanzar su nuca, desplazándose hasta su hombro para bajar marcando su

silueta hasta colarse por debajo de su brazo y alcanzar uno de sus pechos.

Casi podía sentir en mis dedos la tersura de su piel, la firmeza de aquel pecho ni grande ni pequeño y cuyo pezón notaba erizarse bajo la presión de mi mano. Ahora un gemido se escapó de su garganta y su cuerpo se ladeó quedando completamente tumbada sobre el sofá, dejando todo su cuerpo a mi vista y alcance. Y por supuesto, su rostro también. Era María.

No pude evitar recorrer con mi vista su cuerpo desnudo, aquel cuerpo que ya había adivinado bajo su uniforme de trabajo y que tan agradables sensaciones había provocado en mi entrepierna. Sensaciones que ahora volvía a sentir, notando como mi miembro palpitaba ante aquella imagen y como empezaba a crecer bajo mi pantalón.

Me quedé completamente paralizado y confuso, no entendiendo nada. ¿Aquello era un recuerdo? María me había dicho que nunca habíamos tenido sexo los dos así que aquello no tenía sentido. ¿Entonces era una fantasía, un sueño erótico motivado por las insinuaciones de la enfermera? Sí, eso debía ser...

La mano bajó por su vientre plano, jugando levemente con el piercing que la enfermera llevaba en el ombligo y bajando hasta perderse en su pubis casi completamente depilado, solo con una fina línea que indicaba el camino a seguir.

La mano se adentró entre sus piernas que María había abierto inconscientemente, sumida como estaba en el mundo de los sueños, dejándola hacer. Los dedos se colaron en su interior con facilidad, su coño estaba abierto, húmedo y algo viscoso, haciéndome presuponer que no era el primero en profanar su interior.

Ella suspiró al sentirse penetrada, se abrió aún más de piernas facilitando la labor de los dedos que la penetraban mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

—¿Has vuelto Fran? —Dijo entre suspiros— ¿Qué pasa? ¿No has conseguido tirarte a Sara? —la mención de ese nombre me provocó un malestar que no conseguía comprender, un odio visceral que nacía desde lo más profundo de mis entrañas— Pues que sepas que yo no soy plato de segunda mesa...

De un manotazo apartó la mano de su interior y se dio la vuelta, colocándose de nuevo dándome la espalda, dejándome allí plantado, de nuevo confuso y desorientado con todo aquello que estaba viviendo.

¿Quién coño era Fran? Y lo más importante ¿Por qué estaba intentando acostarse con mi novia? ¿Sería suya la ropa de hombre que había visto en el suelo al entrar? Y si así era ¿Dónde coño estaba?

Fue entonces cuando me desperté, sudando y temblando, con un dolor de cabeza brutal y dando un susto de muerte a Sara que estaba al lado de la cama.

Capítulo 3: La terapia.

—Cariño ¿qué te ocurre? ¿Estás bien? —me preguntó ella preocupada, haciendo amago de cogerme la mano que yo aparté al instante. No me pasó por alto el gesto de contrariedad que aquello le causó pero no lo pude evitar, fue algo instintivo.

—Sí... creo que he tenido una pesadilla... —dije intentando recuperarme.

—Espera, que voy a llamar al médico —dijo ella saliendo de la habitación.

—No hace falta... —dije pero ya era tarde, ella ya había salido en busca del doctor.

No tardó en volver acompañada del mismo doctor de la otra vez pero esta vez no venía solo. Iba acompañado por una mujer pelirroja, de aspecto joven y por la bata que llevaba, supuse que también debía ser doctora como él.

—Buenas tardes, Daniel —dijo el doctor acercándose a darme su habitual chequeo.

Me dejé hacer mientras aun respiraba de forma algo agitada por el extraño sueño que acababa de tener. Sara me miraba preocupada y la otra doctora con inusitado interés, como una estudiante de medicina antes de abrir a su primer cadáver.

—Bien, como siempre no veo nada anormal aparte del ritmo elevado de pulsaciones y tu estado algo nervioso —dijo apartándose levemente de mí e invitando a las otras dos a acercarse a la cama— ¿puedo saber qué ha pasado? ¿Has recordado algo?

—No, no creo... —dije casi en un murmullo— ha sido más bien una pesadilla...

—Pobrecito mío... —dijo Sara acercando su mano a mi mejilla. De nuevo, aparté mi rostro impidiendo el contacto. Gesto que volvió a provocar malestar y desconcierto en ella e interés en la doctora pelirroja, que se ajustó sus gafas de pasta y se recolocó el cabello rojizo detrás de la oreja.

—Mira Daniel —empezó a hablar el doctor— hemos vuelto a repetir las pruebas pero los resultados son los mismos... no hay lesión evidente en tu cerebro, nada que pueda indicar tu pérdida de memoria...

—¿Y entonces? —Pregunté yo— ¿no estará insinuando que me lo estoy inventando todo?

—De ninguna manera —intervino la doctora por primera vez— soy la doctora Alejandra Fuentes y soy psicóloga.

Se acercó y me dio la mano, que yo estreché, cosa que provocó una sonrisa en ella y volvió a recuperar su posición al lado del doctor y de Sara que la miraba extrañada al igual que yo. ¿Qué tenía yo que ver con una psicóloga?

—Verás, Daniel —dijo la doctora sentándose en el filo de la cama— después de ver que no hay lesiones evidentes en tu cerebro se ha planteado la posibilidad de que tu

pérdida de memoria sea algo psicológico... algo ha bloqueado tu memoria, no sé si el accidente o algo que ocurrió antes del accidente... me imagino que no tienes ni idea de lo que pueda haber causado algo así.

—¿Cómo voy a tenerla? No recuerdo nada... —dije yo recordándole lo obvio y no pasándome desapercibida la mirada seria de Sara, que me miraba fijamente.

—Bueno, algo sí ¿no? —dijo ella mirándome fijamente— viendo tu estado, algo me dice que algún recuerdo has recuperado.

—Eh... no sé si era un recuerdo, creo que era más bien un sueño... —dije, no sabiendo muy bien cómo explicarle lo que había visto y sentido— ha sido todo muy desconcertante.

—Daniel, la mente humana es muy compleja y actúa de forma extraña a veces —me explicó ella— estoy segura de que lo que has soñado no era real, al menos no del todo, pero una parte de él sí que lo era... fragmentos de memoria mezclados con algo de fantasía ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí, claro, pero... —dudé no sabiendo cómo seguir— ¿cómo sé qué es lo real y qué no lo es? Es todo tan confuso...

—Lo sé, Daniel y me temo que no irá a mejor... —contestó Alejandra— tu mente está luchando para superar ese bloqueo y seguirá haciéndolo, cada vez más y el momento en que tu mente domina sobre tu voluntad es cuando duermes...

—¿Eso significa más pesadillas? —dije algo asustado por el cariz que estaba tomando aquello.

—No lo mires así —intentó tranquilizarme— míralo como una oportunidad de descubrir la verdad. No te opongas al sueño, adéntrate en él, profundiza en él y así llegarás al meollo del asunto, al auténtico causante del bloqueo de tu mente...

—Eso es fácil de decir... —dije yo contrariado.

—Lo entiendo y sé que será duro pero yo estaré ahí para ayudarte, para intentar entre los dos tratar de averiguar qué de lo soñado es real y qué fantasía —dijo con voz sosegada— ¿quieres que empecemos ahora?

—Bueno... —dije nervioso mirando de reojo a Sara que no perdía detalle de todo lo que hablábamos.

—Tranquilo —dijo ella percatándose de mi nerviosismo y mi mirada a Sara— necesito estar a solas con él para que nada ni nadie lo distraiga y se pueda abrir a mí... —dijo girándose hacia los otros dos presentes en la habitación.

—Pero... —empezó a protestar Sara que se resistía a dejarme a solas con la doctora.

—No nos llevará mucho rato y luego, si a él le parece bien, seguro que te contará lo sucedido —dijo levantándose y cogiendo de la mano a Sara— sé que es difícil para ti

pero debes comprender que, ahora mismo, tú eres una extraña también para él y hasta que no rompamos ese bloqueo, eso seguirá siendo así...

—De acuerdo... —dijo ella aceptando que tenía razón— es que todo esto me supera...

—Es comprensible pero ya verás cómo pronto se arregla todo —la confortó la doctora.

Sara y el doctor salieron por la puerta y me quedé a solas con Alejandra, que volvió a sentarse en el filo de la cama a mi lado.

—Bueno Daniel, antes de empezar a contarme lo que has soñado quiero que me digas una cosa —me preguntó— ¿has hablado con Sara o te ha explicado ella algo de tu vida antes que perdieras la memoria?

—No, Sara no —le respondí— pero María, su amiga y enfermera, sí... algo me contó...

—Interesante... —dijo ella pensativa— ¿puedo saber qué?

—Bueno... que Sara y yo éramos pareja, que nos queríamos mucho, de qué trabajaba, que ella y yo nos conocíamos y éramos amigos... —dije lo esencial pero ocultando parte de la información. No quería reconocer ante aquella desconocida qué tipo de hombre era antes.

—¿Y qué más? —Me dijo mirándome con firmeza, desarmándome— hay algo que me ocultas... puedes hablar con franqueza, Daniel. Desde el momento en que hemos empezado a hablar estás bajo el amparo de la confidencialidad entre médico y paciente... no puedo contar nada de lo que digas sin tu consentimiento... así que dime ¿qué más te contó María? ¿Tenía algo que ver con Sara?

Joder con la doctora pensé mirándola casi con miedo. Parecía un libro abierto para ella, no podía ocultarle nada.

—Puede —respondí resignado— pero es que me da algo de vergüenza... no es una cosa de la que me sienta orgulloso y no quiero que pienses cosas raras de mí...

—No lo haré, Daniel —dijo cogiéndome la mano y dándome algo de la tranquilidad que me faltaba— sigue...

—Me dijo que llevaba un mes poniéndole los cuernos a mi novia... —dije casi susurrando y apartando mi mirada de la suya, avergonzado.

—Vaya —solo dijo ella— eso puede explicar lo que te pasa con ella...

—¿Perdón? —dije volviendo a mirarla no entendiendo a qué se refería.

—Me refiero al hecho que eres incapaz de tocarla —dijo Alejandra— cada vez que intenta tocarte la rechazas... ahora la cuestión es saber si ese rechazo es fruto de un arrepentimiento real por unos cuernos y esa es la causa de tu bloqueo o hay algo

más... ¿en tu sueño aparece algo de esto que me acabas de contar?

—Quizás... —dije yo no sabiendo como contarle lo del sueño— la verdad es que fue todo muy confuso pero a la vez muy real... no sé cómo explicarlo...

—Pues cuéntalo tal como lo recuerdes... —me animó ella.

—Estaba en un piso que no reconocía y afuera había una tormenta —dije yo y viendo como ella empezaba a escribir en una libreta que sacó del bolsillo de su bata— ¿Qué escribes?

—Cosas relevantes de tu historia —me aclaró— por ejemplo, la tormenta. Supongo que no recordarás que la noche del accidente había una tormenta sobre la ciudad...

—Pues no —dije extrañado— supongo que a eso te referías cuando decías que mi mente mezclaba realidad y ficción...

—Exacto —dijo sonriendo— y ahora prosigue...

—Pues estaba en el salón de aquel piso y avancé adentrándome, dándome cuenta que allí se había producido algún tipo de fiesta o algo así por la cantidad de botellas vacías y restos de comida que había por doquier —seguí relatando— pero había algo más... en el suelo había prendas de ropa, tanto de hombre como de mujer...

—Mmmm... interesante —dijo Alejandra volviendo a anotar en su libreta.

—Escuché movimiento en el sofá que tenía delante y algo me empujó a mirar, descubrir quien había allí —continué haciendo caso omiso a sus anotaciones, inmerso de nuevo en el sueño— cuando me asomé, pude ver que había una mujer desnuda durmiendo en él...

—¿Era Sara? —preguntó ella dejando de anotar y mirándome.

—No, qué va —respondí algo nervioso por lo que pudiera pensar ella— al principio no supe quién era, estaba de espaldas a mí...

—Pero luego sí... —me dijo escrutándome— ¿cómo descubriste quién era? Debes ser sincero si quieres que esto funcione...

—Joder... —dije suspirando— la acaricié... su culo, su espalda, su pecho... a ella le gustó mi forma de tocarla y se dio la vuelta... era María...

Aparté la mirada y me callé durante unos instantes, sabiendo que ella estaba escrutándome concienzudamente, poniéndome nervioso con ello. Cuando conseguí alzar la vista, vi que en su mirada no había nada que me juzgara, solo paciencia y curiosidad.

—¿No te parece extraño? —Le pregunté— ¿soñar que le meto mano a una amiga de mi novia y después de saber que ya le he sido infiel antes? ¿Crees que eso significa algo? ¿Qué también lo he sido con ella o quiero serlo?

—Tranquilízate, Daniel —intentó calmarme— ya te he dicho que la mente humana

es muy compleja y puede que no todo sea como parezca... primero de todo, no sabes si es verdad o no que hayas sido infiel, eso es una cosa que te ha dicho María y no sabes si es verdad... segundo, desde que has despertado María ha estado siempre a tu alrededor, cuidándote y siendo amable contigo y no se puede negar que es una chica muy atractiva... puede que esa parte solo sea una exteriorización de tu agradecimiento hacia ella, darle placer como gratitud...

—¿Quieres decir que puede que no haya pasado? ¿Qué no la haya masturbado en realidad? —dije algo aliviado.

—Creo que hasta esa parte aún no hemos llegado —dijo con una sonrisa— pero sí, puede que nunca haya pasado... en esos sueños verás muchas cosas que no son ciertas, fantasías de tu mente mezcladas con trazos de realidad... no dudo que, tarde o temprano, yo también acabaré apareciendo en uno de ellos...

Yo di un respingo al escuchar aquello y me removí inquieto en la cama. Solo de imaginar a aquella pelirroja desnuda como había imaginado a María, acariciándola y vete tú a saber qué más, hizo que mi miembro palpitara bajo la sábana, rogando para que Alejandra no se percatara de ello.

—¿Daniel? —Me preguntó sacándome de mis sucios pensamientos— ¿Estás bien?

—Sí, sí... —dije nervioso— bueno ¿por dónde iba? Ah sí... bueno, como ya te he adelantado, una vez se dio la vuelta y la reconocí, seguí tocándola hasta bajar mi mano y empezar a masturbarla, darle placer... y en eso estaba cuando apartó mi mano, me dijo algo así como “Fran ¿has vuelto? ¿Es que no has podido follarte a Sara? Pues que sepas que no soy plato de segunda mesa”... fue entonces cuando me desperté...

Alejandra no dijo nada, solo escribía en su libreta y yo esperaba que me dijera algo, que todo era un sueño, que nada era real... yo qué sé...

—¿Conoces a algún Fran? —fue lo único que dijo.

—No... no que yo sepa... —contesté sorprendido por su pregunta— ¿Y eso que tiene que ver?

—Mucho —dijo ella observándome— si ni Sara ni María te han hablado de Fran... él es tu primer recuerdo, al menos el primero del que podemos estar seguros que lo sea...

Parpadeé, confuso, dándome cuenta que tenía razón. Nadie me había nombrado a Fran y, sin embargo, era el nombre que en mi sueño había soltado por su boca María. No sabía quién era ni qué relación tenía con él. Lo único que sabía de él era lo que había escuchado en aquel sueño y era que quería acostarse con mi novia. ¿Sueño o realidad?

Capítulo 4: El novio infiel

—Ha sido un sueño revelador, la verdad —dijo Alejandra cerrando su libreta— como te había dicho, en los sueños hay retales de recuerdos. Al menos dos hemos encontrado: la tormenta y Fran.

Yo asentí. Aunque lo que realmente me preocupaba era qué había de cierto o de fantasía en todo lo demás. Había masturbado sin ningún pudor a María, sin dudar y teniendo en cuenta que se suponía que ya le estaba siendo infiel a mi novia con otra amiga suya...

¿Y lo de Fran? ¿Sería cierto que ese desconocido estaba intentando acostarse con mi novia? ¿O quizás ya lo había hecho? ¿O también eso era producto de mi imaginación?

—Poco a poco Daniel —me dijo Alejandra leyendo mis pensamientos— tiraremos de la cuerda hasta alcanzar nuestro objetivo que es descubrir la causa de tu bloqueo.

—Eso espero... —dije descorazonado— pero me da miedo... el proceso y, sobre todo, lo que pueda descubrir... ¿y si no me gusta lo que descubro? ¿Y si era un ser horrible, alguien detestable y repulsivo?

—No lo creo pero, si así fuera, míralo como una oportunidad —me dijo convencida— tienes una nueva ocasión para hacer las cosas de forma totalmente distinta, empezar de cero, no repetir los errores del pasado...

—Un nuevo comienzo... resurgir de mis cenizas...

—Eso es —dijo Alejandra— pero para eso debemos saber qué pasó y qué te llevó a donde estás ahora.

—¿Y ahora qué? —pregunté no sabiendo cual iba a ser el siguiente paso de la terapia.

—De momento solo nos queda esperar aunque me temo que no mucho, ir poco a poco —me dijo ella levantándose de la cama— mañana me volveré a pasar para hablar contigo, ver si has tenido algún nuevo sueño que creo que será lo más probable y ver hasta dónde nos llevan las nuevas revelaciones... aunque, antes de irme, quiero intentar algo...

—¿El qué? —pregunté curioso.

—Tú déjame a mí... — me respondió con tranquilidad— por favor, cierra los ojos... confía en mí...

Le hice caso y cerré mis ojos, no sabiendo qué pretendía. Durante un buen rato no escuché nada, solo el silencio roto por los murmullos que llegaban del pasillo del hospital.

—Ahora voy a coger tu mano, Daniel —dijo la voz de Alejandra— no pasa nada, déjate llevar...

Enseguida noté el contacto de su mano, como su piel tocaba la mía y sus dedos se enredaban con los míos. No aparté la mano, dejé que entraran en contacto con toda la naturalidad del mundo, sin oposición alguna. Notar la calidez y suavidad de su piel hizo que me relajara y que mi angustia por aquel extraño experimento se desvaneciera.

—Muy bien, Daniel —me felicitó ella— como te sientes tocando mi mano... ¿te incomoda de alguna manera? ¿Te hace sentir rechazo, repulsión, aversión o algo parecido?

—No, la verdad es que no... —dije tranquilamente— no sé porque eso solo me pasa con Sara... y ni me había dado cuenta hasta que tú me lo has dicho...

—Ahora vamos a dar un paso más, Daniel... —dijo Alejandra.

Su mano abandonó la mía y subió siguiendo mi brazo, ascendiendo hasta llegar a mi rostro donde acarició con ternura mi mejilla, mi barbilla, mis labios...

—¿Sientes rechazo, Daniel? —Me preguntó Alejandra— ¿Quieres que aparte mi mano? ¿Quieres que deje de tocarte? ¿Quieres que deje de acariciarte?

—No... —dije casi en un susurro— es agradable... y placentero...

—Perfecto Daniel —contestó Alejandra complacida con mi respuesta— aún podemos ir un poco más allá... puedo darte un beso... ¿quieres que lo haga?

Un escalofrío me recorrió entero. ¿Un beso? ¿Alejandra quería besarme? ¿Qué clase de tratamiento o terapia era aquella? Si antes ya me había excitado solo de imaginarme a Alejandra desnuda en aquel sofá en la misma tesitura en que me encontré a María en mi sueño, ahora solo de imaginar sus labios recorriendo los míos...

Ante mi falta de respuesta, ella decidió por los dos y noté sus labios en mi mejilla. Un beso casto, tímido, como con miedo... y aunque me gustó que me besara, sentí cierta decepción y desencanto porque no lo hiciera en mis labios.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado? —preguntó ella.

—Sí... —dije con timidez y de forma poco convincente.

—Pues no lo parece... —contestó ella divertida— ¿decepcionado? ¿Esperabas otra cosa? Puedo besarte de nuevo si quieres...

No respondí y no tardé en sentir el calor de su aliento junto a mis labios, notar su respiración a escasos milímetros de mi rostro... en mi entrepierna, mi miembro palpitaba ansioso por aquel contacto. La escasa distancia desapareció y nuestros labios se unieron, de forma breve y de nuevo con timidez, como si no estuviera segura de hacer aquello pero a mí me dio igual.

Sus labios me supieron a gloria bendita. Carnosos, húmedos, cálidos, ligeramente abiertos. Y por si eso fuera poco, para besarme se había inclinado apoyando con cuidado su mano sobre la parte alta de mi torso, notando la calidez y suavidad de su piel sobre la mía y deseando que la bajara, que tocara mi miembro erecto como había hecho el otro día María.

—Puedes abrir los ojos —dijo cuándo sus labios se separaron de los míos tras el breve beso.

Lo hice y, para mi sorpresa, me encontré con una cabellera rubia que caía sobre mí, unos ojos claros que me observaban con curiosidad y una sonrisa radiante en su bello rostro. Era Sara. La miré desconcertado, no entendiendo de qué iba aquello, buscando con la mirada a la sicóloga a la que creía estar besando.

—Siento haberte engañado —dijo Alejandra que me miraba divertida al lado de Sara— pero quería demostrarte lo que te decía del poder de la mente y, de paso, ayudarte a superar tu rechazo hacia ella... como ves, en cuanto tu mente ha dejado de percibir lo que le rodea al cerrar los ojos, ya no te ha ordenado rechazar ni sus caricias ni sus labios... porque creía que era otra persona...

Sí, tú... pensé para mis adentros y algo frustrado al descubrir el engaño. Miré a Sara que me miraba feliz al haber conseguido superar aquel escollo que tanto la había sorprendido desde mi despertar y luego a Alejandra, que me observaba curiosa a mi rostro y, fugazmente, al incipiente bulto que se marcaba bajo la sábana. ¿Lo que había en su rostro era rubor? ¿La había excitado provocar ese efecto en mí?

Yo mantuve su mirada, como diciéndole “sí, esto lo has provocado tú, no ella”. Y es que, no entendía muy bien porqué, me había sentido bien besando a Alejandra o al menos creyendo que lo hacía... demonios, incluso lo había deseado... y ahora me sentía algo decepcionado, estafado...

—Bien —dijo Alejandra recomponiéndose y apartando la mirada— creo que por hoy ya es suficiente... mañana me volveré a pasar y hablaremos de nuevo. Estoy segura que, poco a poco, tu mente irá recobrando la normalidad. Recuerda, no luches contra tus sueños... sumérgete en ellos y busca esos fragmentos, esos destellos de tu pasado... ah y sería bueno que algunos de tus amigos se pasaran por aquí... quizás así, al ver sus rostros y escuchar sus voces, evoquen algo de ese pasado esquivo que se esconde en las profundidades de tu mente...

—Por eso no te preocupes —dijo una sonriente Sara— Miriam y Manu deben estar al caer... son amigos nuestros... —aclaró ella.

—¿Y Fran? —Preguntó Alejandra— ¿Cuándo va a venir él?

—¿Fran? —Dijo Sara sorprendida por su mención— ¿Por qué tendría que venir él?

—Su nombre ha salido a colación —le aclaró Alejandra— y creo que sería recomendable que se pasara por aquí y ver qué pasa... ¿es un amigo vuestro también?

—Bueno... —dijo ella dudando y algo nerviosa— es un compañero de trabajo mío al que también conoce Daniel... alguna vez hemos salido juntos y ha venido a cenar a casa...

—Entiendo —respondió Alejandra— creo que sería conveniente que viniera... tampoco perdemos nada por intentarlo ¿no crees?

—No, no... tienes razón... —respondió Sara con rapidez e intentando recobrar la normalidad— lo importante es que Daniel se recupere...

—Exacto —afirmó Alejandra con determinación y a la vez con una sonrisa— eso es lo importante y por lo que todos luchamos...bueno, yo me voy... nos vemos mañana...

Alejandra se fue y nos dejó a solas a Sara y a mí. Ella se apresuró a coger mi mano de nuevo y tuve que hacer un esfuerzo supremo para evitar apartarla aunque de lo que no fui capaz fue de sostener su mirada. Era algo superior a mí, algo para lo que no estaba preparado. La única manera que se me ocurrió en aquel instante de no rechazar su contacto, fue imaginar que era la mano de Alejandra y no la suya la que sostenía mi mano. Funcionó.

¿Por qué mi mente seguía rechazando su contacto e incluso su presencia? ¿Era por los remordimientos de mi infidelidad con Miriam? ¿Acaso por los escauceos o tonteos tanto reales como en sueños con su otra amiga María? Y por si fuera poco, ahora le sumaba el haberme empalmado pensando en que Alejandra me besaba, deseando que me tocara... ¿Por qué le hacía eso a Sara?

—No sabes cuánto me alegro que hayas superado esto —me dijo sonriente señalando nuestras dos manos juntas— entre lo del accidente y luego ver que ni te acordabas de mí, que me rechazabas... no sabes lo mal que lo he pasado...

—Lo siento, de verdad —le dije sinceramente— por nada del mundo quiero hacerle daño a nadie pero debes comprenderme... para mí ahora sois todos extraños, unos desconocidos... sois y soy un misterio y necesito tiempo para desentrañarlo...

—Lo entiendo cielo —dijo mimosa— pero me alegro que, al menos, ya no me apartes de tu lado... con eso me conformo...

Vi sinceridad en sus palabras, incluso emoción al ver como ahora aceptaba su contacto y no la rechazaba. Si supiera lo mucho que me estaba costando no apartar mi mano de la suya...

—Tú y yo tenemos mucho de lo que hablar —le dije a ella— quiero saber cosas de nuestra vida, de nuestra casa, de nuestros amigos, de mí... todo, al fin y al cabo mi mente es un lienzo en blanco que necesito urgentemente ir rellenando.

—Y lo haremos, cielo —dijo con seguridad— te explicaré todo, responderé a todas tus preguntas...

—¿Incluso a las de Fran? —le pregunté con curiosidad recordando su nerviosismo cuando había sacado a colación el nombre Alejandra.

—Sí, también de él... —dijo bajando la voz— pero a solas, cariño... no quiero hablar de él delante de Alejandra o de alguien más... me da vergüenza...

—¿Por qué? —pregunté no entendiendo su respuesta.

—¡Hola guapo! —dijo una voz desde la puerta— ¿cómo estás? ¿Te acuerdas de mí o también me has olvidado?

Miré hacia la puerta y vi entrar a una pareja. Ella delante y él detrás. La mujer, alta y delgada, pelo negro largo, piel bronceada, ojos oscuros y un rostro bello, muy bello. Piernas infinitas que lucían torneadas bajo el vestido corto que llevaba, pechos generosos que pugnaban en igualdad de condiciones con los de mi novia y que, sin duda, bailaban libres bajo la tela del vestido al compás de sus movimientos sutiles.

Él, alto y corpulento, cuerpo cuidado a base de gimnasio. Pelo castaño, ojos marrones, un rostro que sin ser bello resultaba atractivo. Pero lo que más llamaba la atención de él era su evidente timidez, su completa dependencia a ella. Ambos eran jóvenes, supuse que más o menos de la edad de Sara. No tuve ninguna duda que eran Miriam y Manu.

Tumbado desde la cama contemplé como mi novia se abrazaba con mi supuesta amante mientras su novio, mi amigo, el cornudo, esperaba su turno para hacerlo. Otra vez el dolor de cabeza acompañado ahora por un malestar general que toda aquella escena me había provocado.

Miriam, sonriente, se acercó a mí y me dio dos besos en la mejilla mientras notaba sus pechos rozarse con mi brazo, haciéndome pensar en cuántas veces habría tocado aquellas tetas, cuántas veces las habría chupado, cuántas veces habría disfrutado de aquel cuerpo ahora tan cercano al mío... un nuevo espasmo en mi entrepierna y el malestar que se acentuaba.

Era el turno de Manu, que me dio la mano, que casi estrujó la mía con la fuerza y el entusiasmo con que lo hizo. Sonreí mientras pensaba qué haría con esa mano si se enterara que me follaba a su novia...

—Bueno Daniel —dijo alegre Miriam— me llamo Miriam, soy amiga y compañera de trabajo de tu novia Sara, vivo junto a este hombretón que se llama Manu y que trabaja contigo... que por cierto tú me presentaste, gracias por ello... qué más... que nos llevamos genial, salimos mucho de fiesta juntos y bueno, que me alegro que estés bien... menudo susto nos has dado, cabrón...

Los tres rieron y yo solo sonreí por compromiso, notando palpar mi cabeza bajo el dolor que aquella situación tan comprometida me había provocado.

—Yo no puedo ser tan extenso con mi presentación —dije por corresponder a su presentación— se supone que me llamo Daniel y poco más puedo decirte...

—Tranquilo —dijo cogiéndome la mano y poniéndome infinitamente más nervioso — estoy segura que acabarás recuperando la memoria y te acordarás de todo...

¿Era yo o aquello iba con segundas? Su expresión no había cambiado un ápice y no sabía qué pensar de todo aquello.

—Eso espero —dije yo sinceramente— es frustrante estar rodeado de gente que sabe más cosas de mí que yo mismo... y lo peor, es que no puedo saber si algún día seré capaz de volver a recordar mi vida pasada...

—Tú tranquilo —dijo Manu hablando por primera vez— tómatelo con calma y recupérate, no tengas prisa en ello... todo lo demás puede esperar.

Yo asentí mirándole a sus ojos. No pude aguantar mucho la mirada, tenía cara de buen tío y me jodía haberle hecho algo así, a alguien que se suponía que era mi amigo.

Sara y Miriam se enfrascaron en una conversación sobre algo de su trabajo mientras Manu intentaba darme conversación pero sin saber muy bien cómo hacerlo.

—Oye Manu ¿puedo preguntarte una cosa? ¿Estas dos de que trabajan? —le pregunté cortando lo que decía en aquel momento.

—Parece obvio ¿no? —Dijo con una franca sonrisa— son modelos... participaron en una campaña de publicidad de nuestra empresa, así conociste a Sara... y luego, te apiadaste de mí y me presentaste a mi Miriam... nunca podré agradecerte lo suficiente el haberlo hecho...

—Ya... —dije mirando a las chicas y evitando mirarle. Menuda basura de tío que era...

—¿Estás bien? —Me preguntó Manu— tienes mala cara...

—Me duele un poco la cabeza... —mentira, me dolía un montón pero me dolía más el asco que sentía hacía mí mismo por hacer lo que según María había hecho...

—Creo que será mejor que le dejemos descansar —dijo Sara viniendo a mi rescate — aún está débil y, además, esta mañana ha empezado la terapia para averiguar lo que pasa en su cabeza...

—¿Terapia? —Preguntó Miriam— ¿entonces no es algo físico?

—No, creen que es algo psicológico —aclaró ella— algo ha bloqueado su memoria, su mente y están buscando lo que lo motivó...

—Vaya —solo dijo ella mientras me miraba— entonces estoy segura que te recuperarás pronto... debe ser el shock del accidente... ya verás que pronto estarás en

casa de nuevo y volveremos a divertirnos juntos...

¿De nuevo otra indirecta? ¿O era yo que estaba demasiado susceptible?

—Venga, vámonos y dejémosle descansar —dijo Manu— ¿te llevamos a casa, Sara?

—Sí, por favor —dijo ella agradecida— tengo cosas que hacer y, además, tengo que hablar con Fran...

—¿Con Fran? —preguntó Miriam.

—Sí, la sicóloga quiere que venga para hablar con Daniel —dijo no muy entusiasmada— quizás le ayude a recuperar los recuerdos...

—Ya... —contestó Miriam tampoco muy convencida de aquello.

—Adiós cielo —dijo acercándose y dándome un beso en la mejilla que no rechacé. Quizás por lo inesperado pero, aun así, parecía que, poco a poco, estaba superando mi aversión al contacto con mi supuesta novia. Eso sí, no sentí nada con aquel beso, un mero contacto físico sin sentimiento alguno detrás.

Se fueron los tres y me quedé allí solo, soledad que no duró mucho ya que en seguida apareció María con la cena y ganas de hablar, cosa nada rara en ella.

—Hola guapo —dijo risueña— ya he visto que ha venido Miriam... ¿a qué está buena?

No contesté, ni la miré, no me apetecía nada hablar. La cabeza me dolía horrores y solo quería estar solo, no aguantar su cháchara sin fin.

—Veo que no tienes muchas ganas de hablar —dijo acercándose la bandeja con la comida— tampoco me extraña... debe haber sido algo confuso para ti estar en la misma habitación con tu novia y tu amante...

De nuevo, no contesté. Empecé a comer, con la vana esperanza que María cerrara la boca y se fuera por donde había venido. Debía haber más enfermos, más habitaciones que atender ¿no? Me incomodaba su presencia y la conversación que pretendía iniciar ya que, después de las palabras de Alejandra, no estaba seguro hasta qué punto podía confiar en ella.

—Chico, qué rarito te pones a veces... —dijo medio enfadándose— tampoco es que hicieras algo tan malo teniendo en cuenta los juegucitos que os llevabais entre manos tú y Sara... al fin y al cabo, solo era cuestión de tiempo que algo así sucediera...

—¿De qué coño estás hablando? —dije yo con firmeza y renunciando a mi silencio. Aquello había llamado mi atención y quería, necesitaba una respuesta pese a mi suspicacia ante ella.

—Ah ahora sí que quieres hablar... —dijo mirándome entre divertida y enojada— pues ahora te vas a quedar con las ganas... que menuda bronca me ha pegado por tu culpa la doctora esa...

—Va María, ahora no me puedes dejar así... —le pedí— no le diré nada a Alejandra que he hablado contigo...

—¿Alejandra? —Dijo con recochineo— sí que le has cogido confianza pronto... tienes suerte que me caes bien y me importa un carajo lo que me pueda decir “tu Alejandra”... mira, tengo cosas que hacer pero cuando acabe mi turno me paso y hablamos un ratito, ¿Vale?

—Me parece bien... —dije algo aliviado— gracias María...

—Para eso están los amigos... aunque te hayas olvidado que lo somos... —dijo alegre de nuevo— te dejo aquí tu medicación... tienes pinta de necesitarla...

Comí el resto de la cena y me tomé mi tratamiento que, por suerte, hizo efecto pronto y no tardé en quedarme sumido en un profundo sueño. Un sueño que me iba a llevar a un nuevo fragmento de mi oculto pasado.

De nuevo me encontré en aquel salón, a oscuras e iluminado por momentos por el resplandor de la tormenta que arreciaba en el exterior. Algo había cambiado allí. Seguía habiendo restos de comida y de bebida esparcidos por todo el salón pero, para mí sorpresa, ahora había más restos de ropa por el suelo.

En el otro sueño, había ropa femenina que supuse era de María y otra de un hombre que nunca vi. Ahora descubrí nuevas prendas de mujer, un vestido más bien escueto y un conjunto de lencería la mar de sugerente.

Avancé hacia el sofá y asomé la cabeza, encontrándome de nuevo el cuerpo desnudo de María durmiendo sobre él. Seguía dándome la espalda pero reconocí aquel culo que en el otro sueño había acariciado hasta conseguir que se diera la vuelta, mostrándome su rostro y el resto de su bello cuerpo al que acaricié y di placer hasta el abrupto final de aquel ¿sueño? ¿Fantasía? ¿Recuerdo?

Un ruido me llegó del interior del pasillo, como un gemido y presté atención, intentando averiguar qué era y de dónde provenía. Pero nada, silencio solo roto por los truenos que retumbaban en la calle. Alejandra me había dicho que no luchara, que me adentrara en él, que cuanto más profundizara más cosas descubriría de mi pasado.

Y eso hice. Pasé de meterle mano a María como había hecho la vez anterior y me adentré en la casa, en busca del origen de aquel ruido que había llamado mi atención. Varias puertas se abrían a ambos lados del pasillo, dos a la derecha y dos a la izquierda y otra al final del mismo.

Avancé casi a oscuras, hasta allí no llegaba la luz de los relámpagos que me habían iluminado en el salón. De nuevo aquel ruido, como un gemido ahogado, ahora más nítido que antes, mucho más cercano. Sin duda, venía de la primera puerta a la derecha que se hallaba entreabierta.

Empecé a notar palpitar mi corazón, temeroso de lo que podía encontrarme al otro lado. A cada paso que daba, los gemidos se escuchaban más claros, más altos provocándome sudores fríos y un estado de ansiedad que me llevaban al borde del colapso.

Este sueño era completamente distinto al anterior. Si en aquel parecía ser un espectador imparcial, sin sentir nada, como si aquello no tuviera nada que ver conmigo, en este era completamente distinto. Era como si estuviera yo en el sueño, sintiendo el dolor y la angustia por la situación, aunque no tuviera ningún control sobre nada. Seguía siendo un espectador de las decisiones de otro.

Ya junto a la puerta, los sonidos se oían con nitidez y era evidente lo que allí dentro sucedía. Gemidos, suspiros, el rechinar de los muelles de la cama, el golpeteo de dos cuerpos chocando entre sí cuando sus cuerpos se unían... sí, allí dentro estaban follando ¿pero quién?

Por el resquicio de la puerta semiabierta podía vislumbrar la cama y dos figuras que se movían al compás sobre ella no dejándome ninguna duda sobre lo que allí ocurría. La persiana sin bajar facilitaba que la habitación se iluminara cada poco con los destellos de los rayos del exterior, pudiendo ver el cuerpo de una mujer sobre la cama, a cuatro patas, mientras una figura masculina la embestía desde atrás.

Clavado en aquella posición y sin poder de reacción, con el corazón latiendo a mil por hora, no podía apartar la mirada de aquella pareja entregada a sus más bajos instintos. Él, arremetiendo con fiereza, como si le fuera la vida en ello, perforando el coñito de aquella mujer que, sin ser capaz de distinguirla ni menos reconocerla, intuía preciosa a tenor de sus generosas formas.

Y ella, no siendo menos que su amante, gemía sin cesar, gozando de cada embate que él le daba, disfrutando con cada arremetida, con cada golpe de pelvis que aquel hombre le propinaba, provocando un conflicto de sentimientos en mi interior.

Temor, un temor inmenso por descubrir la identidad de aquellos dos desconocidos. ¿Sería aquel hombre el tal Fran? ¿Y ella? ¿Sería acaso aquella mujer entregada en cuerpo y alma a ese hombre Sara, mi novia? ¿Estaría presenciando la infidelidad de mi supuesta pareja?

Pero, por otro lado, también sentía una excitación tremenda ante aquella imagen que estaba viendo. Notaba mi miembro crecer mientras contemplaba la unión de aquella pareja, mirando como él taladraba sin compasión el coño de ella que, extasiada, cada vez gritaba más mientras movía su cuerpo buscando acompasar sus movimientos con los de él, buscando el máximo placer.

¿Quién eran aquellas dos personas que estaba viendo follar? No iba a tardar en

averiguarlo, en salir de dudas... ella se giró, mirando hacia un lado de la habitación que no podía ver, para luego hacerlo para contemplar a su amante que no dejaba de penetrarla a buen ritmo, pudiendo ver su rostro desfigurado por el intenso goce que él le estaba proporcionando.

Mierda. Era Miriam. Su amante, cogiendo su cabello en su mano, la atrajo hacia sí y la morreó de forma salvaje mientras su pelvis no dejaba de percutir contra el cuerpo de ella, entrando y saliendo de su excelso cuerpo que vibraba bajo sus fuertes acometidas.

Me quedé paralizado ante aquella escena y ante el descubrimiento recién realizado. Mi supuesta amante. En la cama y siendo follada de forma portentosa por un desconocido al que aún no había podido ver su rostro. ¿Sería aquel el dichoso Fran? Y si lo era ¿con cuántos hombres le estaba siendo infiel Miriam a Manu?

El ritmo en la cama fue en aumento, Miriam ahora tenía su cabeza inclinada sobre la almohada, ladeada mirando hacia el lado donde ya había desviado la mirada antes, gimiendo cada vez con más intensidad mientras su amante, con sus manos sujetando su cintura con firmeza, la penetraba con vigor y sin descanso.

Aquello me estaba excitando. Ver el hermoso cuerpo de Miriam siendo follada de aquella manera, me había provocado una erección de campeonato, una erección que estaba sopesando aliviar...

—¿Te la ha puesto dura ver cómo follan? —dijo una voz a mi espalda, dándome un susto de muerte. Era María que, de nuevo, tomaba parte activa en mi sueño.

Sentí como se paraba mi corazón y mis pulmones dejaban de buscar aire, paralizado ante la presencia de la enfermera que, por sorpresa, había aparecido por detrás y, mucho me temía, de alguna manera iba a llevar aquel sueño a un nuevo nivel, un paso más allá.

—Ya te dije que estaba buena... —dijo mientras su mano buscaba mi erección, acariciando el bulto que se marcaba por encima del pantalón.

No dije nada, tampoco creo que pudiera. La situación era surrealista. Viendo a mi amante, amiga de mi novia, follando con vete a saber quién mientras la otra amiga, desnuda, me acariciaba la polla simulando masturbarme por encima de la ropa. Pero la cosa iba a empeorar y de qué manera...

—Joder, Daniel... qué bien me follas, cabrón... —dijo dentro de la habitación Miriam entre gemidos— ¿te gusta ver cómo me follan? —volvió a decir con la vista fija en aquella parte de la habitación que no podía distinguir.

El amante también miró hacia aquel lado y pude comprobar que sí, que era yo. Aunque aún no me había visto el rostro, me reconocí al instante. No había duda. Era

yo follándome a Miriam, yo siendo infiel a Sara. Pero ¿quién era la tercera persona que había en la habitación?

Capítulo 5: La revelación de Sara

La angustia que sentía por dentro al ver aquello me dejó ya completamente paralizado y sin fuerza de voluntad, no entendía nada de aquel sueño mucho más confuso que el anterior. Alejandra me había dicho que los sueños irían a más, que serían más complejos, que ganarían en intensidad pero aquello... era demasiado para mi maltrecha mente, para mi maltrecho cerebro.

—Mírala como disfruta... —dijo María a mi espalda mientras desabrochaba el cinturón, el pantalón y me desnudaba de cintura para abajo— cabrona con suerte...

Sentí su mano rodear mi polla completamente dura y solté un gemido de satisfacción al sentir tocar mi carne que palpité al contacto con su piel cálida y suave. Empezó a mover su mano, de forma lenta y cadenciosa, disfrutando de la sensación de tocar mi verga en toda su extensión, ya no sé si por primera vez o qué, tal era la confusión que reinaba en mi mente.

—Dios, qué polla... —dijo susurrándome en el oído— si lo llego a saber...

Dentro de la habitación, la follada subía en intensidad. El choque de sus cuerpos cada vez era más violento, la cama no dejaba de crujir bajo la intensa batalla que mantenían los dos cuerpos unidos, con movimientos rítmicos y anhelantes. Los dos amantes se fundían sin la pretensión de ganar aquel combate, solo buscar el placer mutuo, alcanzar el éxtasis a la vez.

La leve luz de la tormenta dejaba intuir sus cuerpos sudados por la frenética cópula que mantenían y los gemidos, suspiros e incluso gritos resonaban por la habitación, impregnando el ambiente con la sonoridad y la fragancia tan característicos de una pareja dando rienda suelta a su pasión, acrecentando aún más mi excitación que, unido a las caricias de María sobre mi miembro endurecido, me tenían totalmente fuera de mí, totalmente entregado.

¿Había algo más extraño que ser masturbado por una amiga de tu novia mientras te veías a ti mismo, a escasos metros, follándote a otra de sus amigas? Pues así me encontraba yo. Desorientado, desubicado y completamente fuera de lugar. Y terriblemente excitado. A ver cómo coño le explicaba esto a Alejandra...

—Menudo polvo le estás metiendo... —volvió a hablar María. Por lo visto, ni en sueños era capaz de callar— lo que daría por estar en su lugar...

Ni contesté ni me moví, todo aquello me superaba. Su mano se movía con agilidad

por el tronco de mi polla, haciéndome una paja en toda regla mientras continuaba mirando como mi otro yo seguía martilleando sin compasión contra el coño de Miriam que gozaba de lo lindo encima de la cama. Y con la mirada fija, observando a alguien que había dentro de la habitación. ¿Pero quién?

—¿Ves cómo es solo sexo, nada de amor? —Siguió ella hablando— solo le das lo que su novio no puede darle... y a él no parece importarle mucho... más bien lo contrario...

Con la mano libre, empujó levemente la puerta dejándola completamente abierta, pudiendo ahora ver sin problemas todo su interior. Si todo aquello ya era extraño, surrealista y difícil de entender para alguien como yo que había perdido la memoria, lo que vi ante mí subió un escalón el grado de confusión.

Y es que, la persona que estaba allí dentro de la habitación, completamente desnudo y viendo a Miriam y a mí follando sin compasión, sin tregua, era Manu.

—Ella lo quiere mucho pero tiene sus necesidades... —continuó hablando María mientras no dejaba de masturbarme con una mano y jugando con mis huevos con la otra— ¿tú crees que con esa pollita puede satisfacer a una mujer como Miriam?

En la butaca, a escasa distancia de la cama, contemplando embobado como su novia era follada por otro hombre, su amigo, yo, él se masturbaba frenéticamente con dos dedos. En efecto, su miembro no era gran cosa y menos, en comparación con el corpachón que tenía, acentuando aún más la pequeñez de su polla.

—Ella necesita una buena polla, una polla como la tuya para sentirse llena... —dijo María masturbándome cada vez con mayor vigor, mayor agilidad, haciéndome retorcer de placer con su buen hacer— ¿ves su cara de satisfacción? ¿Crees que con él ella puede sentir algo así?

La visión era hipnótica, no podía dejar de mirar todo lo que ocurría allí dentro. Si antes había sentido angustia, malestar o cualquier sensación de mal cuerpo o rechazo, ahora solo sentía excitación y unas ganas irrefrenables de correrme, de liberar la tensión descargando mi simiente de una maldita vez. ¿Cuándo debía ser la última vez que me había corrido? Imposible saberlo...

—¿Te gusta cómo la follo, cornudo? —Me oí decir en la cama mirando a Manu— que coño más estrechito tiene tu chica... se nota que le faltaba una buena polla que la hiciera gozar y no eso que tienes tú entre las piernas...

Miriam rio y miró divertida a su novio que, en lugar de sentirse ofendido por el comentario, arreció la velocidad de su paja.

—Parece que le gusta que le llamen cornudo... —dijo María ya volando sobre mi polla— joder, qué dura la tienes, cabrón...

Un quejido sonó en la habitación y contemplé como Manu, no pudiendo más, se corría llenando su abdomen esculpido a base de gimnasio con su leche mientras su novia, extasiada ante aquella imagen y las furibundas penetraciones que mi otro yo le daba, se corría de igual manera entre gritos de pura éxtasis.

—Mira cornudo... mira como lleno de leche a tu chica... —dije yo o aquel otro yo que se estaba follando a Miriam.

Y con un largo bufido y una última penetración brutal, empezó a eyacular dentro del coño de ella, llenándola con su semen en tal cantidad que no tardó en empezar a rebosar de su coño enrojecido tras el arduo polvo que acababa de disfrutar.

—Córrete, cielo... —dijo María arreciando la paja— hazlo por mí...

Y me dejé ir, soltando toda la tensión que aquel sueño me había provocado, corriéndome de forma copiosa como había hecho mi otro yo en el coño de Miriam, mientras María no dejaba de mover su mano sobre mi palpitante polla, vaciándola, sacándome hasta la última gota...

Y me desperté. Lo hice con una mezcla de sentimientos. Desconcierto por el sueño, extraño a más no poder, no entendiendo nada de lo vivido e incapaz de saber qué de todo aquello era real o fantasía. Pero por otro lado, en cierta manera relajado. Como si aquella paja soñada hubiera conseguido tranquilizarme de alguna manera, hacerme sentir relajado.

—Joder Daniel... —oí que decía una voz extrañamente cercana— qué manera de correrte...

Y para mi asombro y estupefacción, me encontré desnudo de cintura para abajo y la mano de María rodeando mi polla que empezaba a perder algo de brío después de correrse, su cara sonriente mirando alternativamente mi rostro y la polla que acababa de masturbar, y los restos de mi corrida sobre una toalla que estratégicamente había colocado María para evitar manchar la cama y los vendajes que cubrían mis maltrechas costillas.

Mierda. Aquello sí que no había sido un sueño, la jodida María había aprovechado para hacerme una paja mientras dormía...

—¿Pero qué haces? —le dije mientras intentaba apartar su mano de mi miembro y cubrirme.

Un sentimiento de inseguridad y un profundo nerviosismo me embargó. María, siempre María. Presente tanto en mis sueños y fantasías como en la realidad. ¿A qué se debía esa fijación? Me desconcertaban las sensaciones que aquella mujer provocaba en mí, tan diferentes a las que levantaba la que se suponía que era mi novia. O sea, ninguna.

—Echarte una mano... literalmente... —dijo divertida con la situación— habíamos quedado para hablar ¿recuerdas? Pero estabas dormido, vete tú a saber soñando qué y con quién porque menuda empalmada tenías y... bueno, he creído que te vendría bien un poco de ayuda para liberar un poco de tensión y presión ahí abajo... jajaja...

—Joder María... te has pasado tres pueblos... —le dije molesto— no puedes ir tocándome la polla cada vez que te dé la gana... que tengo novia, joder... y encima, tu mejor amiga...

—Lo sé —dijo perdiendo la sonrisa y apartándose de mí— aunque no creo que eso estuviera así por ella ¿verdad?

Qué contestar a eso, me había pillado de lleno y no podía asegurar que no hubiera hablado mientras soñaba, así que no valía la pena intentar negarlo.

—No pasa nada —dijo ella recogiendo sus cosas e intentando quitarle importancia al ver mi rostro de angustia— si la culpa es mía por hablar demasiado... con lo buena que está, ¿con quién ibas a soñar sino?

María empezó a recorrer la distancia que la separaba de la puerta de la habitación, sin despedirse siquiera y me pareció que triste o decepcionada y, aunque sabía que me iba a arrepentir de ello más pronto que tarde, no pude dejarla ir así.

—María —la llamé haciendo que ella se girara— tú también salías en el sueño...

Ella sonrió de nuevo, feliz con mis palabras y, apoyada en el marco de la puerta me contestó:

—Gracias guapo, espero que en él te lo pasaras tan bien conmigo como yo me lo he pasado contigo... mañana hablamos, tenemos una conversación pendiente...

Y se fue, dejándome allí tumbado en aquella cama y pensando si había hecho bien en hacerle aquella confesión. Bueno, eso y dándole vueltas al sueño del que acababa de despertar. ¿Habría tenido algo que ver el trabajo que me había hecho en mis partes María para afectar al sueño, haciendo que ella tomara parte de él? No lo sabía y solo esperaba que Alejandra pudiera aclararme aquella duda y las muchas otras que aquel sueño me había provocado.

No sé en qué momento me quedé dormido de nuevo pero, esta vez, tuve un sueño tranquilo y reparador, sin visiones ni recuerdos alterados, lo que fue de agradecer. Cuando me desperté por la mañana, después de desayunar y que me asearan, que pasara de nuevo aquel doctor que repasó los vendajes de mis costillas y de mi pierna, que chequeara de nuevo mis reflejos por si se había producido algún cambio en mi estado general, me quedé de nuevo solo, a la espera de Alejandra que no tardó en llegar.

—Buenos días, Daniel —dijo entrando por la puerta con una sonrisa radiante—

¿Qué tal has pasado la noche? ¿Algún sueño o recuerdo nuevo?

—Hola Alejandra —contesté— sueño sí... en cuanto a los recuerdos, no estoy tan seguro...

—Vaya, esto se pone interesante —dijo sentándose en la butaca que acercó al borde de la cama— empieza a hablar y, recuerda, sinceridad y detalles...

—Antes de explicarte lo del sueño, quiero decirte que ayer vinieron Miriam y su novio Manu a verme —le expliqué— no sé si eso tuvo algo que ver con lo que soñé después...

—Puede ser... todo es posible con la mente humana... pero para eso estamos aquí, para desentrañar entre los dos lo que es real y lo que no, descubrir esos fragmentos de tu pasado... ¿pasó algo con ellos? —me preguntó.

—La verdad es que no, aparte de algún comentario por parte de ella que no sé si llevaba un doble sentido —le dije— pero claro, como no la conozco no sé si es su forma de expresarse...

—Entiendo y con su pareja, Manu, ¿qué tal? —indagó ella.

—Incómodo, la verdad —confesé— esa incertidumbre que podía haberme acostado con su novia, me puso nervioso y me hizo sentir culpable... ¿te lo puedes imaginar? Culpable por algo que no sé si he hecho...es que parece una buena persona...

—Bien, sigue —dijo anotando en aquella libreta que había sacado del bolsillo de su bata.

—Pues empezó como siempre, con la dichosa tormenta —empecé a contarle lo que había soñado— la única diferencia, es que ahora encontré más ropa desperdigada por el suelo, ropa de mujer...

—Miriam... —adelantó Alejandra.

—En efecto —corroboré yo— avancé como la otra noche hasta llegar al sofá y allí estaba María de nuevo, desnuda y durmiendo... pero esta vez no la toqué, unos ruidos provenientes del pasillo llamaron mi atención y, siguiendo tus consejos, me dejé llevar y fui en busca del origen de aquellos sonidos...

—¿Lo encontraste? —preguntó animándome a seguir hablando.

—Vaya sí lo hice... —dije no sabiendo muy bien como contar lo que venía a continuación— provenía del interior de una habitación, eran gemidos de dos personas follando...

—Veo que esto se vuelve a animar... —dijo ella con una sonrisa algo nerviosa— supongo que ahora es cuando aparece Miriam en escena...

—Aciertas de nuevo —dije yo— estaba desnuda en la cama siendo penetrada desde atrás por un hombre al que no podía ver el rostro pero que luego descubrí que

era yo...

—Curioso... te observabas a ti mismo como si fueras una tercera persona... —dijo ella sorprendida— no es muy habitual...

—Pues la cosa va a más... —le dije algo nervioso— porque mientras me miraba follándome a Miriam, apareció María por la espalda y empezó a masturbarme al comprobar cómo se me había puesto de dura al ver aquello...

Alejandra agachó la cabeza y anotó algo en la libreta mientras no me pasaba desapercibido que su tez había cogido algo de color. ¿Se excitaba al escuchar mis sueños?

—María, mientras me masturbaba, hacía comentarios sobre lo mucho que disfrutaba Miriam, de lo necesitaba que estaba, que Manu no le daba lo que ella necesitaba —seguí narrando lo que había soñado— y yo sentía una mezcla de excitación y traición por lo que estaba viendo...

—¿Traición a Manu o a Sara? —preguntó Alejandra.

—A Manu —contesté sinceramente— ni Sara ni Fran, antes que preguntes, salieron a colación en este sueño... y la traición a Manu solo duró hasta que María, empujando la puerta, me mostró que él estaba dentro de la habitación, masturbándose mientras me follaba a su chica...

—Ohm —solo atiné a decir Alejandra— eso sí que no me lo esperaba...

—Ni yo —reconocí— a partir de ahí te puedes hacer una idea de lo que ocurrió... en la habitación yo follándome a Miriam ante la atenta mirada de su novio, que se masturbaba y recibía casi con agrado comentarios de mi parte sobre él, llamándole cornudo y cosas así... y por otro lado, yo en el quicio de la puerta siendo masturbado por María... la cosa continuó así hasta que nos corrimos los cuatro... o tres... o yo qué sé... mis dos yo, Miriam y Manu...

Alejandra ahora no anotaba, solo daba golpecitos con el bolígrafo sobre la libreta. Parecía ensimismada en algo que rondaba por su cabeza.

—¿Hay algo más que me quieras contar? —dijo despertando de su letargo y mirándome con atención.

Dudé. No sabía si contarle lo que había sucedido con María mientras soñaba, si aquello podía haber afectado o alterado el sueño de alguna manera.

—Sí, hay algo más... —dije tomando una decisión— pero tienes que prometerme que esto no saldrá de aquí y que no tomarás ninguna represalia por lo que voy a contarte...

—Ya te dije que no puedo contar nada de lo que hablamos entre tú y yo... —me recordó.

—Lo sé pero, sin embargo, luego tuviste una charla con María diciéndole que no me contara más cosas... —le repliqué yo.

—Así que esto tiene que ver con ella... —dijo atando cabos— vale, de acuerdo...

—No sé si lo que hizo tuvo alguna afectación con el sueño pero... —dudé mirándola— cuando me desperté, ella acababa de hacerme una paja mientras dormía...

La cara que puso Alejandra era un poema, una mezcla entre enfado y sorpresa por mi revelación, pero consiguió recomponerse enseguida, volviendo a coger el bolígrafo y anotando lo que fuera en su libreta.

—Eso lo cambia todo... —dijo ella— por eso tu doble presencia en el sueño, su presencia en él masturbándote... ahora solo nos queda averiguar qué de cierto hay en la escena que ocurre dentro de la habitación, si todo lo que pasó allí dentro era real o no...

—¿Y cómo averiguarlo? —pregunté con ansiedad.

—Cada vez que sueñes, los fragmentos de memoria serán cada vez mayores, relegando las fantasías —dijo Alejandra— en resumen, que cada vez todo será más un recuerdo y menos parte de tu imaginación...

—Joder... —dije yo algo preocupado— ¿y este proceso cuánto puede durar?

—Es difícil de predecir... días, semanas, meses...

Menuda mierda. Me dejé caer sobre la cama, suspirando de resignación ante el panorama que tenía por delante. Si aquello podía durar tanto tiempo, quizás era mejor no recordar nada y empezar desde cero, olvidarme de mi pasado.

—¿Sabes algo de Fran? —me preguntó Alejandra.

—Solo que Sara iba a hablar con él para pedirle que venga pero, de momento, no ha venido... ni tampoco ella... —le contesté— supongo que estará trabajando y vendrá esta tarde... aunque me pareció que ni a ella ni a Miriam les hacía especial gracia que viniera...

—¿Y eso? —volvió a preguntar Alejandra.

—No lo sé, una percepción mía... —repliqué yo recordando lo ocurrido el día anterior.

—A veces las percepciones o sensaciones son señales inconscientes que nos envía el cerebro, revelando algo que nuestra mente pretende que ignoremos o trata de ocultar —dijo ella anotando de nuevo— eso que dices puede ser indicador de algo importante pero aún es pronto para saberlo...

—Pronto... pues a mí no me lo parece... —dije desesperanzado.

—Lo comprendo pero debes ser paciente —intentó darme ánimos— vas por buen

camino y tengo la sensación que, más pronto de lo que crees, estarás plenamente recuperado...

—Eso espero... —dije yo— no sé si podré aguantar mucho tiempo el desasosiego que estas visiones me producen...

Alejandra no dijo nada, se levantó de la butaca y se acercó a mí, cogiéndome la mano, sonriéndome con calidez y apaciguando algo mi nerviosismo, mi desánimo, esa ansiedad que me corroía por todo lo que estaba viviendo.

—¿Se puede? —Dijo Sara apareciendo por la puerta— uy perdón... no sabía que estabais reunidos...

—Tranquila —dijo Alejandra— yo ya me iba... lo dejo a tu cargo... —dijo yendo hacia la puerta, tocando levemente su hombro y saliendo por la puerta.

—Hola Daniel ¿cómo estás? —preguntó ella sentándose en el filo de la cama y cogiendo mi mano que, de nuevo, tuve que reprimir apartar de la suya.

—Pues aquí estoy, sin recordar nada me temo —contesté yo— ¿Y tú? ¿Qué tal llevas tu trabajo de modelo?

—Cómo sabes...

—Me lo dijo Manu ayer —le aclaré— me dijo que así fue como nos conocimos, coincidiendo en nuestros trabajos...

—Ah vale... —dijo Sara— bien, como siempre... he conseguido hablar con Fran...

—¿Ah sí? ¿Y qué te ha dicho? —pregunté con curiosidad.

—Que mirará de pasarse aunque no me ha dicho cuando... —me respondió Sara.

—De acuerdo. Creo que teníamos una charla pendiente tú y yo... —le recordé.

—Lo sé —dijo moviéndose inquieta sobre la cama— y cuanto antes la tengamos mejor... pero recuerda, me gustaría que esto quedara entre tú y yo, que no se lo expliques ni a Alejandra ni a nadie si es posible...

—De acuerdo —le dije sin saber muy bien si podría mantener mi palabra— dime que es eso que quieres decirme y que te cuesta tanto...

—Lo primero que quiero que sepas es que los dos nos queremos y mucho... —empezó a decir— y que no pienses que lo que voy a contarte se debe a que estábamos mal o teníamos alguna clase de problema entre nosotros...

—Me estás empezando a asustar —dije algo nervioso por las vueltas que le estaba dando a lo que iba a decirme.

—No lo pretendo —dijo sonriendo algo nerviosa— solo quería aclararte ese punto para que no pensaras cosas raras... lo que quería decirte es que, desde un tiempo atrás, los dos hemos estado... como decirlo... practicando juegos algo morbosos y exhibicionistas...

—¿Y eso qué es? —pregunté no entendiendo de qué estaba hablando.

—A ti te excita verme provocando a otros hombres —me dijo mirándome fijamente — nada del otro mundo, roces, algún toqueteo... cosas así... te gusta ver cómo provoco a otro, ver como lo caliente y a mí, hacerlo para ti...

En mi cara se debió reflejar la estupefacción y sorpresa que sus palabras habían provocado en mí a tenor de su expresión preocupada y sus movimientos inquietos.

—¿Significa eso que te acostabas con otros hombres? —pregunté empezando a cabrearme al no saber hasta dónde llegaba el alcance de esos juegos.

—¡No! —Negó con rapidez— se trataba de calentar al personal para luego, los dos, follar imaginando el calentón que le habíamos provocado a la víctima de turno... pero nunca, repito, nunca hasta llegar a eso... tenemos unas normas, unas reglas ¿sabes? Nada de besos, ni tocar zonas como pechos o sexo... eso es solo para ti...

Miré a Sara que esperaba que dijera o manifestara algo pero no sabía muy bien el qué. Me podía haber esperado muchas cosas pero, lo que me acababa de contar, me había cogido completamente por sorpresa.

—¿No dices nada? —me preguntó ella algo ansiosa.

—No sé qué decir, la verdad —dije tratando de entender lo que acababa de escuchar— ¿Cuánto tiempo llevábamos haciendo eso?

—Entiendo que debe sonarte raro y, más, en tu estado pero debo contártelo si quieres entender qué papel juega Fran en nuestra vida —me dijo ella sacando a colación aquel extraño que era Fran para mí— y todo esto se remonta a, quizás, un año atrás...

—Mucho tiempo... —solo atiné a decir con ansiedad— ¿y qué pinta Fran en este juego o como quieras llamarlo?

—Pues que es una de nuestras victimas —me dijo Sara— como te dije, él trabaja conmigo y llevo algún tiempo provocándole y calentándole para ti... porque a ti te excita que lo haga, que juegue con él y luego le dejé con la miel en los labios...

Resoplé mientras me pasaba la mano por mi cabeza, nervioso y algo asustado por el cariz que estaba tomando todo aquello. Cada vez estaba más convencido que mi anterior yo era una clase de depravado sexual. Cada nueva revelación así lo atestiguaba. Utilizaba a mi novia como calentabraguetas para excitarme mientras yo le ponía los cuernos con su mejor amiga. Joder, joder, joder...

—¿Y cuánto tiempo y hasta donde hemos llegado con nuestros juegos con Fran? ¿O con los demás? —pregunté no estando seguro si quería saber la respuesta. No sabía ni creía estar preparado para escuchar aquello.

—Varios meses —me confesó— y llegar hasta donde dejan nuestras normas... le he

dejado tocarme mientras bailamos pero nunca los pechos y menos mi sexo... el culo sí, en eso estabas de acuerdo en acceder... ha sentido mis pechos en su torso, mi sexo pegado al suyo y mi rostro casi tocando el suyo pero nunca hemos traspasado el límite, siempre he acatado las reglas de nuestro juego...

Tragué saliva, nervioso. Ahora podía entender porque en mi sueño María había insinuado que Fran había intentado acostarse con Sara. Si yo tuviera a una mujer como ella, provocándome de esa manera, estaría desesperado por hacerla mía, por poseerla.

—¿Y nunca ha intentado ir más allá? —pregunté no creyéndome que, ante tales provocaciones, él se hubiera mantenido impasible, no intentado ir más allá.

—Claro que lo ha hecho... como todos los anteriores con los que hemos jugado a excitarlos... —dijo con firmeza— pero siempre los he mantenido a raya... y él, en cierta manera, sabe mis límites y que nunca voy a dejarle ir más allá, que nunca voy a engañarte con él...

—¿En serio? —Pregunté incrédulo ante sus palabras— ¿nunca has tenido la tentación de dejarte llevar? No puedo creerme que con todos esos roces, tocamientos, nunca te hayas sentido tan excitada como para dejar de lado esas normas y entregarte al placer...

—Te equivocas —me dijo ella con firmeza y mirándome fijamente— claro que me he excitado, no soy de piedra... pero de eso se trata el juego... a mí me excitan los tocamientos, los roces, el saber que me desean y, cuando no puedo más, vuelvo a tus brazos donde te explico con pelos y señales, si no lo has visto con tus propios ojos, lo sucedido... calentándote, excitándote... y después disfrutando del mejor sexo que hemos tenido nunca los dos...

Madre mía. No conocía a ese tal Fran pero ya me caía mal sin haberlo visto nunca o, al menos, recordarlo. Saber que ese hombre había puesto las manos sobre el cuerpo de mi novia, que se había excitado con sus provocaciones, aunque fuera con mi consentimiento... no, definitivamente no me gustaba ese tío...

—Sabía que no lo ibas a entender... —dijo Sara viendo mi cara— no debería haberte dicho nada...

—No, no... —dije intentando tranquilizarla— has hecho bien, Sara. Si hubiera tenido un recuerdo suelto de ti siendo sobado por quién sea... ¿Qué crees que hubiera pensado de ti? No, has hecho bien... aunque no puedo negar que me cuesta creer que yo accediera a algo así... pero claro, tampoco sé quién era ni qué me gustaba antes de todo esto... quizás para mi otro yo eso era algo normal... qué sé yo...

—No te creas que a mí me fue fácil asimilar esa faceta tuya —me reconoció Sara— y nos llevó tiempo hasta lo que te he contado, lo de dejarme tocar por otro hombre... al

principio solo era hacer topless en la playa, vestir provocativamente para sentir el deseo de los otros hombres...

—Pero eres modelo... —dije recordando su trabajo.

—Sí pero una cosa es el trabajo y otra mi vida privada —me contestó ella— en el trabajo todo son profesionales y, aunque les guste lo que ven, nadie osaría intentar nada a riesgo de perder su empleo...

—Excepto Fran... —dije con un tono seco, recordándole que él trabajaba con ella y evidenciando lo poco que me gustaba todo aquello que me estaba contando.

—No, eso no es así —me replicó Sara— siempre que hemos jugado ha sido fuera, en tiempo de ocio, nunca en el trabajo... nos jugamos demasiado...

—Entiendo... —dije aunque no era así. En mi cabeza no me cabía la idea que, para disfrutar de un mejor sexo con aquella espectacular mujer, debía verla antes en brazos de otros hombres. Quizás, cuando recobrar los recuerdos, entendería algo de aquello pero, en ese instante, se me hacía difícil comprenderlo.

—Daniel ¿estás enfadado? —me preguntó Sara.

—No... solo desconcertado y algo abrumado por lo que me acabas de contar —le fui completamente sincero— creo que voy a necesitar algo de tiempo para asimilarlo. Esto que me acabas de contar y me imagino que lo mucho que voy a ir descubriendo... estoy superado, la verdad...

—Lo entiendo —me dijo ella cogiéndome la mano que ahora no pude ni quise evitar apartar. Ella puso un semblante apenado por ese gesto pero no dijo nada, solo se levantó de la cama dispuesta a irse.

—Creo que será mejor que me vaya... tienes mucho en lo que pensar... —me dijo Sara— pero quiero que sepas que, pase lo que pase, yo te quiero...

No contesté. ¿Cómo decirle que la quería si seguía siendo una extraña para mí? una extraña que dejaba meterse mano por cualquiera con mi consentimiento, para calentarme... ¿pero quien me decía que aquello era cierto? Ya no sabía qué creer ni a quién...

Sara se fue, dejándome solo, sumido en mis pensamientos y provocándome otra nuevo dolor de cabeza que iba en aumento. Y lo peor estaba por venir. Porque algo me decía que esa noche, en cuanto me durmiera, Sara iba a aparecer en mis sueños... y no estaba seguro si me iba a gustar lo que iba a ver en él, lo que iba a descubrir...

Capítulo 6: Conociendo a Fran

No sé el tiempo que estuve pensando en todo lo que había pasado y lo que había

descubierto ese día cuando apareció de nuevo la inagotable María, aquella enfermera que ocupaba ya hasta mis sueños.

—Hola campeón —dijo con alegría— que buena cara pareces tener hoy...

Lo dijo entrando con la bandeja de la cena que preparó para que pudiera dar buena cuenta de ella. Mientras lo hacía, como era ya inevitable en ella, hablaba sin parar sobre cosas del hospital y de su trabajo, no haciendo en ningún momento referencia ni a nosotros ni a mi pérdida de memoria.

La verdad, lo agradecí. Cenar mientras ella contaba anécdotas que no tenían nada que ver conmigo, que me hacían sonreír con su habitual desparpajo y provocaban aligerar la tensión mental de mi cabeza fue un alivio que agradecí interviniendo en la conversación para alegría de ella.

Pero ella tenía otras obligaciones que cumplir y enseguida tuvo que despedirse de mí, quedando en que volvería al cabo de una hora o así para despedirse y charlar un poco de lo que había quedado pendiente el otro día.

—Oye María... ¿puedo pedirte un favor? —Le pregunté antes que se fuera— ¿tienes alguna foto de Fran? Me ha dicho Sara que se iba a pasar por aquí y me gustaría ponerle cara por si se presenta y estoy solo...

—¿Fran? ¿Y qué pinta él aquí? —preguntó curiosa.

—Ha salido su nombre en la terapia y Alejandra cree que puede ser bueno que se pase y, quizás, me ayude a recuperar la memoria —le expliqué.

María no se mostraba muy convencida con aquello y parecía dudar sobre qué hacer.

—Sara ya me ha explicado hoy lo nuestro... —dije no sé muy bien porqué. Quizás no sabía nada de nuestros juegos.

—¿Te ha contado lo de vuestros juegos? —me dijo sorprendida. Pues al final iba a resultar que sí sabía de qué iba la cosa— ¿Y cómo te lo has tomado?

—Pues que quieres que te diga... —dije dudando qué contarle— supongo que aún estoy asimilándolo... ha sido chocante, la verdad...

—Me lo imagino —dijo ella pensativa— bueno, si Sara está conforme y te ha explicado vuestros juegos no voy a ser yo quien le lleve la contraria... aunque no creo que sea una buena idea...

Sacó su móvil y se puso a buscar hasta que encontró lo que buscaba.

—Este es —me dijo pasándome el móvil y enseñándome una foto donde salían varias personas— saqué esta foto una noche que salimos todos juntos... como ves, salen Sara, Miriam, Manu y, por supuesto, tú...

Miré la foto con mayor atención. Aparte de la visión que tuve en el sueño, donde me reconocí, era la primera vez que me veía a mí mismo aunque fuera en foto. Ahora

que lo pensaba, nadie me había mostrado una imagen mía y ni tan siquiera me había visto en un espejo. Tuve que reconocer que era atractivo. Alto, pelo castaño claro, ojos verdes y un cuerpo bien formado y cuidado. Viéndome, pude entender que aquellas mujeres se sintieran atraídas hacia mí y ya no me vi inferior en comparación con Sara.

—Ya te dije que estabas muy bueno... —dijo María siendo consciente de mi mirada.

—¿Por eso me hiciste una paja ayer? —Le pregunté— porque te gusto...

—Siempre me has gustado, Daniel —me reconoció— pero para ti solo era la amiga ligera de cascos de tu novia, la que se tiraba a cualquier tío que se le pusiera por delante... por eso me imagino que elegiste a Miriam y no a mí para echar una cana al aire...

—¿Quiere eso decir que, de haberte elegido, te hubieras acostado conmigo y traicionado a tu amiga? —quise saber.

—Por supuesto —afirmó con rotundidad— y más sabiendo a lo que jugabais los dos... era cuestión de tiempo que vuestras fantasías os llevaran a querer veros follando con otras personas y, si yo podía ser la afortunada, no iba a dejar pasar la oportunidad...

—¿Insinúas que lo mío con Miriam era algo consentido por Sara? —pregunté ante sus palabras.

—Que yo sepa no —me aseguró— supongo que no quisiste esperar a que Sara estuviera preparada para eso y decidiste disfrutar por adelantado de vuestra recién descubierta faceta sexual...

—¿Y Sara? Ella... —indagué buscando averiguar si ella también había decidido experimentar por su lado.

—Si has hablado con Sara, sabrás lo de vuestros juegos con Fran —me dijo sin contestar a mi pregunta— sabrás que ella lo ha estado calentando durante meses y que eso, por mucho que quieras, acaba pasando factura... si me preguntas si se ha acostado con él, te digo que no... que quiera hacerlo, rotundamente sí...

Yo tragué saliva, nervioso ante su brutal y descarnada sinceridad. ¿Tan lejos habían llegado aquellos juegos que mi novia deseaba acostarse con otro hombre? ¿Tanto me excitaban aquellas situaciones que estaba dispuesto a ver a mi novia en brazos de otro? ¿O acaso solo era una forma de tener la libertad de poderme acostar con otras mujeres con la connivencia de ella?

—Tranquilo, Daniel —intentó calmarme María— que quiera hacerlo no significa que lo vaya a hacer... mírame a mí, yo quiero acostarme contigo y, sin embargo, lo máximo que he conseguido ha sido hacerte una paja... y para ello, has tenido que

perder la memoria...

—Pero menuda paja... —le dije guiñándole un ojo e intentando aligerar un poco el ambiente algo incómodo y tenso en el que nos habíamos sumergido.

—¿A qué las hago bien? —Respondió ella agradeciendo el gesto— ya sabes... cuando quieras repetir, no tienes nada más que decirlo que esta se presta voluntaria... —dijo sacudiendo su mano haciendo el gesto típico de masturbar a alguien.

—Te tomo la palabra —le dije siguiendo la broma aunque no tenía la más mínima intención de hacerlo y algo me decía que ella era plenamente consciente de ello— ¿Y estos dos quiénes son? —dije señalando la foto donde salían dos personas a las que no conocía, ambos hombres.

—Este —dijo señalando a un tío enorme, puro músculo y con la cabeza rapada— es Juanjo... amigo de Fran y compañero de gimnasio, trabaja en uno... aunque creo que salta a la vista viéndole...

La verdad es que el tío, a pesar de ser yo alto, me sacaba un palmo y su cuerpo, musculado a base de bien, llamaba la atención. Sin ser guapo, resultaba atractivo a su manera.

—Y el que está a su lado y junto a Sara es Fran... —dijo señalándome el último integrante de la foto.

La verdad es que nunca me hubiera imaginado a Fran con ese aspecto y di gracias por haber tomado la decisión de ver antes una foto suya. Era el más alto de los cuatro, debía rondar el 1,90. Su cuerpo era atlético, se notaba que se cuidaba y acudía de forma asidua al gimnasio aunque su musculatura no era tan exagerada como la de Juanjo. Su rostro era agraciado, de finas proporciones, donde destacaban unos ojos de un extraño tono claro y unos labios gruesos. Pero lo que más llamaba la atención de él era, sin duda, el color de su piel. Porque Fran era negro.

—¿Te suenan de algo? —me preguntó María.

Yo negué mientras no dejaba de observar como Fran rodeaba con su brazo el hombro de Sara mientras ella se dejaba hacer con naturalidad. No me extrañaba que trabajara, como ellas, de modelo. El tío tenía una belleza exótica que debía abrirle muchas puertas y ganarse el favor de no pocas féminas.

—¿A qué es guapo? —dijo María mirando lo mismo que yo— y encima, con lo que tiene allí abajo...

—¿Cómo, a qué te refieres? —pregunté sorprendido.

—Su polla... —dijo María— la tiene enorme...

Contemplé alternativamente a María y la foto, asimilando todo lo que estaba descubriendo en los últimos momentos y no pudiendo evitar preguntar lo que sus

palabras me habían hecho pensar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —dije de forma inocente aunque creo que ya me imaginaba la respuesta.

—Porque me he acostado con él —me dijo con toda la tranquilidad del mundo— es la más grande que he visto nunca... la cara de envidia que pusieron Sara y Miriam cuando se lo conté...

Lo que me suponía. ¿Y por qué no iba a hacerlo si ella estaba soltera y sin ninguna atadura para poder acostarse con quien quisiera? Eso sí, no había podido evitar el presumir ante sus dos amigas, sobre todo de Sara de la que sabía a qué estaba jugando con él, dándole un motivo más para dar el paso definitivo y dejarse de juegos. Empezaba a dudar si confiar en María había sido una buena idea...

Le devolví el móvil que ella guardó en su bolsillo y se me quedó mirando, como evaluando mi estado y si había hecho bien en enseñarme la foto y decirme lo que me había dicho.

—He hablado de más, ¿no? —dijo deduciendo y observándome con detenimiento.

—No, no, en absoluto... es que son demasiadas cosas... —dije yo excusándola— demasiadas revelaciones para un solo día...

Y aun me faltaba la noche que, mucho me temía, lo que iba a soñar seguro que no iba a apaciguar mi ánimo. Ella sonrió comprensiva y me cogió la mano, con afecto que no dudaba que debía sentir hacía mí, aunque empezaba a cuestionarme cuáles eran sus intenciones reales con todas aquellas revelaciones. Ya me había advertido Alejandra que no sabíamos si María me había contado la verdad... quizás solo me estaba contando lo que a ella le interesaba que supiera...

—Creo que será mejor que te deje descansar... —dijo María— ya nos veremos mañana...

—Sí —dije yo— hasta mañana María.

Ella se fue a seguir haciendo su trabajo y ya con la tranquilidad de saber que no iba a volver esa noche, me tumbé en la cama pensando en todo lo averiguado ese día o, al menos, lo que creía haber averiguado. Sara y yo jugábamos provocando a terceras personas para excitarnos y tener unos polvos de campeonato. Pero claro, si cuando te dedicas a provocar, lo haces con un modelo atractivo y con una polla de escándalo... pues estás jugando con fuego.

Y si a eso le sumamos que su amiga ya se ha acostado con él y solo habla maravillas de sus dotes en la cama, pues el riesgo de quemarte sube exponencialmente. La cuestión era ¿habría sido capaz Sara de mantenerse firme y no caer en la tentación?

Con estos pensamientos en mente, caí dormido contra mi propia voluntad, que se

resistía a caer en brazos de Morfeo temiendo lo que pudiera descubrir en aquel sueño, ver qué fragmentos de memoria acudían esta vez a mí.

El sueño esta vez surgió de una forma inesperada. Estaba de nuevo en aquel piso que, no sé por qué, ahora casi estaba seguro que era mi casa, donde vivía. Y esta vez, yo era el protagonista absoluto del sueño, era el que se movía por él, sintiendo y notando como si aquello fuera completamente real.

No había tormenta aunque tampoco hacía sol, lo que era una novedad. El salón estaba impoluto y no había ni rastro de restos de comida ni bebida y menos de ropa desperdigada por el suelo, lo que en el fondo fue un alivio para mí. Entré en el piso con una maleta y avancé hasta la primera puerta que había a la izquierda del pasillo, un despacho. La dejé en el suelo y me senté en un sofá que allí había.

No sabía por qué pero me sentía muy feliz. Del bolsillo de mi chaqueta saqué una pequeña caja que abrí y contemplé un anillo con un buen diamante en la parte central. Un cosquilleo de emoción me recorrió y supe que aquella joya era para Sara, que pensaba pedirle la mano y que estaba anhelante por estar delante de ella, ver su cara de sorpresa cuando me arrodillara y le pidiera que se casara conmigo. Supe que había hablado varias veces con ella de dar ese paso, de formalizar nuestra relación y que mi presencia allí, de vuelta a casa antes de hora, formaba parte de la sorpresa que pensaba darle.

La casa estaba en silencio, no había nadie más. Me recosté en el sofá con aquella caja en la mano, acariciando aquel anillo con el que pensaba comprometerme con mi novia de por vida. Y por un instante, todo se volvió negro.

—Daniel —oí que decía una voz— abre los ojos...

Lo hice. No sabía qué había pasado, parecía como si me hubiera dormido en el mismo sueño y que alguien me hubiera devuelto a la realidad de aquella fantasía. Confuso, busqué a la dueña de aquella voz y, para mi sorpresa, vi a una risueña Alejandra que me miraba acuclillada junto al sofá.

—Ya te dije que, tarde o temprano, formarías parte de tus sueños, que ibas a soñar conmigo... —me dijo con aquella voz sosegada que ella tenía.

Aturdido y desconcertado, me levanté del sofá y me di cuenta que, de nuevo, la tormenta arreciaba en el exterior y todo estaba como en penumbra. Un desasosiego me recorrió por dentro y supe que aquello no había hecho más que empezar, que las cosas a partir de ese momento solo irían a peor.

—Será mejor que salgamos —dijo Alejandra dándome la mano, tomando las riendas de la situación ante mi pasividad— creo que ellos están fuera, en el salón...

Me dejé guiar por ella, siguiéndola por el pasillo hasta el umbral de la sala,

contemplando desde la oscuridad como, en efecto, había gente allí dentro. Sara, María, Miriam, Manu, Juanjo y, cómo no, Fran. Bebían, comían, bromeaban, reían mientras la lluvia golpeaba con fuerza los cristales, el viento ululaba con violencia y los truenos y relámpagos se sucedían sin cesar.

Unas velas situadas estratégicamente me hicieron comprender que la luz debía haberse ido y por eso no tenían ni música ni la televisión encendida. Una voz, que no pude identificar, propuso jugar a algo. Propuesta que fue enseguida aceptada por todos con alegría.

No tardaron en estar sentados todos en el suelo, haciendo un círculo y con una botella en medio, que empezó a girar y girar, apuntando cada vez a un personaje distinto, haciendo que éste eligiera entre quitarse una prenda o dar un trago que, por fuerza, los empujaba a sentirse más desinhibidos y algo borrachos.

Yo solo tenía ojos para Sara, sentada junto a Fran, viendo como éste aprovechaba cada momento para susurrarle cosas al oído, cosas que provocaban la sonrisa cómplice de mi novia. Al igual que intentaba otear siempre que podía dentro del escote de ella, como también aprovechaba para rozarse con Sara a la menor oportunidad. Y todo con la aprobación y complacencia de ella.

Alejandra en todo momento me cogía de la mano, transmitiendo con ese sencillo gesto su intención de darme ánimos y valor para contemplar cómo, ronda a ronda, giro a giro de la botella, con los seis ya bastante bebidos, por no decir borrachos, las prendas empezaron a desaparecer de sus cuerpos.

Vi desaparecer los tejanos de Sara, sus zapatos, sus calcetines, la camiseta que llevaba, quedando únicamente en ropa interior para deleite de un Fran que solo conservaba un bóxer donde se marcaba un buen bulto y que no perdía detalle de la anatomía de mi chica. Ni ella de la de él.

—Vamos a tener que poner reglas nuevas —dijo la voz de María, haciéndome ver que se estaba quitando su sujetador y que solo conservaba un escueto tanga que apenas cubría nada— a partir de ahora, en lugar de prendas propondremos pruebas...

Y para mi sorpresa y mi creciente nerviosismo, todos aceptaron. Incluso Sara. ¿Acaso era por el alcohol? ¿O acaso era por algo más simple? Quizás era porque quería hacerlo, deseaba hacerlo... Y si era así ¿Por qué? ¿Solo como un juego o buscaba algo más?

—Tranquilo Daniel —me dijo Alejandra con calma, casi en un susurro— es solo un sueño...

¿Cómo estar tranquilo viendo lo que estaba viendo? La primera prueba le tocó a María que tenía que tocarle la polla a uno de los chicos. No dudó y se fue directa a

Fran, al que tocó sin miramientos delante de los morros de Sara que vio a la perfección y con deleite como aquello crecía y crecía hasta asomar el glande por encima de la tela de su bóxer.

El siguiente turno le tocó a Juanjo que debía tocar el coño de alguna de las chicas. Para mi sorpresa, se dirigió a Miriam, que lo recibió con sus piernas abiertas y con sus tetas aun cubiertas por el sujetador. La manaza de aquel tío se coló por dentro de su ropa interior y enseguida comenzó a gemir de forma escandalosa. Y todo, delante de las narices de Manu, al que se le notaba excitado con todo aquello.

Después le tocó a Sara, para sobresalto mío. De nuevo, tocar una polla. Pero ella declinó la prueba quitándose el sujetador, para alivio mío y decepción de Fran que pensaba que sería el elegido. Pero la alegría me duró poco. El siguiente turno era de Fran y le dijeron que tenía que tocarle las tetas a una de las chicas. Antes de que sucediera ya sabía yo cuál iba a ser su elección, quien iba a ser la elegida.

No tardó en dirigir sus manos a las tetas de mi novia, comprobando como de esa manera rompía una de aquellas reglas que ella me había dicho que nunca había traspasado, sopesando su firmeza, la suavidad de su piel, su tersura, sintiendo como sus pezones se endurecían bajo sus caricias.

Cuando acabó con ellas, sus dos pitones apuntaban al cielo y sus mejillas lucían sonrosadas, sus braguitas me parecieron ver que estaban húmedas y mi corazón hacía rato que había dejado de latir.

La siguiente prueba le tocó de nuevo a María, a la que le propusieron que tenía que adivinar de quién era cada polla. Contemplé anonadado como los tres hombres se situaban de pie, el uno al lado del otro, se bajaban sus bóxer y sus pollas salían a relucir.

La de Manu, simplemente ridícula en comparación con las otras dos, tal como la recordaba del otro sueño. La de Juanjo, grande y gorda, rondando los 17 o 18 centímetros. Más o menos como la mía. Y la de Fran, simplemente enorme. Empalmada gracias a las caricias de María y al toqueteo al que había sometido a Sara, su polla se alzaba orgullosa y totalmente henchida, superando los 20 centímetros ampliamente, siendo devorada por la vista de mi novia que no perdía detalle de ella. Hasta creí adivinar que se mordía el labio ante aquella visión.

María, solo tocándola, adivinó la de Manu y la abandonó al instante. La de Juanjo, aunque sabía a quién pertenecía, se prodigó más con ella tocándola y finalmente metiéndosela en la boca hasta donde era capaz, que era bastante. Al final, adivinó a quien pertenecía y, aunque no era necesario, repitió la operación con Fran, que agarró su cabeza y empezó a moverse entrando y saliendo de su boca, follándose literalmente

su cavidad bucal.

La angustia, la ansiedad, la inquietud apenas me dejaba seguir viendo aquello, temiendo que la cosa fuera a más, que Sara se dejara ir y cometiera una locura, si no lo había sido ya dejarse tocar las tetas por aquel sujeto. Pero la que lo hizo fue Miriam que, alentada por Manu, se arrodilló ante Juanjo y siguió la mamada que María había iniciado. Y para acabar de rematarme, fue Manu el que quitó el sujetador de su chica, dejando sus tetas al alcance de Juanjo que no dudó en cubrirlas con aquellas manazas que poseía.

Por suerte y alivio mío, Sara se mantenía aparte de todo aquello. Mirando, sí... pero no participando. Contemplaba absorta el pollón de Fran y como su amiga trataba de engullir aquel pedazo de carne que era imposible poder tragar. Su mirada encendida me demostró lo caliente que estaba, sus pechos se agitaban nerviosos al igual que sus muslos que se frotaban el uno contra el otro, buscando apagar el fuego que la recorría.

—¿Quieres? —Le ofreció María a su amiga, sabiendo que estaba deseando hacerlo, tentándola— te aseguro que está rica... muy rica...

—Sabes que no puedo —dijo ella negándose, mirando la polla que le ofrecían, viendo la cara de deseo de Fran que anhelaba que accediera.

—Daniel no está aquí —siguió tentándola María— no tiene por qué enterarse...

—No puedo, no debo... —volvió a repetir. No que no quería. El no negarse tajantemente, el no cortar aquello en seco no hacía más que acrecentar mi malestar y el temor a cómo podía acabar aquello.

María volvió a meterse la polla en la boca y reanudar la mamada que había interrumpido. Mientras, Fran aprovechó para alargar su mano y de nuevo tocar el pecho de Sara que no dijo nada, no opuso resistencia a aquel toqueteo que ahora no entraba dentro de ningún juego, provocando un nuevo ataque a mi maltrecho corazón y que aumentara mi congoja.

Al lado, Miriam se levantaba, cogía de la mano a Juanjo y ambos se perdían pasillo adentro en busca de una habitación para culminar lo que allí habían iniciado. Y Manu, cual perrito faldero, detrás de ellos. Al verlos venir hacia nosotros, retrocedimos y volvimos a meternos dentro del despacho para que no nos descubrieran.

Allí dentro, nervioso y angustiado a más no poder al no saber qué podía estar haciendo Sara con aquellos dos, no veía el momento de volver a salir, volver a ejercer de espía en mi propia casa.

—Tranquilo Daniel... —me dijo Alejandra que en ningún momento había abandonado mi mano— recuerda que es solo un sueño... respira hondo...

Lo hice y pareció funcionar, al menos un poco. Por primera vez, mientras intentaba

calmarme, me fije en Alejandra. Vestía como siempre, un conjunto de falda y blusa con la sempiterna bata encima, con la diferencia que esta vez parecía que la abertura de la misma parecía mayor y conseguía vislumbrar parte de un generoso escote al que hasta ese momento nunca había prestado atención.

—Creo que ya podemos salir... —dijo ella arrastrándome de nuevo al pasillo.

Nada más salir, escuchamos los gemidos provenientes de la habitación que quedaba justo enfrente. Un simple vistazo a su interior y volví a revivir la escena de mi último sueño, aunque esta vez era Juanjo el que acometía con todo contra Miriam mientras Manu se masturbaba viendo cómo se follaban a su novia.

Y de nuevo, volví a tener la absoluta certeza de que eso era lo que había ocurrido. El amante de Miriam era Juanjo, no yo. La pregunta estaba clara ¿por qué me había mentido María? ¿Y con qué intención lo hizo?

Alejandra volvió a tirar de mí, alejándome de aquella habitación donde ya sabía lo que había ocurrido, llevándome hasta el salón donde, la última vez que había estado allí, María mamaba la polla de Fran mientras éste tocaba un pecho de mi novia sin oposición.

En los escasos minutos que habíamos estado fuera, la escena había cambiado. Mientras María seguía arrodillada intentando engullir el miembro enorme de Fran, él había alzado a Sara y acariciaba con mayor soltura sus pechos, amasándolos con anhelo, dejándose hacer ella y con un rictus de placer en su rostro que delataba lo mucho que aquello le estaba gustando.

Una de sus manazas, para mi total frustración, pasó a su espalda que recorrió de forma descendente hasta alcanzar su culo, colándose dentro de su braguita y tocándolo directamente, piel contra piel, de nuevo sin objeción alguna.

—No... no... —dijo ella apartando la mano de su culo y alejándose de él— para... esto no puede volver a repetirse... ha ido demasiado lejos de nuevo...

—Vamos, Sara... —le rogó Fran— si lo estás deseando...

—Eso es, tía —le dijo María interrumpiendo la felación— ¿hasta cuándo vas a seguir negando lo evidente? Te mueres de ganas de probar esta polla...

—Esa no es la cuestión... —dijo ella alterada— no quiero engañar a Daniel...

—¿Acaso tengo que recordarte lo ocurrido hace dos semanas? —le dijo María— ¿Y lo que sucedió la semana pasada?

—Soy consciente de lo ocurrido y no me siento especialmente orgullosa— dijo Sara recobrando parte de su firmeza, de su seguridad, cubriendo sus pechos desnudos con la camiseta que Fran se había quitado, que le quedaba como si fuera una camisola de dormir— por eso esto no puede volver a suceder...

—Sabes que, si quisieras, todo esto sería para ti —dijo Fran mostrándole su verga en todo su esplendor— estoy deseando follarte y tú que lo haga... ¿hasta cuándo vas a seguir haciéndome sufrir, haciéndote sufrir? Déjate llevar, cielo...

—Te he dicho que no me llames así —dijo ella molesta— así solo me llama Daniel... y si tantas ganas tienes de follar, ahí tienes a María que seguro que no se va a negar... tampoco será la primera vez que te la tires...

—Ni la última si sigues jugando a ese estúpido juego vuestro... —dijo con sorna María— te agarras a unas normas estúpidas que te saltas cada vez que te conviene... ¿acaso todo lo que has hecho, lo que has estado haciendo hasta hace un momento no es engañar a Daniel? Eres una cínica y una hipócrita, Sara... a Daniel ya hace tiempo que le fallaste, así que déjate de tonterías y disfruta, nena...

—No —dijo de nuevo con rotundidad— eso no va a volver a ocurrir... yo quiero a Daniel y no pienso jugarme nuestra relación por un calentón...

—Él no tiene por qué enterarse... —insistió Fran— está fuera, lejos de aquí, durmiendo en un hotel de mala muerte... y tú aquí, con la polla más grande que has visto en tu vida, dispuesta a darte el mayor placer que hayas sentido nunca... te haré pasar la mejor noche de tu vida, cielo...

—Que no me llames así —dijo enfadada— y si tantas ganas tienes de darle placer a alguien, ahí está María...

Un leve tirón me apartó de allí, arrastrándome Alejandra de nuevo al despacho, evitando que una enojada Sara nos descubriera cuando abandonó el salón molesta, para alivio mío. Pero un mar de dudas me asaltaban. Sara me había dicho que nunca había traspasado aquellas normas que nos habíamos impuesto pero, en aquel sueño, ella se había dejado tocar los pechos sin reparo alguno.

Y, por si fuera poco, habían hecho mención a algo que había ocurrido los dos fines de semana anteriores. Algo que, para ellos, suponía un engaño hacia mí en toda regla y que ella no había negado. ¿Pero el qué? Tampoco era capaz de recordar qué había sucedido aquellas semanas anteriores a mi pérdida de memoria...

Escuchamos una puerta cerrarse con fuerza al final del pasillo, supuse que el dormitorio principal, y fue entonces cuando con un “vamos” Alejandra me invitó a volver a salir camino del salón.

Al asomarnos, vimos como María estaba tumbada en el sofá y bien abierta de piernas, mientras Fran, con una rodilla en el sofá y el otro pie apoyado en el suelo, golpeaba su enorme polla negra contra el sexo de ella, que gemía extasiada y le apremiaba a penetrarla.

—Vamos cabrón... fóllame de una puta vez... —le conminó— si ella no quiere

polla, yo sí la quiero...

—Lo sé de sobras, zorra... —dijo él disfrutando de las vistas— no veo el momento de ensartarla con mi polla y no pararé hasta conseguirlo...

—Y ella de que lo hagas... —dijo ella mientras se retorció de placer— ya falta menos para que te la puedas tirar y, de paso, yo a Daniel... qué ganas le tengo, por dios... anda, dame como tú sabes...

Fran apoyó el glande junto a su orificio y empujó levemente, traspasando su entrada y gimiendo ella de puro goce.

—Joder sí... —dijo ella contrayéndose de gusto— métemela toda cabrón...

—Ya sabes que no entra toda —dijo él con suficiencia— demasiada carne para ti, nena...

Él siguió empujando hasta meterla tres cuartas partes de su miembro, por lo visto lo máximo que ella capaz de meter dentro de su coñito. Enseguida empezó a moverse, primero de forma lenta para ir luego subiendo el ritmo hasta estar a los pocos minutos follándola con intensidad.

María gritaba sin cesar mientras Fran percutía sin descanso contra la menuda enfermera, que vio como él alzaba su pierna para abrirla aún más y darle con todo. Ella no tardó en alcanzar su primer orgasmo pero él no cejó de penetrarla en ningún momento, siguió arremetiendo contra ella mientras una de sus manazas cubría uno de sus pechos en su totalidad.

No daba crédito a lo que estaba viendo y, a pesar de la animadversión que el modelo me producía, no pude evitar empalmarme viendo aquella escena más propia de una película porno.

—Veo que te gusta lo que ves —me dijo Alejandra despertándome de mi estupefacción.

Cuando me giré a mirarla, vi que se había desabrochado la bata, pudiendo ver por primera vez la blusa que ocultaba, pudiendo apreciar por la liviana tela que poseía unos grandes pechos, más que los de mi novia, y que en ellos se marcaban unos pezones gruesos, duros y erectos. En su rostro arrebolado, en sus ojos lujuriosos, pude percibir que a ella también le había encendido todo aquello, que estaba tremendamente excitada ante lo que habíamos visto.

Por primera vez la vi como mujer, por primera vez la deseé... a Alejandra, a mi psicóloga... y ella a mí, al menos en aquel sueño, en mi sueño...

En el sofá, la pareja seguí dando rienda suelta a su pasión, follando como animales, encendiéndome con sus gritos, sus gemidos, sus palabras soeces, alentándome a dar un paso más, a dejarme ir...

Di dos pasos y Alejandra quedó apoyada contra la pared del pasillo, sin escapatoria. Acerqué mis labios hasta casi rozar los suyos, notando la calidez de su boca, sintiendo su aliento en mi rostro, notando su ansiedad creciente porque lo hiciera...

Mi cuerpo completamente pegado al suyo, no dejándole espacio para que se escapara de mí, apreciando los grandes pechos contra mi torso, clavándome sus pezones tiesos y duros, casi notando la calidez de su sexo a través de su falda y ella mi polla erecta clavada contra su pubis, con mis manos en su cintura casi rozando aquel culo portentoso del que ahora era plenamente consciente...

—Me corro... —gimió Fran en el sofá y ambos nos giramos para ver como sacaba aquel trozo de carne negra del interior de una exhausta María que había perdido la cuenta de los orgasmos que había tenido. Vimos como su mano agarraba aquel mástil oscuro y de ella brotaban borbotones de semen blanco que volaban al cuerpo inerte de la enfermera, impregnándola con su simiente. Su cara, sus tetas, su vientre, su pubis... parecía no acabar nunca de brotar semen de su polla.

Cuando, por fin, acabó de correrse, se acercó y besó en los labios a una María que apenas se inmutó, agotada, satisfecha.

—¿Ya te vas? —preguntó ella casi en un susurro.

—Sí —contestó él poniéndose en pie y colocándose el bóxer— voy a buscar a Sara...

—¿A follártela? —dijo ella con una sonrisa.

—A intentarlo al menos —dijo con suficiencia— a ver si se ha calentado escuchándote gritar a ti...

—Suerte campeón... —dijo ella dándole una palmada en su culo.

De nuevo Alejandra me arrastró de vuelta al despacho, mientras las pisadas de un decidido Fran recorrían el pasillo hasta la habitación del fondo, la habitación de mi casa donde debía dormir una casi desnuda Sara.

Mi corazón pareció pararse otra vez, mis pulmones dejar de coger aire y todo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Si antes había sentido alivio al ver como mi novia se resistía al doble frente de su amiga y su compañero de trabajo para que diera rienda suelta a las ganas de follar que tenía, ahora volvía a sentir las dudas sobre si ella iba a ser capaz de resistir tanta provocación... o si quería hacerlo...

Porque todo parecía indicar que ya algo había pasado en las semanas anteriores y, si eso era cierto, ¿quién me decía que no podía volver a pasar? Y más después de lo que acababa de suceder entre ellos dos en el salón. Los dos casi desnudos, en la misma habitación, en la misma cama...

—Creo que es hora de que despiertes —dijo la voz de Alejandra antes de notar

como unía sus labios a los míos, besándome de forma tierna y cariñosa, apaciguándome, calmándome, haciéndome volver al mundo de los vivos mientras su imagen iba poco a poco difuminándose y diluyéndose en el mundo de los sueños...

Capítulo 7: Alejandra

Cuando desperté, lo hice bañado en sudor, con mi corazón palpitando a mil por hora y de nuevo aquel dolor inaguantable que martilleaba mi maltrecha cabeza. Había sido todo tan real que empezaba a dudar qué era fantasía y qué no lo era.

¿En serio Sara, mi novia, había sido capaz de dejarse meter mano de aquella manera? ¿Tanto le atraía, tanto deseaba a Fran? ¿Y qué demonios era aquello que había pasado las semanas anteriores a mi accidente? ¿Habría tenido aquello algo que ver con mi pérdida de memoria? ¿O nada de aquello era cierto y todo era fruto de mi mente dañada? Me estaba volviendo loco con todo aquello, necesitaba recuperar mi memoria, reencontrarme a mí mismo.

Lo único que casi podía decir que era cierto de aquel sueño era que, aquella casa que se repetía sueño tras sueño, era la mía. Y también que, casi con toda seguridad, la escena que se había producido en aquel dormitorio de mi casa con Miriam de protagonista, se había producido tal como acababa de soñarla.

Había sido Juanjo el que se había follado a Miriam con Manu de espectador de lujo. Y eso planteaba la siguiente cuestión: ¿por qué me había mentido María? ¿Qué sacaba ella con hacerme creer que había sido yo el que había engañado a Sara acostándose con su amiga? Comenzaba a desconfiar de todo y de todos.

Dudas y más dudas que no hacían más que empeorar mi estado físico y, sobre todo, anímico y mental. Ya no sabía qué creer y lo que era peor, en quien confiar. La única persona en la que creía poder hacerlo era en Alejandra... una Alejandra con la que, como había predicho ella, había aparecido en mis sueños y de qué manera... a ver cómo la miraba yo a la cara ahora y cómo le contaba su aparición en él...

No tardó en hacer acto de presencia la enfermera de turno que inició todo el proceso habitual de cada mañana: desayuno, medicación, curas, higiene... todo previo paso del doctor que parecía muy satisfecho con la evolución general de mis heridas... tanto, que ya habló de darme el alta en unos días teniendo que volver al hospital solo para continuar la terapia con Alejandra.

No supe como tomarme aquella noticia. Volver a casa suponía volver al escenario donde se sucedían mis sueños, al lugar donde, fuera lo que fuera, había ocurrido todo y eso me hacía temer que mis sueños ganaran en intensidad, si eso era posible. Pero,

por otro lado, quizás era lo que necesitaba por muy dolorosa que pudiera ser la vuelta. Una medida de choque, brutal aunque efectiva, para recuperar de una vez por todas la memoria perdida y descubrir la verdad anhelada.

Lo que sí tenía claro y así se lo hice saber al doctor era que, de momento, nadie conociera la novedad, mantener esa noticia en secreto y que no le dijera nada a ¿mi prometida? ¿Mi novia? Ya no sabía qué era realmente Sara para mí...

Casi coincidió la salida del doctor con la entrada de Alejandra en la habitación, sonriente como siempre aunque era yo el que había cambiado mi forma de mirarla. Contemplé su andar cadencioso, como su melena pelirroja se movía al compás de sus pasos, como al sentarse apartaba aquel mechón rebelde que le caía sobre la cara, sujetándolo detrás de su oreja, como de forma mecánica se ajustaba sus gafas de pasta, hecho que ahora me parecía enormemente sexy.

Su bata no me pareció tan cerrada como otros días, como si fuera consciente de lo sucedido en el sueño y se sintiera más libre de mostrarse a mí, cosa totalmente imposible claro... debajo de la bata, la habitual blusa que ahora me hizo ser consciente del par de pechos más que generosos con que la naturaleza la había dotado y, más abajo, sus voluptuosos muslos que lucían juntos en aquella postura tan recatada que había adoptado para sentarse y que a mí me estaba poniendo a mil.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué ese cambio en la forma de ver a Alejandra? ¿Por qué solo deseaba lanzarme y volver a sentir aquellos labios con que me había despertado del sueño?

—Daniel ¿estás bien? —me preguntó Alejandra escrutándome bajo aquellos ojos color miel, preciosos.

—Sí, sí... —dije apartando momentáneamente la mirada, sintiéndome culpable por mi forma de actuar— he pasado mala noche...

—¿Otro sueño? —Preguntó ella sacando la libreta de su bolsillo— No te preocupes, entre los dos desmadejaremos la fantasía para descubrir la realidad. ¿Empezó como siempre? ¿Con la tormenta?

—No, está vez el inicio fue distinto —dije yo concentrándome para recordar el sueño y tratando de apartar los pensamientos libidinosos sobre Alejandra— Estaba nublado pero no llovía y, además, era aun de día. Volvía de algún viaje de trabajo con la intención de darle una sorpresa a Sara y, bueno, algo más...

—Específica que quieres decir con algo más... —me pidió Alejandra.

—Bueno, creo que iba a pedirle la mano... —dije algo nervioso— me metí en mi despacho y saqué del bolsillo una cajita con un anillo dentro...

—Vaya... —dijo anotando en la libreta— ¿pero estás seguro de ello? Puede que

fuera una recreación mental, algo que te gustaría que pasara...

—Estoy bastante seguro de esa parte del sueño —dije con tranquilidad— estoy casi seguro que esa casa que sale sueño tras sueño es la mía y que llegué a ella antes de hora, pues también... lo del anillo, también estoy bastante seguro que es real pero bueno, creo que tiene fácil comprobación... debe continuar en el despacho de mi casa...

—Ya veo... —dijo mirándome fijamente— percibo que cada vez eres capaz de recordar más cosas y casi sin mi ayuda...

—Eso no es cierto —le dije con firmeza— contarte a ti mis sueños me ayuda en el proceso y, además, ahora también me ayudas de otras maneras...

—¿Qué otras maneras? —preguntó con curiosidad.

—Bueno, ayer apareciste en el sueño... como ya me habías avisado... —dije apartando la mirada.

—Suponía que eso iba a pasar —repiqueteó el bolígrafo contra la libreta antes de volver a preguntar— ¿en calidad de qué aparezco en el sueño?

—En calidad de doctora, por supuesto —me apresuré a aclarar. Por nada del mundo pensaba contarle la parte del beso y los toqueteos que hubo— me acompañaste y guiaste durante todo el sueño, dándome valor para continuar observando y, cuando ya estaba completamente superado, ayudándome a volver...

—Interesante... —solo dijo ella— continua, por favor... ¿qué sucedió en ese sueño?

—Como te dije, llegué antes a casa y no había nadie —empecé a relatar— me metí en el despacho, miré el anillo y me tumbé en el sofá donde me debí quedar dormido... me desperté cuando tú me llamaste...

Ahí pude observar como ella escribía de forma frenética y me pareció que algo preocupada por lo que acababa de contarle pero no dijo nada y yo continué hablando.

—Ahora sí que estaba la tormenta en todo su esplendor: lluvia, viento, truenos y relámpagos a mansalva —seguí contando— por lo visto, la luz se había ido y en el salón, donde estaban los demás, bebían y comían bajo el tenue resplandor de unas velas...

—¿Quién había allí? —Me interrumpió Alejandra— necesito detalles...

—Sara, María, Miriam, Manu, Juanjo y Fran —dije contestando a su pregunta.

—¿Y cómo sabes que eran ellos? Me refiero a Juanjo y Fran... —indagó ella.

—Ayer, antes de quedarme dormido, volví a hablar con María y le pedí que me mostrara una foto del tal Fran —le expliqué— necesitaba saber qué rostro tenía por si se presentaba y estaba solo... en la foto salían los dos, por eso los reconocí...

—Comprendo... —dijo ella volviendo a anotar— prosigue...

—La cosa es que iban todos un poco contentos y pasados con la bebida y alguien, no sé quién, propuso un juego para pasar el rato —seguí yo— consistía en ponerse en círculo y hacer girar una botella. El afortunado debía quitarse una prenda o tomar un trago... el resto te lo puedes imaginar... al principio todo fueron copas pero luego, por la desinhibición que les daba el alcohol y por temor a emborracharse más, empezaron a quitarse la ropa...

—Vaya... ¿y tú cómo te sentías viendo eso? —me preguntó.

—¿Tú qué crees? —Le dije— ver a mi novia, medio borracha y quitándose la ropa ante un tío que desea follársela... pues mal, muy mal...

—Un momento —me interrumpió ella— ¿qué quieres decir con que quiere follársela?

—Perdona, se me había olvidado contarte esa parte... —dije yo recordando que no le había contado lo que me había dicho Sara la última vez que había estado allí— Sara me contó ayer que, desde hace un tiempo, solíamos jugar a calentar a otros hombres para excitarnos más... por lo visto a mí me ponía verla provocándolos para luego follarla salvajemente...

—¿Y eso que tiene que ver con Fran? —me preguntó sin mirarme y anotando en la libreta.

—Por lo visto, él era una de nuestras víctimas —le aclaré— Sara lo calentaba para excitarme a mí... aunque, según ella, bajo unas estrictas reglas que impedían que la cosa se desmadrara... nada de tocamientos a zonas sensibles como pechos y sexo...

—Comprendo... pero por tu tono no parece muy convencido de eso —dijo mirándome de nuevo— y aunque no se toquen zonas sensibles como tú dices, eso no implica que las dos partes no quieran ir a más... que deseen traspasar esos límites...

—Tienes razón —le confirmé— ella me aseguró que nunca había traspasado esos límites, que siempre había respetado las reglas del juego pero, según lo que vi, eso no era cierto y, bueno, hay otras cosas que siguen sin cuadrarme...

—Creo que será mejor que continúes con el sueño después de esta aclaración... —dijo animándome a seguir.

—Sí, tienes razón —dije dispuesto a seguir relatando el sueño— poco a poco se fueron quitando la ropa hasta quedar todos en ropa interior y entonces María propuso dar un paso más... en lugar de prendas, pruebas... María tocó la polla de Fran por encima de su slip haciendo notar a todos la polla que se gasta el tío, Juanjo masturbó a Miriam delante de Manu para deleite suyo, Sara en su primer turno pasó de prueba y se quitó el sostén mostrando sus tetas y luego, para mi desgracia, le tocó a Fran que tenía que tocarle el pecho a una de las chicas...

—Y lo hizo con Sara... —adivinó Alejandra.

—Exacto —repliqué— y se dejó... ni una queja salió de su boca mientras aquel tío manoseaba sus tetas hasta que se hartó... por eso no sonaba convencido con lo de las normas... porque si lo que vi era real, Sara se las saltó por todo lo alto...

—Debiste pasarlo mal viendo eso... —dijo Alejandra.

—No te lo puedes ni imaginar... —dije apesadumbrado recordando aquellas aciagas sensaciones— creía que iba a darme algo, que se me iba a parar el corazón o algo peor... menos mal que estabas allí, dándome tu apoyo, siendo mi sostén... no podría haber aguantado todo aquello sin estar tú a mi lado...

—Me alegro que mi presencia te ayudara —dije sonriente— aun así, debió ser muy duro presenciar todo eso...

—Aún hay más... —contesté— la siguiente prueba le tocó de nuevo a María. Ahora debía reconocer a quién pertenecía cada polla... todos se desnudaron del todo y aparecieron sus miembros que, uno tras otro, María engulló en su boca adivinando a quién pertenecía cada una... a partir de ahí, la cosa ya se desmadró...

—¿En qué sentido? —indagó la doctora.

—María desechó enseguida la de Manu por pequeña y pasó a la de Juanjo de buen tamaño que chupó un buen rato... y luego, se fue a por el premio gordo de Fran de la que se hizo dueña y señora ante la atenta mirada de Sara que no perdía detalle de aquella polla que tantas veces debía haber deseado, al notarla en los roces para calentar a Fran... y su amiga Miriam, envidiosa, se lanzó a por la de Juanjo, chupándosela ante la atenta mirada de su novio...

Alejandra no dijo nada pero pude notar que su rostro había vuelto a encenderse. Aquella narración empezaba a pasarle factura y a excitarla, al igual que había pasado en el sueño y de la misma manera que hacía conmigo.

—Miriam no tardó en irse a la habitación cogida de la mano de Juanjo y Manu detrás, como mero espectador—seguí narrando— nosotros nos escondimos de nuevo y cuando ya no había peligro y salimos, vi lo mismo que en el anterior sueño...

—Solo que ahora era Juanjo el que follaba a Miriam mientras su novio miraba... —dijo con sorpresa Alejandra— ¿te das cuenta de lo que eso significa?

—Creo que sí —contesté yo— que yo nunca fui infiel a Sara, no al menos con Miriam tal como me había dicho María... lo que significa que María me había engañado...

—Cierto —dijo contenta de ver que había llegado a la misma conclusión que ella— ¿tienes alguna idea del por qué? ¿Encuentras algún motivo que lo justifique?

—Alguna idea tengo sí... —repliqué— pero eso viene un poco más adelante...

cuando volvimos al salón, María seguía chupando la polla de Fran y éste, de nuevo, tocaba las tetas de mi novia mientras ella se dejaba hacer viendo el espectáculo. A partir de ahí, fue cuando ambos empezaron a presionarla para que se uniera a ellos, que probara su miembro, que se dejara llevar...

—¿Y cuál fue su reacción, su respuesta? —quiso saber Alejandra.

—Negarse con la excusa que no podía hacerme eso —le contesté— no podía, no que no quería...

—Debió dolerte oírle decir eso...

—Ni te imaginas... —dije yo— pero también lo fue ver como la mano de él bajaba y acariciaba su culo por dentro de la braguita y que ella lo disfrutaba todo... pero al final, pareció darse cuenta de lo que hacía y consiguió separarse de sus manazas...

—Sentirías alivio ¿no? —Dijo Alejandra— parece que Sara, al menos en el sueño, tuvo la fuerza suficiente como para poner tierra de por medio...

—Duró poco —dije yo recordando lo que vino después— María seguía insistiendo, que se dejara llevar, que se dejara de juegos, que disfrutara, que yo no tenía por qué enterarme de nada ya que estaba lejos de viaje... ella se negaba, no quería engañarme... fue entonces cuando María le dijo que si lo que había pasado esa noche o las dos semanas anteriores no suponía un engaño hacia mí...

—Mmmm... —dijo Alejandra frunciendo el ceño— y supongo que no tienes ni idea de lo que hablaban...

—Supones bien... —dije dejándome caer sobre la cama, cansado de volver a recordar todo aquello— nada de nada pero, por la forma en que hablaban, daban a entender que en más de una ocasión las cosas se le habían ido de las manos a Sara y que, lo que fuera que había pasado en aquellas dos semanas, ellos pensaban que había supuesto un engaño hacia mí...

—Quizás yo te pueda ayudar con eso —dijo Alejandra revisando sus notas— el otro día hablé con Sara, forma parte de tu terapia para saber una directrices con las que guiarme sobre cómo era tu vida anterior... y le pedí que me detallara lo ocurrido durante el último mes, cualquier cosa por poco importante que fuera que pudiera haber ocasionado tu trauma...

—Supongo que sabes que, si de verdad Sara me ha estado engañando, no iba a contártelo a ti... —le dije— ella no quería que te contara lo de nuestros juegos...

—Pero lo has hecho... ¿por qué? —preguntó curiosa.

—Sinceramente, ahora no sé de quién fiarme —le dije honestamente— tú eres la única persona en la que creo que puedo hacerlo... por eso te he contado la verdad...

—No toda... —me dijo escrutándome— pero ya llegaremos a eso... lo que quería

decirte es que me comentó que dos fines de semana antes del suceso estuvo fuera, rodando un anuncio y no os visteis... y el último antes del accidente, tú ya estabas de viaje y ella salió de fiesta con sus amigas... ¿te ayuda en algo?

—No, nada de nada, pero algo es algo... —dije resignado— quizás pueda interrogar a Sara o María al respecto... aunque no sé si lo que me dirán será cierto o no... tampoco estoy seguro que lo que te he contado sea verdad o no aunque lo parezca...

—Entiendo tu desazón pero estamos avanzando y mucho... —intentó animarme— recuerdas la tormenta, recuerdas a Fran, has recordado tu casa, has recordado la escena entre Miriam, Juanjo y Manu y has descubierto el engaño de María... son muchas cosas para los pocos días que llevamos...

—Puede que haya algo más —dije recordando el final del sueño— María me confesó que se había acostado con Fran y, cuando después de insistir a Sara sin convencerla, ella abandonó la sala para irse a nuestro dormitorio, los dos vimos como follaban en el sofá de mi salón...

—¿Ves? Una cosa más... —dijo con optimismo— y quizás todo eso que has visto en tu sueño es una especie de fantasía tuya, como una prolongación de ese juego vuestro... al fin y al cabo, lo que viste fue a Sara calentando a Fran sin dejarlo ir a más...

—Puede ser —dije pensativo— quizás tengas razón y nunca haya pasado nada de eso...

—¿Y ahora me vas a contar qué es lo que me estás ocultando del sueño? —Dijo mirándome con firmeza— puedes contarme lo que quieras, creo que a estas alturas ya tenemos bastante confianza entre los dos ¿no?

Aparté la mirada incapaz de sostenerla, avergonzado al recordar lo sucedido y falto de valor para contárselo.

—Daniel —dijo cogiendo mi cara con sus manos, con voz suave y tranquilizadora, fijando su mirada en la mía, forzándome a mirarla— cuéntame qué es lo que pasó que no quieres contarme...

—Me calenté viendo a aquellos dos follando —dije casi en un susurro— tú estabas a mi lado, excitada también... y nos besamos, nos acariciamos... y me gustó hacerlo...

Alejandra se ruborizó al instante, noté como su respiración se agitaba y casi podía sentir el palpitar nervioso de su corazón. Pero continuaba con su rostro cerca del mío, sujetando mi cabeza y mirándome fijamente, no sabía si consciente de lo comprometido de la situación.

No lo pude evitar. El recuerdo había avivado mis deseos de volver a sentir sus

labios, su boca, su aliento y eso fue lo que hice. Alargar mi rostro y besarla, cogiéndola por sorpresa. Mis labios pegados a los suyos, mi mano buscando su nuca para atraerla con fuerza hacia mí, haciendo más intenso el beso que ella me pareció que correspondía en un primer momento pero que enseguida rechazó, intentando apartarme de ella.

—Para Daniel —dijo intentando liberarse— esto no está bien... soy tu doctora y tú mi paciente al que quiero ayudar pero no así... además, tienes novia y yo estoy casada...

Oír aquello fue como un mazazo para mí. ¿Qué coño había hecho? Por primera vez me di cuenta del anillo que lucía en su dedo y al que nunca había prestado atención. Joder, joder, joder...

—Tranquilo, Daniel —dijo separándose de mí— estás confundido, tu mente es incapaz de interpretar lo que es real y lo que no, eso es todo...

—Lo siento, de verdad... —dije yo avergonzado de nuevo— no sé porque lo he hecho... perdóname, por favor... no quiero que dejes la terapia por esto... eres la única persona en la que confío...

Y me puse a llorar. Gruesas lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, desconsolado solo de pensar que Alejandra me pudiera abandonar por lo que había hecho. La única persona en la que podía confiar, que me escuchaba, que quería ayudarme y yo le había fallado de aquella manera.

—Por favor, Daniel... —me rogó ella.

Pero yo no podía parar. Estaba roto completamente. Demasiadas emociones, dudas, descubrimientos, engaños, traiciones... ya no sabía qué era real y si alguna vez llegaría a saberlo. Mi cuerpo se agitaba fruto de mi llanto desconsolado y eso empezaba a pasar factura a mi maltrecho cuerpo, recorriendo el dolor cada centímetro de mí.

Y de pronto, un resquicio de esperanza me envolvió, un oasis de paz me embargó. Los brazos de Alejandra me envolvieron y me pegaron a su pecho, notando en mi rostro la calidez y suavidad de su piel, apaciguándome con el latir acompasado de su corazón, sintiéndome tranquilo bajo su cobijo y protección.

Su mano acariciaba con ternura mi cabello mientras la otra sostenía mi cabeza contra su torso, sintiendo su aliento en mi coronilla donde apoyaba su mentón. Allí, encerrado bajo su abrazo protector, me sentí seguro, protegido y la calma volvió a mí.

No sé el rato que estuve así, en sus brazos pero sí sé que, cuando alcé mi rostro para mirar el suyo y me volví a encontrar con aquellos ojos... no pude evitar volver a sentir un deseo irrefrenable por lanzarme en busca de aquellos labios y besarla de nuevo. Fue un beso suave, tierno, lleno de cariño... un beso que esta vez, sí fue

correspondido... un beso que enseguida fue a más...

Nuestros labios se buscaban con ansiedad, nuestras lenguas luchaban la una contra la otra mientras sus manos, que antes sostenían y acariciaban con ternura mi cabeza, ahora apretaban mi rostro contra el suyo para hacer más intenso el beso, más profundo.

Y las mías, que abrazaban antes su espalda, ahora caían a su parte delantera, abriendo los botones de su bata, los botones de su blusa, dejando al descubierto la piel pálida de su pecho, un sujetador blanco sencillo y cómodo que contenía como podía aquel par de tetas que poseía, donde no tardé en posar mis manos para deleite de ella, acariciándolas por encima de la prenda.

El beso se hizo más intenso, más húmedo, más caliente mientras mis manos, de un suave tirón, bajaron el sujetador y sus tetas salieron a relucir. Desde mi posición, contemplé sus grandes pechos de piel blanquecina, con unas amplias areolas de color rosadas coronadas por unos pezones que se presumían grandes y que ya empezaban a endurecerse fruto de la excitación.

Mis manos no tardaron en poseerlas, en hacerlas suyas. Sopesaron su firmeza, la delicadeza de su piel, recorrieron acariciando sus areolas rugosas y probaron la dureza de sus pezones que no tardaron en alzarse orgullosos, erguidos, excitados.

Fue Alejandra la que dirigió mi rostro hacia abajo para que las probara, las degustara. Ni pude ni quise negarme. Mi boca besó la carne de su pecho hasta alcanzar aquella cúspide tan deseada que seguí con mi lengua en toda su extensión, lamiéndola con fruición hasta alcanzar la cumbre dura de su pezón que engullí, chupándolo y lamiéndolo como si me fuera la vida en ello.

Alejandra seguía apretando mi cabeza pero ahora contra sus pechos, que yo alternaba en mi boca no dejando huérfano a ninguno de los dos, llenándome los oídos con los gemidos quedos que se escapaban de su boca y que me animaban a seguir por aquel camino.

En aquella posición, sentada en el filo de la cama y recostada sobre mi cuerpo, sus piernas quedaban al alcance de mis manos que, habiendo abandonado sus pechos encontraron un nuevo destino. Acaricié su pierna un poco más arriba de su rodilla, disfrutando de la tersura de su piel, buscando la parte interna y más íntima de su muslo para subir acariciándolo, notando como ella se movía inquieta pero abriéndose a mí, facilitándome el acceso a su centro de placer.

Mi boca disfrutaba de sus pechos, mis manos de sus muslos y ella de todo lo que le hacía. O al menos, eso creía yo. Porque cuando mi mano alcanzó la tela de su braguita, notó la humedad que la impregnaba, la calentura que exudaba, la tensión que vivía y,

en ese momento, ella pareció despertar de su letargo, de su ensueño, de su dejarse hacer y antes que me diera cuenta, se había levantado de la cama y puesto distancia entre los dos.

—Esto ha sido un error... un grandísimo error... —dijo ruborizada pero aparentemente arrepentida de lo sucedido, colocándose el sujetador, abrochándose los botones de la blusa y de la bata, colocándose correctamente la falda— esto no puede volver a ocurrir...

—Pero... —intenté decir yo.

—No, Daniel —me cortó de forma seca— tú tienes novia y yo estoy casada, eres mi paciente... ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo he podido dejarme llevar para hacer esto?

Yo callé contemplando el debate interno que la asolaba, viendo como los remordimientos la carcomían y como el arrepentimiento ganaba la batalla al placer que acababa de sentir.

—Se acabó, Daniel —dijo con seriedad— esto se nos ha ido de las manos y comprenderás que no puedo seguir con tu terapia... hablaré inmediatamente para que te designen a otro sicólogo que se haga cargo de ti...

—Pero yo no quiero a otro, te quiero a ti Sara —le dije desesperado viendo que mis peores augurios empezaban a tomar forma— no me dejes así, ahora...

—Lo siento —dijo mientras cogía sus cosas y salía por la puerta, abandonándome en la mayor soledad que había sentido en mi vida. O, al menos, en la que podía recordar...

Capítulo 8: La recaída

La marcha de Alejandra me dejó destrozado y sin ganas de nada ni de nadie. La había jodido y bien, dejándome llevar por mis impulsos basándome en lo que había sentido en el sueño, como si todo lo que allí sucedía tuviera que responder a la realidad y no a una mera fantasía.

La enfermera que me trajo la comida la recogió algunas horas después intacta, no tenía apetito ni ganas de nada. Allí tumbado, con los ojos cerrados, solo pensaba en porque había tenido que despertar después de aquel accidente, cuando lo único que me esperaba a mi regreso eran mentiras, engaños y dolor, mucho dolor.

Todo lo soñado no me invitaba a confiar en Sara ni en María pues ya sabía a ciencia cierta que no podía hacerlo y los demás, ni me habían dado pie a intentarlo. La única, Alejandra y la había perdido por no saber controlar mis impulsos y menos aún mis

deseos.

Era tarde cuando se abrió la puerta de la habitación y escuché entrar a alguien, que se acercó a la cama y tocó mi mano. No sabía quién era ni falta que me hacía. No era Alejandra así que no reprimí lo que me pedía mi mente y, de forma automática, aparté la mano alejándola de la suya. Por su suspiro de frustración adiviné quién era.

—Daniel... —me llamó Sara. No tenía ningunas ganas de hablar con ella y, menos, después de lo visto en el sueño y lo sucedido con Alejandra, más lo segundo que lo primero.

Inmóvil sobre la cama, con los ojos cerrados e ignorando su presencia en la habitación, ella creyó que dormía y que lo sucedido había sido un gesto reflejo de mi cuerpo. Algo más aliviada, se sentó en la butaca a la espera que me despertara cuando en realidad yo no tenía ninguna intención de hacerlo...

—Hola —dijo María entrando en la habitación con su habitual desparpajo— ¿cómo va nuestro Daniel?

—Está dormido —contestó Sara en voz baja y acercándose a ella— ¿ha habido alguna novedad?

—Creo que no, más bien todo lo contrario —le comentó su amiga— por eso he venido lo antes posible... me ha dicho la enfermera que hoy no ha comido nada y lleva casi todo el día así...

—Joder... —noté la voz de Sara sinceramente preocupada— pues parecía que iba todo bien... pensaba que pronto lo iban a mandar para casa...

—Y yo... —dijo María— pero no sé lo que le habrá pasado para dar ese paso atrás... ¿habrá recordado algo?

—Otra vez con lo mismo —dijo mi novia con hastío, bajando aún más el tono de su voz pero no lo suficiente como para que no la pudiera escuchar desde mi posición.

—Tú dirás lo que quieras pero Daniel no debía estar donde se produjo el accidente —replicó María.

—Hay muchas explicaciones para eso... —argumentó Sara— quizás salió a primera hora de la mañana para llegar pronto y ver a su novia antes que se fuera a trabajar... sabes que él es así, un romántico empedernido...

—¿Y cómo explicas la falta de marcas de frenado? —siguió preguntando María.

—Se debió quedar dormido... es lo que ponía el informe del atestado que redactaron los agentes que acudieron al lugar —le recordó Sara— y aunque no lo hubiera hecho, de poco le habría servido... recuerda la tormenta que había esa noche... por la mañana aun llovía bastante y el asfalto estaba muy mojado...

—No sé... a mí todo esto me huele muy raro —le dijo María— y creo que te

equivocas al traer a Fran aquí... ¿no te das cuenta que tienes una oportunidad para comenzar de cero?

—Ha sido él el que lo ha recordado no yo... —dijo Sara con desgana— ¿Crees que me ha hecho mucha gracia pedirle que venga? Pero se lo debo a Daniel, haré lo que sea para que se recupere y vuelva a casa conmigo... lo necesito a mi lado...

—Tú sabrás lo que te haces... —sentenció su amiga— pero creo que estás jugando con fuego y te acabarás quemando...

Allí tumbado escuché como se abría la puerta de la habitación y el silencio volvió a reinar en su interior. Supuse que ambas debían haber salido al pasillo y me habían dejado solo, aun atónito por lo que acababa de escuchar.

¿Insinuaba María que mi accidente no había sido fortuito sino más bien un intento de suicidio? Un estremecimiento y un sudor frío recorrieron mi cuerpo. ¿Por qué haría yo algo así? ¿Qué se suponía que debía haber ocurrido para que yo tomara una decisión así? ¿Y por qué ambas parecían reacias, como lo había sido en su día Miriam, a meter a Fran en toda aquella historia?

No tuve mucho tiempo para disfrutar de mi momentánea tranquilidad, para seguir dándole vueltas a todo lo que de una forma u otra iba descubriendo ya que la puerta volvió a abrirse y alguien entró, yéndose a sentar en la butaca que había al lado de la cama. Supuse que debería ser Sara por lo que continué haciéndome el dormido.

No sé en qué momento me quedé dormido de verdad, por suerte esta vez sin soñar nada. Cuando me desperté no sabía cuánto tiempo había transcurrido pero sí que estaba solo de nuevo, Sara se debía de haber marchado cansada de esperar que me despertara.

Mejor así puesto que no tenía ningunas ganas de hablar con ella después de lo ocurrido, aun sin saber si era real o no. Hasta que no tuviera una mejor idea de lo que había ocurrido en mi pasado no podía encarar a mi novia ya que siempre se escudaría en mi pérdida de memoria y trataría, al igual que ya había intentado María, de manipularme para hacerme creer que lo que veía no era cierto y solo respondía a un desvarío de mi mente.

De nuevo la puerta interrumpió el curso de mis pensamientos y los pasos de alguien que entraba me hicieron sospechar de quien podía ser.

—¿Daniel? —Preguntó la voz de María— ¿Estás despierto?

Dejó la bandeja con la cena en la mesita y se acercó a la cama, donde me tocó levemente tratando de despertarme pero conseguí disimular lo bastante bien como para que pensara que aún seguía dormido.

Estuvo un rato trasteando por la habitación, revisando mis vendajes y vete tú a

saber qué más ya que tenía los ojos cerrados. Solo esperaba que se fuera de una puñetera vez y me dejara tranquilo, solo quería sumirme en mis pensamientos y que nadie me molestara. Pero claro está, era María y eso no iba a pasar.

—¿Daniel? —Volvió a la carga ella— despierta ya... no puedes continuar así, tienes que comer algo y bueno... necesito hablar contigo...

Pero sus palabras cayeron en saco roto, no recibiendo respuesta alguna.

—Mierda —dijo ella ofuscada— ¿Y ahora qué cojones hago?

Parecía contrariada. Había algo que la preocupaba y encontrarme en ese estado parecía haber alterado lo que traía en mente.

—Daniel, Daniel... —dijo agitándome ahora con mayor vigor— despierta ya...

—¿Qué haces? —Le espetó Sara entrando por la puerta y salvándome in extremis de ser descubierto— ¿Estás loca o qué? Déjalo en paz... no ves que está dormido...

—No es normal que lleve tanto tiempo durmiendo —se excusó ella— además, no ha comido nada en todo el día, al menos desde el desayuno... y bueno, también quería hablar con él de algo importante...

—¿Tan importante como para zarandearlo así? —Dijo Sara enfadada— ya he hablado con el doctor y me ha dicho que es normal que, en casos así, se produzcan esos largos tiempos de sueño, esa lasitud... piensa por todo lo que está pasando el pobre... debe ser agotador para él tanto física como, sobre todo, mentalmente...

—Pues yo no creo que sea nada normal —contestó ella— es mucha casualidad después de lo que ha pasado con Alejandra...

Al oír su nombre casi di un respingo que echa por tierra todos mis esfuerzos de simular estar dormido pero, por fortuna, ninguna de las dos se percató de ello.

—¿Alejandra? —Preguntó Sara curiosa— ¿Qué pasa con ella?

—Ha solicitado que pasen el caso de Daniel a otro doctor —informó María— y quiero saber qué ha pasado, cuando ella estaba tan interesada en el caso...

—¿Cómo? —Dijo Sara sorprendida por la noticia— pues nadie me ha dicho nada...

—Aún no han asignado el caso —dijo María— por lo que sé, están tratando de convencerla para que continúe con él pero parece ser que su decisión es firme e irrevocable... por eso quería hablar con Daniel... necesito saber qué ha ocurrido esta mañana en la sesión que han tenido de terapia para provocar su renuncia...

—Joder... —dijo Sara dejándose caer sobre la butaca— con lo bien que iba todo...

—Seguro que ha recordado algo... —aseveró María— te dije que esto podía pasar, que era muy raro lo del accidente, cómo y dónde había sido... y tú no me hiciste caso y fuiste hablándole lo de vuestros juegos y de Fran...

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Mentirle como tú? —Le dijo con desdén y hastío

Sara— mira que decirle que estaba liado con Miriam... aún no me puedo creer que fueras capaz de decirle eso... y eso no explica porque ha renunciado Alejandra...

—Mira, lo de Miriam ya sabes por qué lo hice y ella estaba de acuerdo con ello... es más, me animó a hacerlo... —empezó a decir María— y sí explica lo de Alejandra... ¿y si Daniel ha empezado a recordar cosas y lo que le ha contado a Alejandra no tiene nada que ver con lo que le has contado tú? Ella no puede trabajar en condiciones si una de las partes le miente deliberadamente...

Sara calló, meditando sobre las palabras de su amiga, sopesando su razonamiento.

Yo casi ni respiraba tratando de no perder detalle de aquella conversación tan reveladora. Se confirmaba que María era una embustera, que me había mentido descaradamente con lo de Miriam aunque desconocía el motivo... Y Sara, por lo visto, también le había mentado a Alejandra, explicándole vete tú a saber qué de mi pasado... aunque en algo estaban totalmente equivocadas... nada de todo aquello tenía nada que ver con la renuncia de Alejandra, cuyos motivos solo conocíamos ella y yo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó una abatida Sara. Se notaba que toda aquella situación la estaba superando.

—De momento nada —le dijo María— déjame primero que averigüe qué puñetas ha pasado y entonces decidiremos pero, te pido por favor, que dejes de contarle cosas a Daniel... por lo que pueda ser...

—¿Y con Fran? —dijo Sara recordando que había hablado con él para que viniera a verme.

—Haz lo que quieras con él, eso ahora no importa —le explicó María— ayer le enseñé una foto suya ante su insistencia por saber qué cara tenía... así que ahora ya da igual si viene o no...

—Vale... entonces casi mejor le digo que no venga... —le contestó Sara— cuanto más lejos esté de mí, mejor...

—¿Acaso te arrepientes de lo que pasó esa noche? —le dijo con sarcasmo e ironía María.

—Sabes que sí —le confesó con amargura mi novia— perdí los papeles y nunca debió pasar lo que pasó...

—Y yo voy y me lo creo jajaja —rio María.

—Ríete lo que quieras pero es así —afirmó Sara con profunda tristeza— por nada del mundo quiero poner en peligro lo que tengo con Daniel...

Se hizo un silencio que ninguna de las dos interrumpió y yo solo podía pensar en qué debía haber pasado ese día, si sería lo que había visto en mi sueño o, quizás, algo

mucho peor.

—Bueno, será mejor que me vaya... —dijo María— está claro que de aquí no voy a sacar nada hoy...

—Sí, yo también me voy que mañana trabajo —dijo a su vez Sara que se acercó a mí, supuse que con la intención de darme un beso en la mejilla, pero con un ligero movimiento de cabeza conseguí evitar que lo hiciera para frustración suya.

Los pasos se alejaron y la puerta se cerró. De nuevo solo, muy solo. Y esta vez, casi de forma definitiva. María me había manipulado, Sara había engañado a Alejandra evidenciando que le importaba más protegerse de vete tú a saber qué que de mi salud y Alejandra... pues había renunciado a seguir con mi terapia como había amenazado.

Y con esos pensamientos funestos pululando por mi cabeza caí en un profundo sueño...

Otra vez el salón de mi casa. Otra vez la maldita tormenta. Y cómo no, otra vez el maldito Fran. Lo vi cómo se ponía el slip y enfilaba el pasillo en busca de las habitaciones, en concreto la que ocupaba Sara con el fin de cumplir su intento de hacerla suya, tal como le había dicho a María en el anterior sueño.

En el sofá alguien se movía, María supuse, y me acerqué hasta comprobar que así era. Estaba de espaldas, desnuda y tratando de dormir. Igual que la había visto en el primer sueño o fragmento de memoria recuperada. Casi estaba seguro que más lo segundo que lo primero.

Miré al interior del pasillo y Fran ya no estaba, debía haber entrado en el dormitorio y empezado su asedio contra mi novia. Dudé qué hacer pero no mucho, tampoco tuve mucha opción. La puerta del despacho se abrió y apareció Alejandra para mi estupefacción, dejándome sorprendido y desconcertado ya que, después de lo ocurrido, no pensaba que volviera a aparecer en mis sueños.

Pero allí estaba, sonriéndome de forma amable, tierna, cariñosa... y sin su bata. Su blusa parecía más abierta que otras veces y su falda más corta que nunca. Volvió a mover aquel mechón de pelo rebelde, que siempre le caía sobre su rostro, de forma coqueta y sugerente y, con un gesto de su mano, me invitó a ir a su encuentro. Lo hice sin dudar, confiado, esperanzado, totalmente entregado a ella.

—Tenemos que avanzar —me dijo con una sonrisa mientras me cogía de la mano y me guiaba hasta la puerta del dormitorio donde estaban Fran y Sara.

La puerta no estaba cerrada del todo, suficiente como para poder escuchar lo que sucedía dentro y, estratégicamente situado, ver parte de lo que ocurría en su interior.

—¿No puedes irte a dormir a otro lugar? —le preguntó Sara.

—La otra cama está ocupada por ya sabes quién y haciendo ya sabes qué... —le dijo

Fran con tranquilidad, como si fuera lo más normal del mundo pretender compartir cama con la parejas de otro— y el sofá está ocupado por María... ahí no cabemos los dos...

—Pues para follar bien qué cabáis los dos... —le dijo con sarcasmo mi novia— también puedes irte al despacho donde hay otro sofá...

—Prefiero hacerlo aquí... contigo... —le dijo Fran con voz melosa— no voy a hacer nada que tú no quieras...

—Pues entonces solo dormirás jajaja —dijo ella riendo— y lo digo en serio, las manos quietas que nos conocemos...

Desde mi posición pude ver como Fran se metía en nuestra cama, mi cama, con mi novia. ¿Tan inocente era ella que pensaba que él iba a cumplir su palabra y solo dormir junto a una Sara medio desnuda?

—¿Te ha molestado que me follara a María? —le dijo una vez acostado, aun a cierta distancia de mi novia y boca arriba— sabes que podías haber sido tú la afortunada...

—¿Por qué iba a molestarte? —Le contestó Sara también tumbada boca arriba— sois los dos solteros y libres de hacer lo que queráis... y sabes muy bien que entre nosotros eso no va a pasar, te lo he dicho muchas veces y creía que ya estaba claro...

—¿Otra vez el dichoso juego y sus estúpidas normas? —Dijo con desdén Fran— no entiendo porque te reprimes así... una sola palabra tuya y todo esto sería para ti...

Pude ver cómo, cuando decía esto, se tocaba su enorme paquete que de nuevo parecía abultado. Y como Sara no podía evitar lanzar una fugaz mirada a su entrepierna.

—Sabes que no puedo ni debo— dijo Sara. De nuevo no puedo... no que no quería.

—Algún día me cansaré que juegues conmigo de esta manera —le amenazó él— siempre provocándome, siempre calentándome, siempre incitándome, siempre dejándome con el calentón...

—Te avisé cómo funcionaba esto... y no recuerdo que te quejaras cada vez que me has metido mano delante de Daniel o a sus espaldas... —le recordó Sara.

—Y no me quejo —le replicó él— pero no te entiendo a ti... ¿por qué te niegas lo que tanto deseas?

—Ya lo sabes... por Daniel... —volvió a decirle Sara.

—Joder... a la mierda con Daniel —dijo él frustrado— si yo tuviera una novia como tú no dejaría que nadie te pusiera la mano encima... te estaría follando todo el día hasta reventarte...

—Eso decís todos y luego, a la hora de la verdad, prefieres follarte a otra... —le recriminó Sara.

—¿Lo dices por María? —Le dijo Fran— sabes perfectamente que ella es un segundo plato... el plato que quiero comerme eres tú... pero no me lo pones nada fácil... ¿qué querías que hiciera después de haberme dejado como me has dejado?

—No tenía que haberte permitido tocarme las tetas... —dijo molesta Sara— he vuelto a perder los papeles y el control, no ha estado bien...

—Pues a mí me ha encantado —dijo sonriendo él y poniéndose de lado, mirando a mi novia— no como en el hotel el otro fin de semana, que solo me dejaste mirarlas...

Vaya, así que eso era. Alejandra me había dicho que dos fines de semana antes del accidente Sara había estado fuera trabajando y, por lo visto, Fran también había estado allí con ella y, por lo escuchado, habían compartido algo más que horas de trabajo...

Un apretón fuerte de mano por parte de Alejandra consiguió apaciguarme algo y le devolví la mirada agradeciéndole el gesto. Ella me miraba con semblante tranquilo y yo me quedé embelesado contemplando su belleza... dios, ¡qué guapa era!

—Aquello tampoco debió haber pasado —se recriminó Sara.

—Claro... —dijo él alargando su mano y posándola sobre el vientre desnudo de Sara— pero bien que lo disfrutaste y me lo hiciste disfrutar a mí...

—Las manos quietas... —le dijo ella pero sin llegar a apartarla.

—Me encanta el tacto de tu piel, cielo — dijo él— no me cansaré nunca de tocarte y acariciarte...

—Te he dicho muchas veces que no me llames así —dijo ahora sí apartando su mano.

—Ya estamos otra vez... —dijo él alejándose levemente— seguro que al otro sí le dejas decirte este tipo de cosas como le dejaste hacer lo que a mí no me dejas...

¿De qué coño estaba hablando? ¿Qué otro tipo? ¿Qué había hecho ese tío que a Fran no le había permitido? Viendo mi nerviosismo, Alejandra se acercó aún más a mí, abrazándome por detrás, sintiendo sus turgentes pechos pegados a mi espalda y sus manos rodeando mi vientre, a escasos centímetros de mi creciente erección, sintiendo su aliento junto a mi cara. Mi nerviosismo aumentó pero ahora por otros motivos....

—¿Otra vez con eso? —dijo ella ahora sí enfadada y levantándose de la cama— que te quede claro que entre tú y yo no hay nada ni lo habrá y, lo que haya pasado o no con otras personas, es solo de mi incumbencia...

—Ah ¿y de Daniel no? —Dijo él con retintín— ¿entonces el cornudo no sabe nada de lo tuyo con ese?

—No se te ocurra volver a llamarlo así, ¿entendido? —dijo Sara alterada— y no, no sabe nada y más vale que continúe siendo así, ¿te enteras?

—Por mí no lo sabrá —dijo él de forma irónica, medio recostado sobre la cama—

como tampoco si quisieras disfrutar de nuevo con ésta...

De nuevo su mano en la entrepierna, tocándose su erección que ya era más que evidente y que no pasó desapercibida a Sara que se recreó unos instantes mirándola.

—Está claro que aquí no voy a poder dormir —dijo Sara dirigiéndose a la puerta.

Yo me asusté, pensando en que nos iba a descubrir pero, entre el abrazo más intenso de Alejandra y Fran, que se levantó rápidamente de la cama deteniendo su avance, la cosa no fue a mayores.

—No te vayas, Sara —le dijo él arrepentido de sus palabras— te prometo que me portaré bien y te dejaré dormir... perdóname, es que es superior a mí... no comprendo como dejaste que ese te follara y a mí no...

Esas palabras se clavaron como un puñal en mi corazón y, si no fuera porque Alejandra me cogía, estoy seguro que me habría derrumbado al suelo ya que mis piernas dejaron de sostenerme. Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas mientras Alejandra me apartaba de la puerta, de nuevo al despacho. Dentro de la habitación, Sara convencida por las palabras de Fran, volvía a meterse en la cama con él...

—No sabes si es real —dijo metiéndome en el despacho y cerrando la puerta tras ella— quizás sea todo una fantasía como yo lo estoy siendo por muy real que te parezca...

Sí. Quizás todo fuera una fantasía, algo totalmente irreal pero ya empezaban a ser demasiadas coincidencias, demasiados engaños, demasiadas cosas como para pasarlas por alto. El enfado empezó a crecer en mí, la ira a ganar terreno y Alejandra la que tenía delante para hacérselo pagar.

De un empujón, la arrinconé contra la pared del despacho y me arrojé sobre sus labios, besándola con furia mientras mis manos volaban por su cuerpo tocando todo lo que podía: sus pechos, su culo, sus muslos... hasta que conseguí llegar a su entrepierna que encontré húmeda y caliente.

—Te gusta esto eh zorra... —le dije apretando sus labios carnosos y notando como engullían mis dedos y la tela de la braguita.

—No sabes el tiempo que llevaba esperando esto, cabrón... —me dijo con lascivia, interrumpiendo el morreo que desde el primer momento había correspondido— fóllame, Daniel... fóllame de un maldita vez...

Mi mano agarró la tela de la braguita y de un tirón la arrancó, acercando los restos de la prenda a mi nariz donde disfruté del intenso olor de su coño, siendo observado por ella que parecía gustarle y mucho, disfrutando del efecto que aquello causaba en mí, ya que su mano hacía un rato estaba tocando la empalmada que había crecido bajo

el pantalón.

Fue ella la que me desnudó de cintura para abajo, la que subió su pierna hasta mi cintura y la que, cogiendo mi erecta polla, la posó contra la entrada de su sexo.

—Métemela, por dios... —me suplicó— métemela de una puta vez....

Un solo empujón y mi polla la taladró sin compasión, arrancándole un hondo gemido mitad placer mitad dolor por la intensa y dura penetración. Allí, con su espalda apoyada contra la pared y su pierna enroscada a mi cintura, Alejandra empezó a gemir como una loca con cada embestida mía.

Mis manos abrieron su blusa también de un tirón y sus tetas, aun cubiertas por un sujetador idéntico al del otro día, recibieron mis labios que besaron sus generosas carnes por encima de la prenda hasta que, harto de ella, bajé de un tirón haciéndolas sobresalir.

Mi boca se llenó con sus pechos que fueron lamidos, chupados y besados, sus pezones corrieron igual suerte después y Alejandra no daba abasto a tanto placer como estaba recibiendo. Sus manos apretaban mi rostro contra sus pechos, buscando profundizar aún más la intensa comida de tetas que le estaba dando, mientras mi pelvis se movía de forma frenética penetrándola de forma salvaje, sin compasión, desatando toda mi contenida furia contra ella mientras en cada respiro de mis labios solo salían “toma puta” “toma zorra”

No duré mucho más. El polvo estaba siendo tan brutal, el coño de Alejandra tan apretado, sus gemidos tan morbosos y excitantes, que empecé a correrme dentro de ella, llenándola con mi leche y provocándole un intensísimo orgasmo, se corrió de tal manera que quedó media desmadejada en mis brazos que apenas podían sostenerla.

Al final caímos los dos al suelo, abrazados y medio desnudos, con una cara de cansancio y de satisfacción a partes iguales. Me levanté y la dejé allí, recostada sobre la pared, viendo como la mezcla de nuestros fluidos resbalaban de su coñito abierto por mí, embadurnando sus muslos y el suelo.

Me senté en el sofá donde me recosté y cerré los ojos... solo un ratito me dije cansado como estaba por todo lo sucedido... una cabezadita...

—¡No! —Escuché gritar a Alejandra— ¡no te duermas!

Me pareció oírla levantarse del suelo, llegar a mi lado y zarandearme con violencia, con dureza, casi como hizo María ese mismo día. Pero estaba tan cansado... solo quería dormir un rato... mis ojos continuaron cerrados mientras las palabras de Alejandra cada vez me llegaban más lejanas, más apagadas... hasta que dejé de oírlas y me dejé vencer por el sueño...

Capítulo 9: ¿Nada es real?

—Daniel... Daniel...

La voz de Alejandra no dejaba de llamarme, despertándome del leve y sutil sueño en el que me había sumido.

—Daniel... por favor, Daniel... —su voz sonaba cansada, triste.

A pesar de eso, me resistía a salir y escapar del sueño. Me encontraba tan relajado, tan libre de los quebraderos de cabeza que mi vida recién descubierta me estaba provocando...

—Daniel... —notaba el dolor en sus palabras, como rendía sus fuerzas y otro sonido que no lograba identificar. ¿Sollozos, hipidos? ¿Estaba Alejandra llorando?

Mi mano se movió hasta encontrar la suya que reposaba junto a la cama, dando un respingo al notar el contacto con la mía pero sin apartarla, inclinando su cabeza hasta dejarla reposar sobre nuestras manos unidas donde continuó dando rienda suelta a su llanto descontrolado.

Moví la otra mano con soltura, sin dolor alguno, hasta alcanzar su cabeza donde la acaricié con cariño, mesando su cabellera pelirroja, intentando aliviar aquel dolor que no comprendía a qué se debía. Aún podía sentir el calor de su cuerpo junto al mío, cuando la había follado en el despacho. ¿Había sido un sueño o bien había sido real? Poco me importaba, la verdad. El mero recuerdo de lo ocurrido, del placer disfrutado... era más que suficiente para mí.

—Por fin, Daniel... por fin... —dijo entre sollozos— no sabes lo mal que lo he pasado durante todo este tiempo...

¿De qué coño hablaba? Si acababa de despertarme y solo había pasado un día desde nuestro último encuentro...

—¿No habías renunciado a mi terapia? —Le pregunté— pensaba que no querías saber nada más de mí después de lo que ocurrió entre nosotros...

—¿Terapia? ¿Qué terapia? —me preguntó ella alzando su cabeza y yo abriendo los ojos para encontrarme con los suyos, dándome cuenta que aquella no era Alejandra sino Sara— nunca has hecho ningún tipo de terapia, Daniel...

—Pero... no entiendo... —dije confuso, desorientado.

—Han pasado muchas cosas durante este tiempo que has estado en coma... —me dijo dejándome en estado de shock. ¿De qué me estaba hablando? No comprendía nada.

—¿En coma? —dije alzándome de la cama casi de un salto y comprobando al hacerlo que los vendajes de mi pecho habían desaparecido, que mi pierna se movía de forma libre sin la atadura del yeso— ¿cuánto tiempo?

Mi corazón palpitaba a mil por hora mientras observaba, expectante, la respuesta de Sara, casi temiendo escuchar lo que iba a salir de su boca.

—Un mes... —me dijo Sara mirándome fijamente— has estado en coma un mes... nos has tenido muy preocupados, Daniel...

Un mes. Había estado un mes en coma. Joder, joder, joder. Me llevé las manos a mi cabeza y descubrí una zona sin pelo en ella con un pequeño vendaje en el centro. ¿Qué era aquello? Seguí explorando mi cuerpo pero, aparte de la barba que ahora cubría mi cara y mi cuerpo más delgado, no percibí nada más.

—Te operaron la cabeza —me explicó Sara— cuando caíste en coma, volvieron a repetir las pruebas pero ahora de forma más exhaustiva... al final sí tenías algo, un pequeño coagulo que presionaba una parte de tu cerebro y que provocaba tus sueños, tu pérdida de memoria, tus alucinaciones...

—Pero... pero... —balbuceé no entendiendo nada— pero sigo sin recordar nada de antes...

—Y quizás no lo hagas nunca —dijo ella— lo importante es que hayas despertado y no vuelvas a sufrir esas pesadillas y alucinaciones que has tenido desde que despertaste la primera vez después del accidente...

Me dejé caer sobre la cama atónito, sin poder de reacción, casi sin ánimo. ¿Todo había sido mentira? ¿Todo provocado por una lesión en mi cerebro? ¡Dios... había sido tan real!

—¿Y Alejandra? —pregunté con temor.

—¿Alejandra? —Contestó Sara mirándome extrañada— no conozco a ninguna Alejandra...

—Una doctora, sicóloga, pelirroja y con gafas de pasta... —insistí yo.

—No te ha visitado ninguna sicóloga, Daniel... —me contestó Sara— y por esa descripción no me suena nadie...

Cerré los ojos, incrédulo. ¿También Alejandra había sido un sueño, una fantasía? Una lágrima se escapó mejilla abajo mientras intentaba asimilar todo lo que Sara me estaba contando. Si antes ya estaba confuso y perdido, sin poder distinguir que era cierto y qué no... pues os podéis imaginar cómo estaba ahora.

—No te agobies, Daniel —dijo ella cogiéndome la mano— seguro que fue alguna de tus alucinaciones... no volverá a pasar, ya no...

Sus palabras me hundieron aún más. Nunca más volvería a ver a Alejandra. Me la habían arrebatado, para siempre. ¿Por qué había tenido que despertarme? Las lágrimas se hicieron más intensas, una profunda tristeza se apoderó de mí y ahora fue Sara la que me consoló, cobijándome en su pecho y dejándome llorar pero yo no podía apartar de mi mente aquella misma imagen pero con Alejandra de protagonista, cuando la había besado y disfrutado de su cuerpo en aquella misma cama. Pero claro, ahora descubría que no había sido real...

Los siguientes días fueron intensos y transcurrieron como en una nube para mí. Una sucesión de pruebas confirmaron que ya no había daño alguno en mi cerebro, que todo estaba bien. Los sueños y alucinaciones desaparecieron, como por arte de magia, como si nunca hubieran existido.

Alejandra había desaparecido de mi mundo, ni rastro de ella. María, la enfermera, se comportaba de forma distinta a como la recordaba. Amigable y simpática pero profesional. Eso sí, seguía hablando por los codos. Miriam y Manu volvieron varias veces a visitarme, contentos de verme por fin recuperado. Pero no podía apartar de mi mente la imagen de ella siendo follada por otro hombre mientras él se masturbaba viéndolo y disfrutándolo y eso hacía que me sintiera incómodo con su presencia. Aunque sabía que aquello no era real no podía apartar esa imagen y tantas otras de mi mente.

De Juanjo y, sobretodo, de Fran no volví a sentirlos nombrar ni nunca aparecieron por allí, como si tampoco nunca hubieran existido, como si nunca hubieran sido reales. Por un lado sentí cierto alivio. Eso significaba que todo aquello que había visto en mis sueños, la forma en la que él metía mano a Sara y ella se dejaba, como él confesaba desear follársela y ella no negarse tajantemente, las insinuaciones confesadas de que ella podía haberme sido infiel... todo era mentira.

Pero, por otro lado, sentía un vacío en mi interior que una cariñosa Sara no podía llenar con sus mimos y cuidados. Cuanto más tiempo pasaba, más me convencía que todo lo vivido aquellos días había sido una fantasía, un espejismo, algo irreal... y eso implicaba a Alejandra... no me podía creer que todo lo vivido con ella nunca hubiera sucedido, que el cariño que sentía hacía ella tampoco fuera real...pero por lo visto así

era y no tenía más remedio que aceptarlo.

Aun estuve un par de semanas en aquel hospital, en aquella habitación, alternando entre pruebas rutinarias para confirmar que todo iba bien en mi cabeza con las visitas al gimnasio donde hacía ejercicios para recuperar la tonicidad de mi cuerpo después de tanto tiempo tumbado en una cama y la movilidad de la pierna fracturada en el accidente.

Al fin, los doctores dieron el visto bueno a mi alta y me mandaron a casa. Sara estaba feliz de poder volver a nuestro hogar, de recuperar o al menos intentarlo, nuestra vida anterior, eso que ella llamaba nuestra rutina. Pero a mí me daba algo de miedo hacerlo. En cierta manera temía que, al entrar en ella, volvieran a mi mente todas aquellas imágenes que había visto en mis sueños y que tan reales me habían parecido.

Pero hice de tripas corazón, puse mi mejor sonrisa y me dejé llevar a aquella casa donde debía reanudar mi vida. Cuando entré, reconocí enseguida el mobiliario y la distribución que tantas veces había visto en mis sueños pero, ahora, a la luz del día y sin restos de comida, bebida y de ropa esparcida por doquier.

Pero no me asaltó ninguna visión ni sentí nada especial al entrar en aquel salón que tantas veces había aparecido en mis sueños. Como mucho, un conato de excitación al recordar el cuerpo desnudo de María en aquel sofá, donde la había tocado y luego Fran se la había follado hasta dejarla extenuada.

Lo mismo me ocurrió al entrar en el dormitorio donde había presenciado la escena con Miriam y Manu... la primera vez conmigo y la segunda con Juanjo... recordar aquello volvió a excitarme, era como recordar una escena de una película porno aunque con gente que supuestamente conocía y, aunque sabía seguro que nunca había sucedido, no podía evitar alterarme y excitarme al recordarlo.

No sucedió lo mismo con la siguiente habitación, el despacho. Fue abrir la puerta y fue como volver a estar allí la noche en que hice mía a Alejandra. El empalme fue instantáneo y una sensación de dejavú me llenó por completo.

—¿Estás bien? —Me preguntó Sara al encontrarme allí paralizado— te has puesto pálido...

Y era cierto, me sentía alterado y turbado por mi presencia en aquella estancia donde todo había tenido lugar, donde Alejandra y yo nos convertimos en uno aunque solo fuera en el mundo de los sueños.

—Sí, sí... —balbuceé intentando recuperarme de las sensaciones que entrar allí habían despertado en mí— estoy perfectamente...

—Ya lo veo —dijo Sara con voz melosa y poniendo su mano en mi entrepierna.

Por lo visto, no le había pasado desapercibido el estado en que se hallaba mi polla aunque ignoraba que estaba así por otra, no por ella.

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto... —dijo acariciando el creciente bulto bajo el pantalón— me muero de ganas por sentirte dentro, que me hagas tuya...

Ella se acercó a mí, con una cara de deseo que yo no vi, yo me había transportado de nuevo a aquel momento que había compartido con Alejandra, aunque hubiera sido en un sueño, un sueño que no dejaba de rememorar dentro de mi cabeza.

Sara intentó besarme pero yo detuve su gesto con mi mano, sujetando su cara a escasos centímetros de la mía, mirándola pero no viéndola. Casi podía ver su cara, oler su perfume, sentir el calor de su piel...

Le di la vuelta con presteza, pegando su cara contra la pared y haciéndola arquear su cuerpo, dejando su grupa a mi entera disposición. Acaricé su culo por encima del tejano que llevaba puesto, palpando la carne dura y firme, siguiendo su espalda hasta colar mis manos bajo sus axilas para alcanzar sus pechos que amasé con lujuria desatada.

No podía más y ella tampoco. Desabroché sus pantalones y junto a sus braguitas, las bajé hasta poco más abajo de sus rodillas. Suficiente para lo que necesitaba. Los míos también fueron cayendo a lo largo de mis piernas y mi hombría salió a relucir, altiva y lista para entrar en acción.

—Fóllame, Daniel... —me suplicó una Sara que deseaba aquello como si le fuera la vida. Pero yo no la oí a ella, sino a Alejandra. Oí como la pelirroja doctora me suplicaba y pedía que la empalara, que le clavara mi herramienta en su interior, en lo más profundo de ella.

Mi glande rozó su raja, recorriéndola en toda su extensión, lubricándose con la cantidad de flujo que salía de ella, delatando la enorme calentura que sentía. Un leve empujón y la cabeza traspasó la puerta del paraíso que ella tenía entre sus piernas, extasiándome de placer y arrastrándola a ella conmigo a tenor del hondo gemido que profirió su garganta.

Un nuevo empujón y ya estaba casi la mitad de mi polla dentro, notando su coño más bien estrecho, apretando mi carne que se abría paso en su interior. Otro empujón y noté como mis huevos hacían tope, ya estaba totalmente dentro, suspirando de goce y sintiendo como ella casi se corría al sentirme por completo llenándola.

—Muévete, Daniel... fóllame... necesito correrme contigo dentro... —me rogó ella.

Un golpe de pelvis, duro y seco, hizo que su rostro se pegara aún más contra la pared de aquel despacho gimiendo como la hembra necesitada que era.

—Más... necesito más.... —siguió pidiendo.

Otro golpe de mi pelvis acompañado de un tirón a sus pezones le arrancó un fuerte suspiro que se convirtió en grito que resonó por toda la casa. Un grito que para nada se parecía al que pudiera emitir Alejandra, despertándome de mi ensoñación y haciendo que fuera consciente que ella no estaba allí, sino Sara, mi novia.

—Fóllame, por favor... —suplicó de nuevo una desesperada Sara.

Por inercia empecé a moverme, penetrándola a ritmo lento, escuchando como gemía agradecida al sentir como mi polla entraba y salía de su cueva hambrienta. Pero yo, al darme cuenta de lo que realmente sucedía y con quién, no sé por qué empecé a perder la concentración, el control y, lo peor, la erección.

Nervioso, aceleré mis arremetidas intentando que con la fricción mi verga recobrara parte de la dureza que empezaba a remitir y que, de momento, había pasado desapercibida a Sara, extasiada como estaba en sentir algo dentro después de tanto tiempo.

Pero fue peor el remedio que la enfermedad. Mis nervios y mi preocupación porque ella se diera cuenta, por no estar a la altura, por no poder satisfacerla, consiguieron el efecto contrario. Mi polla siguió perdiendo vida a ritmo lento pero sin pausa mientras yo ya me movía como un salvaje tratando de conseguir lo imposible.

—Daniel ¿qué te pasa? —me preguntó Sara al haber notado como lo que tenía dentro cada vez estaba más flácido.

—Nada... —dije con la voz entrecortada por el esfuerzo que estaba haciendo tratando de revivir lo que ya estaba más muerto que vivo.

—Espera —me dijo sacándosela de su interior y apartándome levemente de ella— esto lo arreglo yo en un periquete...

Sara se arrodilló ante mí, cogió mi miembro casi completamente flácido y empezó a lamerlo con su lengua. Primero el glande, luego el tronco y al final mis testículos. Se notaba que aquello le gustaba, que sabía hacerlo y muy bien por cierto pero nada, mi erección no se producía para su frustración y la mía, que no conseguía entender que me ocurría.

Aun así, no se dio por vencida. Sujetó con su mano el colgajo en que se había convertido mi polla, lo rodeó con sus labios y se tragó el glande que no tardó en sentir la calidez de sus labios, la humedad de su lengua y el leve roce de sus dientes.

Poco a poco, su boca fue descendiendo, tragando más y más carne, casi engullendo la totalidad de mi miembro que, por extraño que pudiera parecer, seguía sin dar señales de vida.

¿Qué me sucedía? ¿Por qué me estaba ocurriendo aquello? No entendía nada. Tenía a una belleza como Sara a mis pies, chupándome la polla de una forma magistral,

mirándome con una cara de vicio que daba miedo, que deseaba que la follara a cualquier precio y yo, ajeno a todo aquello, no conseguía que mi polla se pusiera dura de ninguna de las maneras.

Sara, cansada de intentarlo, se sacó mi miembro de la boca que cayó como un peso muerto, totalmente inerte. En su boca había acabado por perder lo poco que quedaba de su dureza.

—Quizás sea pronto... —dijo mirando mi polla totalmente laxa, frustrada por no haber conseguido lo que tanto deseaba— necesitas descansar... que tonta he sido —dijo levantándose y sonriendo aunque con un rictus de decepción que no pudo ocultar — acabas de llegar a una casa que no recuerdas, abrumado por la cantidad de novedades y yo, forzándote a hacer algo para lo que no estás preparado...

Se empezó a vestir y yo hice lo mismo, sin decir nada. Tampoco hacía falta, ambos sabíamos lo dura que la tenía cuando había empezado todo aquello así que el problema no era ese. Pero claro, yo no podía decirle que mi erección era a causa de una mujer que solo existía en mi mente, una fantasía, y no por ella.

Acabamos de hacer el recorrido por el resto de la casa y dejamos mis cosas en el dormitorio principal, aquel donde había visto a Sara compartiendo cama y sensaciones con Fran. Otra fantasía. Iba a ser difícil rehacer mi vida cuando era incapaz de discernir lo que era real de lo que había sido una simple ilusión.

—Me voy a dar una ducha —dijo Sara cogiendo algo de ropa y marchando al baño.

Yo me quedé allí sentado, en aquella cama, nuestra cama, turbado y desorientado. No estaba seguro si iba a poder superar aquello. Era todo tan raro, tan extraño. Como si aquella no fuera mi vida, sino la de otro que ya no existía. Como si yo no tuviera que estar allí.

Salí de la habitación, deambulando por el piso que tan bien conocía pero a la vez tan ajeno me resultaba. Al pasar delante del baño, escuché el agua caer dentro donde Sara se estaba duchando. Al mismo tiempo, una suerte de gemido me pareció oír en su interior por lo que no pude evitar entrar.

El vaho flotaba en el ambiente debido al agua caliente, las prendas que llevaba Sara estaban desperdigadas por el suelo y me mostraron el camino a seguir para encontrarme frente a ella, ver su figura desnuda a través de la mampara translúcida, adivinar cuál era el origen de aquel gemido.

Se estaba masturbando. Apoyada su espalda contra la pared, una mano jugando con su pecho y la otra perdida en su entrepierna, por el movimiento de su mano penetrándose con sus dedos de forma ágil y vigorosa, dejando escapar algún gemido que ella trataba de acallar para que yo no la pudiera oír. Todo en vano, ya que estaba al

otro lado del cristal...

La imagen era sumamente erótica, cualquier hombre se desnudaría al instante, irrumpiría dentro de aquella ducha y se follaría a aquella preciosidad de todas las maneras posibles, satisfaciéndola, saciándola, colmando su deseo... pero yo no. Ni siquiera conseguía sentir nada allá abajo. Nada. Ni tan siquiera un cosquilleo, un amago de reacción. La nada más absoluta.

Sus movimientos bajo el agua eran cada vez más frenéticos, estaba claro que lo ocurrido en el despacho la había dejado con un ardor y una quemazón inusitada y necesitaba correrse de forma urgente. Así lo demostraba la celeridad de sus gestos.

Lo más normal era irse, dejarla sola, respetar aquel momento de intimidad. Pero algo me retenía allí, no sabía el qué pero era incapaz de moverme, de dejar de mirar como mi novia se masturbaba de forma salvaje mientras yo la contemplaba sin sentir ni un ápice de deseo hacia ella.

Su espalda resbaló por la pared del baño y Sara se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo de la ducha, con sus piernas bien abiertas y sus manos recorriendo cada pliegue de su sexo con avidez. Unos dedos penetrándose su encharcado coñito y otros estimulando su clítoris abultado, buscando alcanzar el placer que yo no había sido capaz de proporcionarle.

—Me corro... me corro, Fran...

Casi fue un susurro, un murmullo. Pero para mí fue como si lo hubiera gritado a los cuatro vientos. Nooooo, otra vez no...

Un largo gemido escapó de su garganta, su cuerpo se agitó entero a la vez que el placer la recorría de punta a punta, dejándola rendida pero satisfecha, colmada, saciada en todos los sentidos.

Fran. Había dicho Fran. Lo había escuchado a la perfección. Aquel ser que yo creía que era una fantasía, al igual que todo lo soñado y que eran mis únicos recuerdos, mi único pasado; su nombre había salido de los labios de mi novia mientras se masturbaba pensando, ahora sí con total seguridad, en él.

Mi cuerpo empezó a temblar de pánico, de terror, viendo como de nuevo mis pesadillas empezaban a tomar cuerpo, a tomar forma, presentarse ante mí en toda su crudeza. Empecé a retroceder, intentando salir de aquel baño donde todos mis temores habían resurgido, brotado de nuevo, viendo como Sara, después de alcanzar su orgasmo y saciar su deseo, arrancaba a llorar enterrando su cabeza entre sus manos, abatida y arrepentida de lo que acababa de hacer.

Pero a mí aquello me daba igual. ¿Qué me importaba que se masturbara pensando en él? Porque, si de verdad Fran era real, ¿quién me decía que todo lo demás no lo era

también? ¿Pero cómo saberlo? ¿Cómo averiguarlo? ¿Cómo llegar a la verdad?

Trastabillando salí del baño, con mi mano apoyada en la pared del pasillo lo fui recorriendo sin saber muy bien dónde ir, qué hacer... pero mis piernas iban solas, me guiaban, me dirigían... y yo me dejé llevar, que ellas eligieran mi camino, mi destino.

Palmo a palmo, fui avanzando hasta llegar, como no, a la puerta del despacho. Mi mano empujó la puerta, que se abrió de nuevo, y mis pies me ayudaron a traspasar el umbral. Cerré la puerta de forma inconsciente, encerrándome en el interior de aquella estancia que tantos recuerdos me provocaban.

Como un zombi, me dirigí al escritorio del despacho, una larga mesa con dos cajones que permanecían cerrados con llave, desconocedor de lo que había en su interior. Pero no iba a tardar en averiguarlo. Mi cuerpo se sentó en la silla que había frente a la mesa, mi mano rebuscó dentro de un recipiente con bolígrafos, encontrándome con un objeto duro y metálico en el fondo.

Lo cogí y lo saqué, descubriendo que era una llave. Una llave que no sabía cómo conocía que estaba escondida allí y qué es lo que abría. De forma automática la llevé hasta la cerradura de los cajones para abrirlos, para descubrir qué había dentro.

La llave giró con facilidad, abriéndose el primer cajón, saliendo a relucir material de oficina que no me decía nada y que descarté enseguida. Lo que buscaba no estaba allí. La llave se dirigió al otro cajón y éste también se abrió, conteniendo el aliento al hacerlo, temiendo lo que podía descubrir.

Lo que había dentro hizo que mi corazón dejara de palpar y el aire se escapara de mi garganta con hondo quejido. No, no podía ser. Primero Fran y ahora esto. Con dedos temblorosos saqué del cajón aquella cajita que sabía muy bien qué contenía, lo que significaba.

Pero debía abrirla, necesitaba abrirla. Confirmar su contenido, confirmar que otra fantasía se convertía en realidad. Que aquellos fragmentos que creía irreales eran retazos de mi memoria perdida. Nada de alucinaciones.

La cajita se abrió y descubrí el anillo, aquel anillo que había sostenido en mi sueño. Aquel anillo con el que pretendía pedir la mano de Sara. El anillo que había comprado en mi viaje, aquel viaje que había acertado para sorprender a mi novia.

Todo era real, al menos esa parte. Tener entre mis dedos ese anillo había despertado ese recuerdo, haciéndome revivir el viaje de vuelta, ilusionado con la cara de sorpresa y de emoción que pondría mi chica cuando me viera llegar, arrodillarme y pedirle que se casara conmigo, que compartiera el resto de su vida conmigo.

Recordé como había recorrido el piso vacío, como había contemplado de nuevo el anillo antes de guardarlo en aquel cajón, antes de tumbarme en aquel sofá donde,

cansado del largo viaje, había caído rendido y me había dormido casi al instante.

¿Y luego qué? Porque si aquello era real ¿Quién me decía que lo que había visto después no lo era también? La fiesta, el juego, Miriam, Juanjo y Manu haciendo aquel particular trío en una de las habitaciones, Fran follándose a María después de haber manoseado a su antojo a mi novia y, luego, como había ido a nuestro dormitorio a intentar vencer sus últimas resistencias...

Mi cuerpo temblaba de nuevo ante el temor que todo aquello fuera real pero necesitaba averiguarlo, salir de aquella incertidumbre, romper con aquella inquietud... ¿pero cómo hacerlo? Necesitaba pensar, aclarar mi mente, poner algo de distancia para ver las cosas con claridad. O no, quizás lo único que necesitaba era volver a dormirme, volver a tener un sueño de aquellos que me mostrara algo más de lo sucedido aquella maldita noche en que mi vida cambió para siempre. ¿Y en qué mejor sitio que en el lugar en que había ocurrido todo?

—Sara —llamé a mi chica, que aún estaba en el baño, desde la puerta— salgo un momento a dar una vuelta...

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó ella asomándose por la puerta envuelta en una toalla y mientras se frotaba el pelo húmedo— aún tengo tiempo antes de ir a trabajar...

—No, no hace falta, de verdad —le contesté— quiero ir solo, ver si soy capaz de reconocer algo, aprender a valerme por mí mismo... tú vete a trabajar tranquila que yo me doy un paseo largo y luego me paso por recuperación...

—¿Estás seguro? —Volvió a preguntar Sara no muy convencida— mira que no me cuesta nada llamar y que cambien la sesión para otro día...

—No, tranquila —dije yo poniendo mi mejor cara— nos vemos a la noche...

—Vale cielo —dijo Sara acercándose, sonriéndome con cariño y dándome un rápido pico— nos vemos luego, cariño...

Salí de casa tal como le había dicho a Sara pero no di ninguna vuelta ni tenía intención de ir a recuperación. Me senté en un banco desde donde divisaba la puerta de mi casa y esperé a que saliera Sara hacia su trabajo. No tardó en hacerlo y yo aún menos en levantarme de aquel incómodo banco, entrar en el piso e irme directo a aquel despacho, a aquel sofá donde me tumbé con la intención de dormirme y soñar, averiguar de una vez toda la verdad, descubrir al fin mi pasado...

Mientras mis ojos se iban cerrando y me sumía en el sueño tan deseado, ajeno a todo lo que me rodeaba, un destello recorrió el cielo y las primeras gotas golpeaban el cristal del despacho...

Capítulo 10: La verdad siempre sale a la luz

Cuando abrí los ojos la oscuridad más absoluta reinaba en el despacho. Un estruendo en el exterior llamó mi atención y, cuando me asomé por la ventana, al otro lado del cristal la lluvia caía con fuerza, el viento soplaba con violencia agitándolo todo y los relámpagos encendían el cielo con su luz cegadora.

Sonreí satisfecho al ser consciente que de nuevo estaba soñando, que había conseguido mi propósito. Me acerqué a la puerta del despacho y me extrañó no escuchar nada, el más absoluto de los silencios solo roto por el ruido de la tormenta que arreciaba por momentos en el exterior.

Aquello me extrañó sobremanera. Salí al pasillo, llegué al salón y nada. Ni gente, ni restos de bebidas ni de comida. Menos aún de ropa esparcida por el suelo. Otra anomalía. ¿El haber tocado mi cabeza había alterado de alguna manera mi forma de recordar lo ocurrido o simplemente mi mente me mostraba lo que realmente había llegado a pasar?

Confuso, retrocedí por el pasillo con la intención de volver al despacho donde esperaba que igual allí algo se activara dentro de mí y volvieran a sucederse los recuerdos, fantasías o alucinaciones... lo que fuera, pero algo.

Acababa de cerrar la puerta del despacho cuando un golpe proveniente de la entrada me llamó la atención. No llegué a salir cuando escuché la voz de dos personas entrando por la puerta, algo alborotadas, adentrándose hasta llegar al salón.

—Daniel, estoy en casa... —gritó Sara desde el salón.

Escuchar su voz llamándome me volvió a la cruda realidad. Aquello no era un sueño, aquello era real. O había dormido mucho tiempo o el mal tiempo reinante en el exterior había acortado la jornada de Sara que había llegado antes de hora y, con aquellas palabras, había querido anunciarme su llegada y saber si estaba en casa. Evidentemente no contesté.

—Parece que estamos solos... —dijo la voz de un hombre ante la falta de respuesta. Reconocí su voz al instante. Ya la había escuchado antes, en uno de mis sueños. Era el maldito Fran.

Salí del despacho cual vulgar ladrón pero en mi propio hogar, con todo el sigilo del que fui capaz y me dirigí a la entrada del salón, para ver qué sucedía allí. Fran estaba de pie en medio del salón, empapado por el agua y mirando en dirección a la cocina, de donde salió Sara también mojada hasta los huesos y que traía consigo unos trapos para secarse un poco. Tarea inútil ya que ambos estaban calados de los pies a la cabeza.

Sara empezó a frotarse el pelo mientras Fran no hacía nada para secarse, solo

observaba embelesado a mi novia que no debía ser consciente que su blusa mojada dejaba transparentar su sujetador y que sus gestos agitaban sus pechos de forma sugerente.

—Es una lástima que hayan suspendido la sesión de fotos —dijo Sara alzando la vista y encontrándose con la mirada lasciva y casi impúdica de Fran— maldito tiempo...

Mi corazón dio un vuelco al escuchar esas palabras. Aquello confirmaba lo que ya sospechaba. No era un sueño, aquello era real, muy real. Y el destino había querido que volviera a repetirse aquella escena: mi novia, su compañero Fran, mi casa y la tormenta. Y yo como espectador de lujo de lo que iba a ocurrir o no... pronto saldría de dudas.

—No me mires así —le pidió Sara, casi un ruego por su parte...

—¿Así cómo? ¿Con deseo? —le preguntó Fran dando un paso hacia ella— llevas evitándome desde aquella noche...

—Ya te dejé claro que aquello fue un error y que no iba a volver a repetirse —dijo ella retrocediendo un paso— creo que será mejor que te vayas...

—¿Así me agradeces que te haya traído a casa con la que está cayendo? —Le contestó él volviendo a avanzar hacia ella— ¿Acaso no te gustó?

¿De qué estaban hablando? ¿Qué había sucedido aquella noche que no debía volver a repetirse? ¿Qué era eso que aún no sabía? Todas las imágenes vistas en mis sueños volvieron a pasar por mi cabeza, aumentando mi desasosiego y mi nerviosismo, haciéndome temer lo peor y casi queriendo huir de ahí para no confirmar mis sospechas.

Sara no contestó, solo apartó su mirada esquivando la suya, avergonzada, turbada, dejándole avanzar sin oposición. Fran llegó a su altura y con dos dedos le alzó el mentón, escrutándola fijamente.

—No me has contestado... —volvió a decir— ¿no te gustó?

—Sabes que sí —murmuró ella llenándose de dolor— pero no quiero volver a engañar a Daniel...

—Ojos que no ven... —dijo Fran casi rozando con su cuerpo el de Sara.

—No —dijo ella alargando su mano y parando el avance de su compañero— te he dicho que no puede ser... y menos ahora que acabo de recuperarlo cuando pensaba que lo había perdido para siempre...

—Como quieras —dijo él dándose de momento por vencido— pero con esto no vamos a hacer nada o más bien poco, muy poco... — lo dijo en referencia al trapo que le había dado Sara para que se secara que lanzó al suelo con prepotencia— tengo toda

la ropa mojada...

—Fran... no... —dijo con un hilo de voz mi novia adivinando sus intenciones.

Por supuesto, Fran no le hizo caso y empezó a desabrocharse su camisa mojada, dejando al descubierto un torso musculado y bien definido donde se perdió la vista de Sara, un torso bien perfilado que ahora bien recordaba lo mucho que le gustaba a ella recordar en nuestros juegos. Al hacerlo, no se percató que su compañero desabrochaba su pantalón que dejó caer al suelo, mostrando sus fuertes muslos y quedando solo vestido con un más que pequeño slip ajustado donde era evidente su hombría.

—Mucho mejor así —dijo el modelo consciente del examen al que lo sometía Sara.

Y es que ella era incapaz de apartar la mirada de su cuerpo esculpido a base de gimnasio, de contemplar como las gotas de agua recorrían su piel negra deslizándose cuerpo abajo, de ver como la carne que cubría la única prenda que conservaba no paraba de crecer por culpa suya.

Tragó saliva y se movió inquieta, nerviosa, perturbada por la presencia de aquel hombre del que todo parecía indicar que ya había disfrutado de las mieles del cuerpo de mi chica.

—Tú aun sigues mojada... —dijo Fran sacando de su ensoñación a Sara que pareció darse cuenta en aquellos instantes de lo que ocurría.

—Ni se te ocurra... —dijo amenazándole con el dedo y retrocediendo más nerviosa todavía.

Él no dijo nada, en absoluto se dejó amedrentar, solo se arrojó sobre ella y la cogió por la cintura, como si fuera una muñeca fácil de manejar para sus fuertes brazos, dejándola caer sobre la mesa del salón donde la dejó sentada, ante la estéril oposición que ejercía mi chica que, la verdad, no resultó muy convincente.

Fran, con sus manos sobre las piernas enfundadas en unos tejanos húmedos, las separó para colocarse entre ellas, eliminando así cualquier distancia con Sara que solo apartó con vergüenza la mirada mientras se dejaba hacer, sin fuerzas o sin ganas de intentarlo.

—Eres preciosa —le dijo frente a frente, volviendo a coger su mentón con firmeza y seguridad.

—No lo hagas... —casi suplicó una Sara desvalida.

—¿Hacer qué? ¿Ayudar a una amiga a evitar que coja un resfriado? —Dijo con una media sonrisa delatora— además... te recuerdo que no voy a ver nada que no haya visto ya...

Y para mi completa estupefacción, vi como sus manos subían hasta su torso y

empezaba a desabrochar con total parsimonia los botones de su blusa mojada, botón a botón, dejando a la vista el sujetador que a duras penas podía ocultar sus pechos hermosos, tersos, temblorosos ante la cercanía del galán que los acechaba.

Fran, una vez completada su tarea y ante mi estupor e inoperancia, hacía deslizar hacia atrás la prenda, contando con la colaboración de una entregada Sara que quedó sentada frente a él, respirando de forma agitada fruto de la excitación y nerviosismo. En ese momento tuve un destello, como un fogonazo que hizo la luz en mi mente, empezando a recordar lo sucedido aquella fatídica noche...

Recordé a la perfección mi llegada a casa, a última hora de la tarde. Recordé la ilusión con que lo hice, cargado con aquel anillo con el que pensaba comprometerme con mi chica para siempre, aquella chica a la que tanto quería y con la que últimamente tan buenos momentos de sexo habíamos compartido con aquellos juegos que habían impulsado nuestra vida sexual hasta límites antes insospechados. Claro que entonces no tenía ni idea que ella había traspasado aquellas reglas o normas que nos habíamos impuesto para no perder el control de la situación.

Recordé entrar en el piso vacío, entrar en el despacho y quedarme dormido, agotado por las largas horas pasadas al volante del coche con la intención de sorprender a mi novia. Y recordé despertarme con el ruido de la tormenta, aquella maldita tormenta que me había angustiado y acongojado durante mis sueños después de mi despertar.

Recordé salir del despacho, escuchar voces en el salón y dirigirme allí, atraído como un imán. Encontrarme la estancia a oscuras, apenas iluminada por unas velas, viendo en aquel lugar a los mismos que, sueño tras sueño, me habían amargado la existencia desde que recobré la consciencia.

Recordé la propuesta del juego, como bebían hasta casi emborracharse, como luego sus prendas caían una tras otra hasta que María, la parlanchina María, quiso ir más allá y propuso lo de las pruebas. Y Sara aceptando, sin negarse a nada.

Recordé como la situación fue degenerando, tocándose los unos a los otros tal como había visto en mi sueño, teniendo que esconderme rápidamente cuando Miriam, Juanjo y Manu abandonaron el salón con la intención de acabar la noche en la intimidad de una de mis habitaciones, aquella donde había visto a Juanjo follándose sin piedad a Miriam mientras Manu se masturbaba mirándolos.

Recordé como volví al salón, como vi a Fran disfrutando de la mamada que le estaba haciendo María mientras ésta incitaba a mi novia a que se uniera a ella. Sara no aceptó pero, en su lugar, se dejó acariciar las tetas por su compañero y en absoluto intentó parar aquello hasta que él coló la mano dentro de la braguita de Sara, tocando

su culo y vete tú a saber qué más.

Recordé como antes de abandonar la estancia ella habló de no volver a engañarme, de no volver a traspasar los límites, de algo sucedido durante los dos fines de semanas anteriores... dudas y más dudas sobre lo que me ocultaba, sobre lo que aparentaba ser un puro engaño de Sara y el miedo a no saber hasta dónde había sido capaz de llegar en aquel juego consensuado donde, al parecer, ella iba por libre, contándome lo que le daba la gana.

Recordé como, después de ocultarme de nuevo para que Sara no me descubriera en su huida a nuestro dormitorio, volví al salón donde vi a Fran follando a María de una forma brutal, dejándola totalmente agotada, exhausta y satisfecha en el sofá, para luego ir en busca de mi novia con la intención de hacerla cambiar de parecer, intentar hacerla suya.

Y recordé como, oculto tras la puerta entreabierta, vi a los dos metidos en la cama, él intentando hacerla cambiar de parecer, que se entregara a sus deseos. Y ella negándose hasta el extremo de discutir los dos, echándole Fran en cara que le hubiera dejado a otro hacer lo que a él le negaba una y otra vez, confirmándome que Sara ya me había sido infiel aunque desconocía con quién...

Y recordé como, tras el susto inicial, cuando pensé que Sara iba a abrir la puerta del dormitorio y encontrarme allí espiándola, Fran consiguió detenerla y convencerla para que volviera a la cama, junto a él, donde seguramente no tardaría en volver al ataque pese a sus buenas palabras.

Todo igual que en mis sueños, nada había sido una ilusión, una quimera, una fantasía... todo era real, todo había sucedido... todo, ¿excepto Alejandra? ¿Podía ser que ella también fuera real? Que algo de lo sucedido con ella, lo ocurrido en el despacho, las sesiones, su apoyo, lo que había empezado a sentir por ella, nuestro encuentro en la cama del hospital... ¿podía ser que algo o, quizás todo, fuera real?

Mi corazón empezó a palpar a marchas forzadas ante aquel cúmulo de sensaciones, nervioso a más no poder ante la remota posibilidad que Alejandra fuera real, viendo como en segundo plano la escena que ocurría en mi salón entre Sara y Fran, mientras en mi mente, abierta la puerta de los recuerdos de par en par, recordaba lo sucedido aquella noche, lo que ocurrió en aquella habitación y que aún no había conseguido recuperar, lo que mi mente había enterrado en lo más profundo de su interior.

Recordé estar de pie, detrás de aquella puerta, escudriñando su interior, viendo a mi novia compartiendo cama con aquel modelo de piel oscura, siendo consciente de su deseo hacia él e intuyendo que sus defensas eran débiles, siendo incapaz de irme de

allí, queriendo saber hasta dónde iba a ser capaz de llegar, averiguar lo sucedido las semanas anteriores donde, por lo visto, había traspasado los límites hasta llegar a la traición.

—No quiero que vuelvas a sacarme a relucir ese tema —le pidió Sara, tumbada en la cama, sin mirar a Fran que estaba tumbado a su lado, boca arriba al igual que ella, ambos con la mirada fija en algún punto del techo.

—Sabes que no puedo —le confesó Fran— no puedo entender que le dieras a ese lo que a mí me niegas sistemáticamente... y más, una semana después de lo que ocurrió en el hotel entre nosotros...

—Te lo vuelvo a repetir —dijo ella girándose levemente para mirarlo de nuevo— aquello no debió haber pasado... fue un error fruto del alcohol y de tus provocaciones...

—Pues yo no lo recuerdo así... —rememoró el modelo— la que salió de la ducha vestida únicamente con unas braguitas fuiste tú...

—Y no debí haberlo hecho —se recriminó mi novia.

—Pues a mí me encantó —dijo él con jolgorio— era la primera vez que me mostrabas tus tetas y me maravillaron estas dos preciosidades que ocultas aquí...

Fran ladeó su cuerpo y su mano acarició, sin prisa pero con auténtico deseo, su pecho, justo por encima de la camiseta que llevaba puesta, la camiseta de Fran, la misma que ella, con las prisas al abandonar el salón, se había puesto encima y que junto a la braguita era la única prenda que llevaba.

—La mano... —dijo con voz cansina y sin convicción Sara— recuerda que has prometido portarte bien... y además, bien que las disfrutaste esa noche...

—Lo recuerdo muy bien —dijo él con una amplia sonrisa— lástima que solo me dejaras tocarlas y no chuparlas... deben saber deliciosas...

Fran hizo caso omiso a las quejas de mi novia y, no contento con tocar su pecho por encima de su propia camiseta, bajó su mano que parecía tener vida propia, hasta alcanzar el borde de la prenda. El contacto directo de su piel contra la del vientre de ella, la hizo exhalar un quejido fruto de la desesperación y del deseo contenido.

—¿Quieres estarte quieto? —Protestó Sara— si no me dejas dormir, tendré que irme yo...

—Venga, no seas mala... —dijo Fran— déjame tocarlas solo un poco, como antes... como aquella noche en el hotel...

Su mano fue subiendo de forma lenta, sin detenerse, subiendo con ella el borde de la camiseta, hasta casi alcanzar esos majestuosos pechos pero sin llegar a tocarlos, aumentando con ello la desesperación y desconcierto de Sara, como si él esperara su

permiso o una negativa tajante. Pero no se produjo y Fran se sintió libre de hacer lo que ya había hecho otras veces, posar su manaza sobre la teta de mi novia que casi cubrió por completo.

—Dios, qué maravilla de tetas —dijo él amasando toda aquella carne, cubriéndola con su mano, acariciando con sus dedos su areola rosada y el bultito que culminaba aquella montaña que se endurecía bajo su contacto. Mientras sus ojos, los de ella, permanecían perdidos en una nube de sensaciones.

Acabó de subir la camiseta, que quedó enrollada bajo su cuello, quedando al descubierto sus pechos que enseguida fueron objeto de atención de sus manos que las recorrían con devoción, deleitándose con su firmeza, con la suavidad de su piel, con su tersura, con la dureza de sus pezones...

—¿Tanto te gustan? —preguntó ella coqueta y satisfecha con la atención que le dedicaba— son más grandes que los de María...

—Mucho más... —dijo él mientras seguía disfrutando de sus tetas— son perfectas... y nunca me cansaré de tocarlas, acariciarlas, disfrutarlas...

Fran siguió atacando los pechos de mi novia mientras recostaba su cuerpo contra el de ella, teniendo que notar Sara por fuerza el bulto que había crecido de forma inexorable bajo la tela de la única prenda con la que se había acostado él.

—Déjame que te quite esto —dijo mientras cogía la camiseta y ella, sin oposición, alzaba sus brazos para ayudarle a que le quitara la prenda que ahora le molestaba.

—Eres preciosa... —dijo él contemplando con admiración y deseo el cuerpo de Sara, que conservaba solo la braguita, ruborizada por la excitación que le habían provocado sus manoseos y sus palabras.

Su mano volvió al ataque, asiendo de nuevo su pecho más lejano, dejando huérfano al que más cerca tenía que contemplaba casi con ansiedad. Al final, no pudiendo resistir más la tentación, acercó su rostro de forma lenta, dándole tiempo a que le detuviera. Pero eso tampoco ocurrió.

Sus labios alcanzaron la piel de su seno que mimó y acarició de forma experta, notando como se erizaba con su contacto, cubriéndolo de besos, lamiéndolo con su lengua, siguiendo el contorno de su areola, mordiendo aquel pezón que se había endurecido en nada bajo sus atenciones.

Y Sara se dejó, posando su mano sobre la cabeza de él, acariciándola casi con cariño y disfrutando del buen hacer de Fran que devoraba su pecho atestiguando la amplia experiencia de la que hacía alarde.

Una vez superada aquella barrera, otra norma que Sara había decidido saltarse, Fran envalentonado fue moviéndose de un pecho a otro, alternando su boca y su mano

y nunca dejando ninguno de los dos desatendido. Y como amante hábil que era, moviéndose de forma lenta pero inexorable, desplazándose sobre el cuerpo de Sara que, ajena a sus movimientos, casi ni se percató que él se colocaba encima suya mientras seguía atacando sin compasión sus pechos, sus labios, toda ella...

Fran, ejerciendo algo de presión con su cuerpo y ella cediendo casi de forma instintiva, llegó a colarse entre sus piernas, abriéndolas a su paso y quedando situado entre ellas, cuerpo contra cuerpo, sexo contra sexo, solo separados por la fina tela de las prendas que aún conservaban.

Fran movió su pelvis lentamente, frotando su bulto creciente contra el pubis de Sara, exhalando ella un hondo gemido que delató lo mucho que aquello le había gustado. Pero aún y así, sacó fuerzas de vete tú a saber dónde para intentar detenerlo, no dejar que siguiera haciendo aquello.

—No, Fran... detente, por favor... —suplicó ella apartando su cabeza de sus pechos — esto ha vuelto a ir demasiado lejos... otra vez...

—¿Por qué te resistes? Déjate llevar de una vez... —dijo él intentando de nuevo evitar que su presa volviera a escapar, alcanzando con sus labios su pecho.

—No... esto no está bien... —dijo ella en un susurro debido a la nueva puntada que le había dado Fran con su entrepierna que, a estas alturas, debía estar más que erecta.

—¿En serio quieres que pare? —dijo él cesando momentáneamente aquel ataque sin compasión al que la estaba sometiendo y fijando su mirada en la de ella.

—Sí... —casi le rogó ella.

—Lo haré solo con una condición —le propuso él— quiero que me digas porque te follaste a aquel tío y a mí continuamente me rechazas...

—Habíamos quedado en dejar ese tema olvidado... —contestó ella.

—No puedo hacerlo... —replicó Fran dolido— no entiendo porque, con todo lo que hemos hecho y pasado juntos, le das a otro lo que me pertenece a mí...

Y diciendo esto volvió a cargar contra mi novia, volviendo a mover su pelvis y frotando el duro tronco en que se había convertido su polla por el encharcado coño de Sara, arrancándole un nuevo gemido y que ella a duras penas pudo ahogar, entrecerrando sus ojos por el placer que aquel roce le había provocado.

—Joder Sara —dijo Fran mientras no paraba de moverse— que la semana anterior, en el hotel, después de tocarte las tetas y ponérmela dura como la tengo ahora, me hiciste una paja para bajar mi calentura... explícame como, después de eso, después de bailar bien agarrados y frotándonos como tantas otras veces hemos hecho, después de dejarme meterte mano como nunca antes me habías permitido... te veo irte con ese

tío y me dejas a mí allí plantado y con una empalmada brutal... y después tengo que enterarme por Juanjo que te lo estabas follando en su coche... explícamelo, Sara...

Recordé como mi corazón iba a mil por hora mientras oía aquellas palabras, mientras veía como Fran no dejaba de moverse sobre el cuerpo de mi chica, follando con la ropa puesta, ella dejándose hacer y ya con sus manos rodeando su cuello, sin negar nada de lo que salía por su boca, confirmando mis peores sospechas, aquellos presentimientos que habían empezado a surgir desde que había empezado aquella velada.

Sara me había sido infiel, se había acostado con otro tío y estaba a punto de hacerlo con otro, aprovechando que ambas ocasiones estaba fuera y lejos de ella, dejando campo libre para actuar con libertad y no tenía duda, bajo el amparo de sus amigas que con seguridad conocían sus correrías.

Desde vete tú a saber cuándo, Sara había ido por libre en aquel juego de provocar a terceros para excitarnos, traspasando límites y rompiendo reglas a su antojo y ocultando lo que no tenía intención de confesarme.

—¿No dices nada? —Le preguntó Fran— ¿quiere eso decir que no quieres que pare?

Sara solo gimió y una mano bajó de su nuca por su espalda, colándose dentro del slip, acariciando su nalga oscura que ahora podía ver como se contraía a cada empujón que daba contra el sexo de mi novia.

—Sí, quiero que pares... —dijo con un hilo de voz, intentando evitar lo inevitable, intentando parar lo que estaba deseando que ocurriera.

—¿Sí? —dijo él parando de moverse —pues contesta a mi pregunta... ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste con él? ¿Por qué siempre terminas por rechazarme? Contéstame y pararé de forma definitiva...

La mano de Sara abandonó su culo y volvió a su nuca, aferrándose a ella y fijando su mirada en el rostro de Fran.

—Porque te deseo, porque me excito cuando te siento cerca, porque esa noche me calentaste como nunca y no podía darte lo que querías, porque si lo hacía volvería a caer una y otra vez y no quiero hacerle eso a Daniel... —confesó ella— por eso me follé a aquel desconocido, para aplacar la calentura que tu habías provocado sin el peligro de futuros encuentros, entregarme a alguien a quien no volvería a ver nunca más, a alguien que no significaba nada para mí...

—Hija de puta... —dijo Fran con una sonrisa maliciosa— o sea que a aquel cabrón solo lo utilizaste como consolador humano para apagar el fuego que yo había encendido... ¿Y lo hizo? ¿Te sirvió de algo? No creo que tuviera esto como yo...

Lo dijo de forma arrogante mientras su mano acababa de bajar su slip y aquel trozo enorme de carne negra quedaba al descubierto, totalmente erecto y duro, cayendo por su propio peso sobre el vientre de mi novia que lo miraba embelesada.

—Ni por asomo... —dijo en un murmullo no sabiendo si se refería a que no había quedado satisfecha o a que no tenía una polla como aquella. Pero su respuesta satisfizo a Fran que, volcándose sobre ella, la besó por primera vez, con pasión, de forma desenfadada.

Sara no se opuso a su beso, que devolvió con lujuria desatada, mientras desde mi posición contemplaba como se iba a culminar la infidelidad de mi novia, otra más por lo visto y escuchado... y todo aquella noche en que iba a darle una sorpresa, a pedirle su mano, a decirle que la amaba más que a nada en este mundo y que quería pasar el resto de mis días junto a ella...

Fran, mientras no dejaba de besar a Sara, coló su mano entre sus cuerpos y casi pude oír como rasgaba la tela de sus braguitas que enseguida vi volar hacia el suelo de la habitación, de nuestra habitación...

—Me habías dicho que ibas a parar... —dijo ella apartando sus labios de la boca de él, con la mirada encendida y el rostro arrebolado por la excitación.

—Te mentí... —dijo él colocando su glande junto a su entrada.

Ella ya no dijo nada, volvió a besarse con él mientras enlazaba sus piernas tras su espalda, esperando el golpe final que no iba a tardar en producirse. Fran empujó y aquella enormidad empezó a penetrar y desaparecer en el estrecho coñito de mi novia cuyo gemido quedó ahogado por el intenso morreo que se estaban dando los dos.

Su pelvis siguió empujando y, centímetro a centímetro, aquella polla negra fue penetrando a la que había sido mi chica hasta esa noche, abriéndola como nunca lo habían hecho y haciéndola sentir lo que nunca había sentido. O al menos eso deducía yo al contemplar su rostro desenchajado.

Con un golpe final de cadera, que provocó un gemido agónico de Sara junto a su primer orgasmo de la noche, rompió de forma definitiva mi corazón y mi relación; toda su polla entró en ella, llenándola, cumpliendo lo que, por lo visto, tanto tiempo llevaba deseando y a la vez negándose.

Enseguida Fran inició un movimiento lento y pausado, follándola con lentitud pero con profundidad, rasgando mi alma con cada estocada que le daba y con cada gemido que Sara exhalaba por su garganta.

¿Para qué continuar allí? ¿Qué necesidad tenía de seguir viendo como Sara me era infiel de nuevo? ¿De ver cómo la que creía el amor de mi vida se entregaba a otro?

Recordé el dolor que sentí aquella noche, como recorrí aquel pasillo acompañado

por los gemidos de placer de Sara, por los bufidos que daba Fran cada vez que la taladraba con aquella polla que gastaba, con el traqueteo de aquella cama que tantas noches habíamos compartido ella y yo y que ya nunca más volveríamos a hacer...

Salí de aquella casa, de la casa que habíamos compartido durante los últimos años, seguro de no volver y sabiendo que lo nuestro estaba acabado. Salí de allí roto, destrozado, hundido, sin saber dónde ir ni qué hacer...

Salí para meterme en el coche que había aparcado lejos para que Sara no se percatara de mi presencia allí. Dentro lloré, lloré como un niño, lloré con las imágenes grabadas en mi retina de la traición de lo que más amaba, lloré mientras aun retumbaban en mis oídos sus gemidos de placer, el sonido del chocar de sus cuerpos y, lo que quizás me dolía, sus palabras reconociendo que llevaba tiempo jugando por su cuenta, que aquella no era la primera vez que me engañaba. Lloré liberando la tensión y angustia acumulada por todos los descubrimientos hechos, por todos los engaños desenmascarados, por todas las traiciones descubiertas...

Y en esas condiciones, llorando, totalmente vencido, lloviendo a raudales, iluminado por la luz de los relámpagos, acompañado por el sonido de los truenos y el ulular furioso del viento, conduje sin ton ni son, sin destino conocido, solo buscando poner tierra de por medio...

Hasta que vi aparecer aquella curva cerrada delante de mí, con aquel guardabarros protegiendo de la caída que había detrás... ¿para qué seguir sufriendo más? Hundí el pie en el acelerador y cerré los ojos mientras notaba el coche volar sobre el asfalto mojado, chocar contra la protección y salir despedidos pendiente abajo mientras, entre el ruido de la tormenta y del metal del coche desgarrándose y desgarrándome con cada golpe, me pareció oír una especie de pitido que se apagaba a medida que lo hacía mi vida...

Capítulo 11: La mujer infiel

Y allí estaba de nuevo, habiendo recuperado mi memoria y contemplando como Sara volvía a estar a punto de entregarse a Fran, aquel maldito modelo que, con la connivencia de Sara, había finiquitado nuestra relación.

Pero ahora era distinto, no sentía ni el dolor ni el malestar que otras veces había sentido ante la misma situación, solo sentía decepción e ira, una creciente ira hacia la que había sido mi pareja y hacia aquel sujeto al que en mala hora habíamos incluido en nuestros juegos. Ahora era consciente que nuestra relación había muerto aquella noche, durante aquella tormenta, en la ladera de aquella montaña que no había

conseguido arrebatarme la vida sino darme una segunda oportunidad.

—No sabes lo mucho que te he echado de menos estas semanas —dijo Fran dirigiendo sus manos a sus pechos, acariciándolos por encima del sujetador— me has estado evitando desde nuestro último encuentro...

—Las manos quietas... —dijo apartando sus manos con poca convicción— y con razón ¿no crees? Daniel estaba en el hospital, en un momento crítico de su vida y mi lugar estaba allí, con él...

Cínica, falsa, hipócrita... todos esos adjetivos pasaron por mi mente mientras, con los puños cerrados y mi rostro crispado, seguía atento a lo que pasaba dentro de la estancia curioso por saber hasta dónde iba a ser capaz esta vez de llegar Sara y tratar de descubrir algo más de sus engaños.

—Daniel... claro... —dijo él con condescendencia— yo creo que lo que te pasó fue que te entró miedo... te gustó demasiado lo que ocurrió la última vez... y tenías miedo de estar cerca de mí, volver a caer en la tentación...

—Claro que me gustó y lo sabes pero tampoco te pases, no seas tan engreído... —dijo ella apartando la mirada algo avergonzada— y ya te dije que aquello nunca debió producirse... luego vienen los remordimientos como me pasó la primera vez...

—Pero se produjo... Sara, no tienes nada de lo que avergonzarte ni arrepentirte... —dijo él cogiéndola por el mentón y encarando su rostro al de él— no hiciste daño a nadie... Daniel nunca se enteró de nada... como no tiene por qué enterarse ahora...

—Eso no lo sabemos... —dijo ella apartando su cara ante su intento de besarla— María cree que quizás estuvo aquí... se suponía que debía estar a cientos de kilómetros de donde apareció él y el coche destrozado...

—Eso no significa nada... —dijo Fran acariciando la mejilla de Sara que se dejó hacer— podría haber muchas explicaciones para eso...

—Puede ser pero ella está convencida que hay gato encerrado, algo la desconcierta y por eso ha estado sonsacándole para ver si recuerda algo... —dijo retirando su rostro— pero, de momento, no parece recordar nada...

—Pues entonces problema resuelto ¿no? —Contestó él sonriendo— es como si nunca le hubieras puesto los cuernos... una nueva oportunidad para empezar de cero... si es que es eso lo que queréis, claro...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con curiosidad.

—Quiero decir que dudo que, al menos tú, puedas reanudar tu vida sin esos juegos que os llevabais entre manos —dijo con sorna— te gustaban demasiado como para renunciar a ellos... y Daniel, por lo que me contabas, lo hacía igual o más que tú... y es cuestión de tiempo que volváis a las andadas...

—No va a pasar nunca más —dijo tratando de aparentar firmeza— tú lo has dicho, una nueva oportunidad donde no pienso cometer, no debemos cometer los errores del pasado...

—Si tú lo dices... —le respondió con ironía Fran.

—Sí, lo digo —replicó ella con vehemencia.

—Pero mírate... sola en tu casa conmigo, ambos semidesnudos... estás deseando que te toque, que te acaricie, que te folle... —lo dijo mirándola fijamente y acariciando la piel desnuda de su brazo, de su codo hasta su hombro, de nuevo sin ser rechazado.

—Esto no significa... no quiere decir... —balbuceó Sara evidentemente nerviosa.

—Sí y lo sabes —la interrumpió él— lo veo en tu mirada, lo noto en tu cuerpo... estás necesitada de sexo... ¿cuándo fue la última vez que lo hiciste, que follaste?

—Contigo... —dijo ella con un hilo de voz.

—¿Esa fue la última vez? —Preguntó atónito— ¿llevas más de un mes sin follar?

Ella asintió y él sonrió, como si aquello jugara a su favor, le acercara más a su propósito de volver a gozar del cuerpo de Sara.

—Es mucho tiempo para una mujer como tú— solo dijo él— ¿Tú y Daniel no habéis intentado nada?

—Sí pero no hemos podido... no ha podido... —volvió a tartamudear Sara.

—Jajaja —rio él con ganas— ya veo... o sea que al cornudo ahora ni se le levanta...

—No hables así de él —dijo ella recobrando parte de su entereza y golpeándole el brazo— ha pasado por mucho y necesita tiempo para recuperarse...

—Vale, vale —dijo él sujetando su brazo y evitando que siguiera golpeándolo— no volveré a llamarlo cornudo pese a que lo sea jajaja... aunque no sé si tú podrías aguantar mucho en este estado...

—Ni lo intentes —le avisó ella tratando de evitar que volviera a tocarla.

—No voy a hacer nada que no quieras —la tranquilizó Fran— solo quiero quitarte los pantalones que están chorreando... como sigas con ellos puestos vas a pillar una pulmonía...

Allí oculto, espectador de lujo de aquella escena tan surrealista, al menos para mí, notaba como el enfado crecía y crecía en mi interior. No entendía el comportamiento de la que había sido mi novia, defendiéndome de boca, negándose a sus avances de palabra mientras todos sus gestos, todo su comportamiento clamaba todo lo contrario, toda ella pedía más, necesitaba más.

La mano de él bajó hasta su cintura y desabrochó el pantalón, bajó la cremallera del tejan y con la ayuda de Sara que alzó su culo de la mesa, él bajó el pantalón hasta sus tobillos. Se agachó para quitarle los zapatos y los calcetines, luego procedió con los

pantalones y desde aquella posición, observó su cuerpo cubierto únicamente por el sujetador y una braguita.

—Eres preciosa —afirmó él mientras su mano acariciaba su tobillo y empezaba a subir de forma lenta, siguiendo la forma de su pierna, acariciándola con suavidad, con parsimonia, con total placidez.

—Fran... —protestó de forma débil Sara que, por su rictus, daba claramente a entender que le gustaba aquella caricia que estaba recibiendo.

Él calló y siguió recorriendo su pierna de forma ascendente, hasta alcanzar su muslo un poco más arriba de su rodilla, peligrosamente cerca de su entrepierna pero no avanzando más.

Era evidente que estaba jugando con ella, llevándola hasta donde quería. Y yo tenía claro que aquello iba a volver a suceder, que Fran iba a follarse otra vez a Sara y que ella estaba deseando que ocurriera aunque lo negase. La cuestión era ¿paraba aquello antes que fuera a más o bien esperaba, seguía espiándolos tratando de averiguar algo más? Respiré hondo, calmando algo el intenso cabreo que me llenaba y opté por la segunda opción. Por mucho que me jodiera quería saber más, si Sara me había ocultado algo más.

Fran apartó la mano de su muslo y ella lo miró confundida, desconcertada... como si en el fondo le pidiera, casi le exigiera explicaciones de porque lo había hecho; en ese momento solo recibió la sonrisa victoriosa de él al ser consciente que ya era suya, que solo era cuestión de tiempo que claudicara.

—Deberías quitarte esto también —dijo alargando la mano y rozando su sujetador — también está mojado...

—Claro... —replicó Sara— tú lo quieres es verme las tetas...

—No voy a negar eso... —dijo él divertido— sabes que me encantan, que me fascinan... pero creo que ya hay suficiente confianza entre los dos y que he hecho algo más que mirar tus tetas ¿o tengo que recordarte lo que hicimos la última vez que estuve en tu casa?

—No me lo voy a quitar... —contestó ella tratando de nuevo de mostrarse firme.

—Pues entonces tendré que quitártelo yo... —le amenazó un jovial Fran.

Ella intentó oponerse pero Fran, más fuerte y más corpulento que ella, la abrazó por la cintura con una de sus manos, atrayéndola hacia él que se colocó entre sus piernas ahora abiertas, pugnando con la otra mano con el cierre del sujetador que no tardó en saltar, cayendo la prenda al suelo y liberando sus pechos que quedaron a la vista de él que los devoró con su mirada.

—Al final te has salido con la tuya... —dijo una sonrojada Sara que, pese a ello, se

delataba de nuevo no haciendo nada por cubrirse sus pechos. Estaba claro que disfrutaba viendo el efecto que sus senos causaban en él.

—Aún no... —contestó Fran acercando su cara a su pecho y, al igual que aquella vez, besando cada porción de piel, lamiendo cada milímetro de su seno, chupando el pezón que se endureció bajo los efectos de su lengua juguetona.

Sara entrecerró sus ojos, dejándose llevar por el cúmulo de sensaciones que le provocaban la hábil lengua de su compañero de trabajo, posando una mano sobre su cabeza, acariciando su cabello y alentándolo a seguir con lo que hacía. Si aún tenía alguna duda que ella deseaba aquello, ver como se rendía ante su quehacer, como lo disfrutaba... no, ya no tenía dudas. Sara estaba entregada y Fran lo sabía, sabía que era suya y que iba a follársela de nuevo como y cuando quisiera.

La mano libre de él, viéndola entregada, se posó sobre el pecho libre, atacándola doblemente, subiendo su excitación hasta límites inaguantables para ella que era plenamente consciente que ya iba a ser incapaz de detener los avances de su amante. ¿Pero acaso, en algún momento, había querido realmente parar aquello? ¿No volver a caer en las redes de Fran? Lo dudaba...

—No sabes lo que he echado de menos esto... —dijo él entre lamida y lamida a sus tetas.

—No pares... sigue... —le rogó Sara quien, como había adivinado, ya estaba totalmente entregada.

Y a la misma conclusión llegó Fran que, abandonando su pecho, hizo que su mano bajara por su vientre hasta alcanzar el borde de la braguita, jugando brevemente con ella, colándose dentro, recreándose con el corto vello de su pubis hasta alcanzar su rajita que acarició en toda su extensión.

—Oh dios... —gimió ella contoneándose de puro placer.

Aquello fue el preludio de sus dedos jugando con sus labios, abriéndolos para colarse en su interior, penetrándola con dos de sus largos dedos oscuros que empezaron a follarla sin compasión, con su pulgar frotando con avidez el botón del placer y su boca hundida en su pecho que no había abandonado en ningún momento.

Sara se agitaba sobre la mesa, entregada al gozo que Fran le estaba dando, asimilando como podía el cúmulo de sensaciones que le llegaban de su sexo y de sus pechos, gimiendo como una perra en celo y apretando con fuerza la cabeza de él contra su pecho mientras su otra mano buscaba alcanzar el culo del negro que tanto placer le estaba dando y que tanto había añorado.

No tardó en colarse dentro de la única prenda que conservaba el modelo, acariciando su nalga desnuda y bajando de forma lenta pero inexorable el slip que no

tardó en caer a sus pies, haciendo saltar como un resorte el pollón que Fran se gastaba.

Y mientras él seguía a lo suyo, masturbando con frenesí el coño de Sara y devorando sus dos pechos de forma alternativa, ella dándose cuenta que su miembro había quedado al descubierto, coló su mano entre sus dos cuerpos, cogiendo su polla, rodeándola con su pequeña mano.

No tardó en empezar a moverse, recorriendo su tronco lo que podía en esa posición, pajeándolo y devolviéndole así parte del placer que ella recibía. Pero Fran era un amante experimentado y Sara una mujer falta de sexo, así que fue ella la que gritando se corrió como una loca, abandonando su polla y abrazándose por completo a él, agitándose entre sus brazos mientras éste no dejaba de martillear su sexo con sus poderosos dedos.

Y yo mirando todo aquello, viendo como Sara había claudicado, se había sometido, cedido de nuevo ante su compañero de trabajo, casi estando seguro que aquello no había acabado y que solo era el principio de lo que Fran tenía pensado para ella. Respiré profundo de nuevo, tratando de calmarme, procurando no estallar, no todavía... Ira, solo sentía ira y, en menor grado, una creciente sensación de alivio. Alivio por haber sido capaz de recuperar mi memoria, de haber descubierto la doble vida de Sara antes que hubiera sellado mi destino al de ella.

Sobre la mesa, Sara empezó a recobrase del orgasmo mientras aun sentía en su interior los dedos de Fran, que seguían penetrándola pero ahora de forma más pausada. Él se inclinó y la besó, un beso que ella correspondió enlazando sus manos tras su nuca, atrayendo su rostro al suyo para hacer más profundo e intenso ese beso.

Pero Fran quería otra cosa, necesitaba otra cosa. Tras unos minutos besándose de forma apasionada, cogiéndola por la cintura, la bajó de la mesa hasta dejarla de pie delante de él. No necesitaron palabras para entenderse. Él, con sus manos en los hombros de ella, la empujó hacia abajo y ella, de forma dócil y sumisa obedeció, descendiendo hasta arrodillarse.

Sara sujetó con su mano ese oscuro objeto del deseo y empezó a recorrer la larga extensión de carne del modelo, apenas pudiendo rodearla con su pequeña mano. Allí arrodillada, mirándolo en aquella postura tan sumisa y con una cara de vicio que daba miedo, con las manos de él sujetando su cabeza, Sara abrió su boca, boca que tragó y lamió el gordo glande de Fran.

Un gemido salió de su garganta y echó la cabeza atrás al sentir el contacto de su lengua empezar a lamer su miembro, cumpliendo su sueño de tener a aquella belleza allí entregada y chupándole la polla, casi la única cosa que debía quedar por hacerle a Sara.

Ella, sujetando su miembro por la base, empezó a lamer todo el tronco de la larga polla, lubricándola, empapándose con su sabor, con su olor, preparándola para lo que estaba por venir. Fran, impaciente, empujó su cadera buscando entrar en su boca y Sara, totalmente doblegada y subyugada, la abrió al contacto con su glande y empezó a tragar aquella carne negra.

Poco a poco, milímetro a milímetro, fue engullendo la verga de Fran hasta casi la mitad, lo máximo que era capaz de meter en su boca. Una vez ambos comprobaron donde estaba el límite, empezó el baile de los dos. Ella tragando lo que podía, lamiendo con su lengua el miembro cada vez que entraba y salía. Él sujetando su cabeza, bufando de placer con la mamada que Sara le estaba dando y moviendo levemente su pelvis buscando hundir aún más su polla en su garganta, romper sus límites, un nuevo reto por conseguir.

Fran, viendo la entrega de Sara, quiso ir un paso más allá y empezó a moverse con algo de brusquedad, sujetando con firmeza su cabeza y tomando las riendas de la felación, follándose literalmente su boca. Y ella, sumisa de nuevo, afianzó sus manos en sus poderosos glúteos mientras él la usaba para su propio placer, sintiéndose poderoso ante su entrega.

En la habitación se mezcló el sonido del viento, del agua, los truenos y el que hacía el entrar y salir de la verga de su boca que a duras penas aguantaba el ritmo de la penetración de Fran, pero tampoco hacía nada para pedirle que parara o que fuera más gentil con ella o yo que sé. Nada. Solo era una muñeca para su uso y disfrute.

Su tortura duró varios minutos, los que tardó Fran en estar al borde del orgasmo, dando síntomas inequívocos de ello al moverse con mayor frenesí, con mayor ansiedad. Sara, por primera vez, me pareció que le imploraba con la mirada, supuse que para que no se corriera dentro de su boca cosa que yo sabía que no le gustaba.

Pero Fran hizo oídos sordos y, con un último empujón, clavó su polla todo lo que pudo dentro de su garganta y, por su rictus de placer, empezó a descargar dentro de su boca. Sara hacía esfuerzos ímprobos por tragar todo lo que su polla derramaba en su interior, no consiguiéndolo, tosiendo y escupiendo para evitar ahogarse, viendo como de las comisuras de sus labios empezaban a rezumar restos de su corrida que caían sobre sus pechos desnudos.

Fran se apiadó de ella y sacó su miembro de su boca, empezando Sara a dejar escapar por ella una cantidad asombrosa de semen que había sido incapaz de tragar, que caía a borbotones sobre su piel desnuda mientras ella boqueaba tratando de coger aire.

Él agitó su miembro, excitado ante la visión de Sara arrodillada y bañada con su

propia leche, aun respirando con dificultad y agitando de esa manera sus pechos, encendiendo todavía más el deseo de él que aún no tenía suficiente, aun quería más, aún necesitaba más. Y buena prueba de ello era que su miembro seguía sin dar señales de perder dureza.

Sara alzó la cabeza, lo miró con un brillo en sus ojos que para nada delataba que estuviera enfadada por lo que había hecho, se levantó y pegó su cuerpo al de él, volviendo a fundirse ambos en un intenso beso mientras ella sujetaba de nuevo su polla, acariciándola, evitando que perdiera dureza.

Sara, la que no quería aquello, la que decía que aquello no podía volver a repetirse, la que decía que no quería volver a engañarme, la que decía que me quería y que no me merecía que me engañara de esa manera. Esa Sara fue la que se apartó de Fran, esa Sara fue la que se bajó con dificultad sus braguitas empapadas, esa Sara fue la que se subió de nuevo a la mesa, tumbándose y abriendo las piernas.

—Fóllame... —le pidió— lo necesito...

Fran, victorioso, se acercó a ella que, tumbada, miraba expectante como aquella monstruosidad se aproximaba a su sexo, como recorría toda la extensión de su rajita, como se bañaba en sus fluidos, como rozaba la entrada de su gruta, como la abría y como, finalmente, traspasaba la entrada y culminaba una nueva infidelidad, si todo lo anterior no lo había sido ya...

—Sí, sí, sí... —salió de su boca mientras la polla de Fran se adentraba en su interior, sin parar, buscando enterrar su miembro por completo como ya debía haber hecho la otra vez.

Los dos gimieron cuando los testículos de Fran chocaron contra el periné de Sara, indicando que por fin toda aquella enormidad estaba clavada dentro de ella, que respiraba con dificultad y tenía sus ojos cerrados, embargada por la infinidad de sensaciones que la acometían en cada una de las terminaciones nerviosas que recorrían su cuerpo en ese instante.

Era increíble que Sara hubiera sido capaz de meterse todo aquello en su interior pero así había sido. Por mucho que ya no sintiera nada por ella, que no lo había sentido desde el momento en que me desperté de mi estado de coma, no pude dejar de pensar en el dolor que esa mujer había causado a mi otro yo, él que había muerto en aquella cuneta de aquella montaña.

Y de nuevo, por extraño que parezca, volví a acordarme de Alejandra. Alejandra... esa mujer que no sabía si era real o no pero que, estaba seguro, que ella habría sido incapaz de hacerme algo así, que nunca me hubiera traicionado así, que nunca me hubiera provocado semejante dolor como el que me había hecho Sara.

Sobre la mesa del salón, con sus manos alzadas sujetándose como podía al borde de la mesa y sus piernas enlazadas tras la cintura de Fran, con la mirada perdida, gimiendo como una posesa, sus pechos sacudiéndose de forma frenética, Sara recibía la fuertes estocadas que le propinaba un Fran desatado, un Fran que apoyando sus manos a los costados de su cuerpo desnudo, la taladraba sin compasión, a un ritmo brutal, salvaje, un ritmo que hacía temer por la integridad de la mesa sobre lo que todo ocurría.

Ya tenía bastante de aquello, no necesitaba ver más. ¿Para qué? Ya había confirmado, por dos veces, una al recobrar la memoria y otra en vivo y en directo, que Sara me había engañado, que me había sido infiel, que me había traicionado. Y sabido por su propia boca que eso ya había ocurrido en otra ocasión, que Fran no era el primero en ponerme los cuernos.

Era hora de poner fin a aquello, de acabar lo que había empezado aquella noche de tormenta que por poco acaba con mi vida pero que no había sido así, y que ahora, con otra tormenta de nuevo, tenía una nueva oportunidad de cerrar aquel capítulo de mi vida para empezar uno nuevo. Pero ahora bien lejos de toda aquella gente. De Sara, de Fran, de María, de Miriam, de Manu...

Pero la cosa era ¿cómo iba a hacerlo? ¿Interrumpirlos en plena faena y decirle que lo nuestro estaba acabado? ¿Aprovechar que estaba ofuscado follándose a Sara y darle su merecido a Fran por lo hecho? ¿O bien repetir lo hecho, esconderme como un cobarde y escapar cual ladrón, de mi propia casa, cuando el campo estuviera libre? Tenía una decisión que tomar y debía hacerlo ya...

Capítulo 12: Un nuevo inicio

—¡¡Cabrón de mierda!!

Ese fue el grito que salió de mi boca, mientras mi puño se estampaba contra la mejilla de Fran al tiempo que le hacía perder el equilibrio por la sorpresa de lo inesperado y lo concentrado que estaba en follarse a Sara.

—¡¡Daniel!!

Ese grito salió de la boca de Sara, sorprendida por mi presencia allí y tratando inútilmente de recomponerse y ocultar su desnudez, con un innecesario pudor teniendo en cuenta lo visto.

—¡¡Hijo de puta!!

Ese grito furioso salió de la garganta de Fran, mientras conseguía recuperarse tanto de la sorpresa como del golpe en tiempo record, cortando mi segundo de gloria al

haber conseguido golpearle devolviéndome el golpe casi al instante, derribándome al suelo del mazazo que me dio en la cara.

Hice además de levantarme mientras veía aquella mole de carne negra venir a mi encuentro y su puño estrellarse contra mi cara, haciéndome caer de nuevo al suelo de donde ya no fui capaz de levantarme. Un golpe tras otro se sucedieron sobre mi maltrecho cuerpo. Tanto mi rostro como mi pecho recibieron su ira mientras escuchaba de fondo las súplicas de Sara.

—Para por dios... no ves que lo vas a matar como sigas así...

—Que se joda —respondió airado Fran sin dejar de golpearme— que se habrá creído el puto cornudo...

—Que pares joder... y no lo llames así... —le pidió ella intentando sujetarlo y apartarlo de mí.

—¿Y cómo quieres que lo llame? —Dijo él parando momentáneamente de golpearme— es un cornudo con todas las letras... te recuerdo que nos ha pillado follando a los dos... si eso no lo convierte en un cornudo, ya me dirás tú...

Vi como Sara agachaba la cabeza avergonzada y aflojaba su presión sobre el brazo de Fran, que se giró de nuevo y me propinó una patada en mis costillas que me dolió horrores...menos mal que iba descalzo y el daño era menor que si no...

—Fran joder... —volvió a decir Sara al ver cómo me golpeaba de nuevo— que pares de una puta vez...

Fran pareció que ya había descargado su ira y se apartó levemente, permitiendo que Sara se acercara a mi posición y se interesara por mi estado.

—Daniel ¿estás bien? —preguntó preocupada.

Aparté su mano de un manotazo y me incorporé como pude, adolorido a más no poder, mirándolos con odio a los dos.

—Ni se te ocurra volver a tocarme, puta —le recriminé— no sé cómo me has podido hacer esto...

—Daniel... yo...

—Daniel qué... ¿que no es lo que parece, que es todo un malentendido? —Le espeté— te recuerdo que te he pillado insertada en su polla y gritando de placer...

Ella volvió a callar y apartó la mirada mientras una sonrisa aparecía en el rostro de Fran al que, al parecer, le divertía todo aquello.

—¿No dices nada? —Le dije a Sara— no hace falta, no tienes excusa para lo que has hecho... sabes, he recordado todo. Aquella noche, en que volví para pedirte la mano, encontrándome con vuestra particular fiestecita y a ti follándote al gilipollas este...

—Oye tío, sin faltar que te vuelvo a partir la cara... —me amenazó Fran

acercándose peligrosamente a mí.

—Hazlo... —dije ofreciendo mi rostro— eres un auténtico gilipollas y no sé qué ha visto Sara para dejarse engatusar por ti... porque aparte de una polla grande no tienes nada más que ofrecer, no vales nada...

—Te la estás jugando... —dijo él cerrando su puño y a punto de soltarlo de nuevo contra mi dolorida cara.

—¿A qué esperas? —Le animé— ¿acaso no te atreves? ¿No eres lo suficiente hombre como para pegar a un pobre cornudo como yo?

—Sara —le pidió a ella— dile que se calle o no respondo de mí...

—Jajaja —reí con ganas— escudándote detrás de una mujer... así que eres esa clase de hombre... ¿y por esto has roto nuestra relación? ¿Por disfrutar de un rato de una polla grande obviando tu orgullo y tus principios? Chica, para eso podías haberte comprado un consolador...

—Quieres callarte ya... —me pidió Sara— te recuerdo que fuiste tú quien empezé con este juego, el que quería que fuera calentando al personal para que tú te excitaras...

—Teníamos unas normas... unas normas que tú misma pusiste... —le recordé a mi vez— unas normas que tú misma decidiste saltarte e incumplirlas a tu conveniencia...

—¿Y qué querías que hiciera? —Me gritó Sara— no soy de piedra y tú siempre querías más y más... nunca tenías bastante. Ya me lo avisó María, que no ibas a parar hasta verme follando con otro hombre... pues bien, ya lo has conseguido...

—O sea, que encima es culpa mía —dije estupefacto— lo que me faltaba por oír... la puta de mi novia decide tirarse todo lo que se mueve y la culpa es mía...

—A mí no me llames puta —me dijo crispada— y sí, tú eres el causante de todo esto... estábamos bien, no necesitábamos nada de todo esto pero no, tú no tenías suficiente, querías probar cosas nuevas, cosas cada vez más atrevidas y arriesgadas... yo solo quería una relación estable, un chico que me quisiera por como soy y no por mi físico, alguien con quien compartir mis alegrías y mis penas... y sí, hice todo esto para satisfacerte, para cumplir tus fantasías...

—Es que no me lo puedo creer... —dije atónito— has sido tú la que has roto las normas y actuado por su cuenta, engañándome para tenerme en la inopia. Has sido tú la que siempre has podido parar esto y no has querido hacerlo. Tú la que se sentía atraída por este y, aun así, volvías una y otra vez a provocarlo, a jugar con él... con que solo me lo hubieras dicho... pero no, mejor lo meto en mi habitación de hotel, me muestro casi desnuda ante él y después le hago una paja... me voy de fiesta con él, le dejo meterme mano a base de bien y cuando no puedo más, me tiro al primero que

pasa para, según tus extraños principios, no incumplir alguna de tus estúpidas normas...

Sara calló momentáneamente al descubrir que, aparte de haberla pillado follando con Fran, también conocía todas sus demás faltas.

—Mira, sé que me meto donde no me llaman pero creo que estás exagerando todo —intervino de nuevo Fran— esto ha sido y es solo sexo, nada más... y serias un necio si tiraras por la borda años de relación por un par de polvos... yo no quiero casarme ni ser novio de Sara, solo follármela de vez en cuando... míralo como una oportunidad para dar un paso más en vuestro juego y en vuestra relación, ser una pareja abierta, con libertad de disfrutar con otras personas sin complejos... ¿acaso no te gustaría follarte a Miriam o, sobretodo, a María?

—¿Pero qué coño estás diciendo? —Le dije— no has tenido bastante con romper lo nuestro que ahora quieres darme consejos... y vaya consejos... que me folle a otras para que tú puedas seguir beneficiándote a mi chica...

—Pues a mí no me parece tan mala idea... —se sumó Sara— a mí no me importaría que te follaras a María... y ella, me da que estaría encantada de hacerlo contigo...

—¿Pero os habéis vuelto locos los dos? —les recriminé mientras mi desconcierto no dejaba de aumentar a límites difíciles de alcanzar— no me voy a tirar a nadie... tú y yo hemos acabado, roto... quiero que te vayas de esta casa pero ya... no quiero volver a verte nunca más y, en cuanto a ti, en cuando salgáis de aquí me voy a comisaría y te denuncio por agresión... pruebas no me faltan...

—Será gilipollas...

Fue lo último que escuché antes de notar el puño de Fran chocar contra mi cara y caer inconsciente al suelo.

No sé cuánto tiempo estuve sin sentido pero sí recuerdo que cuando desperté, desorientado y confuso, me encontraba sentado en una de las butacas de mi dormitorio, desnudo y atado. Me agité tratando de desatarme pero fue inútil... el dolor que emanaba de cada fibra de mi cuerpo por los golpes recibidos me hizo desistir. Quise gritar pero me di cuenta que algo cubría mi boca impidiendo que pudiera hacerlo.

—¿Ya estás despierto? —me preguntó una voz que identifiqué como la de Sara— lo siento, pero no nos has dejado otra alternativa... no entrabas en razón...

Gesticulé, me removí, sintiendo como la ira volvía a encenderme, a darme nuevos bríos que el intenso dolor se ocupó de apagar... era inútil, ni podía moverme ni podía hablar. Estaba a su completa merced.

—No tengas miedo... —intentó calmarme Sara— no vamos a hacerte daño, no

vamos a hacerte nada malo... solo quería hablar sin que me insultaras y sin que faltaras el respeto a Fran...

Dejé de moverme, sabiendo que no tenía otra opción pero mirándola fijamente, que viera mis ojos inyectados en odio, odio hacia ella y a lo que me había hecho, a lo que me estaba haciendo. Si ella quería hablar, que hablara. Eso no quería decir que fuera a escucharla o que fuera a hacerme cambiar de opinión.

—Eso está mejor —dijo Sara viendo que parecía comprender que no tenía alternativa— y ahora escucha con atención porque la que va a hablar soy yo...

Escuché los pasos de Sara y, al poco, apareció detrás de mí, apoyando sus pechos contra mi hombro y con su rostro bien cerca del mío.

—Como recordarás y ya te he dicho antes, cuando te empeñaste en empezar este juego, yo me opuse —empezó ella— no quería hacerlo, tú y yo ya estábamos bien así... ¿para qué estropear algo que funcionaba? Pero no cejaste en tu empeño y, al final, decidí complacerte básicamente para que te callaras...

Las manos de Sara, que descansaban en mi espalda, se movieron hasta rodear mi pecho, abrazándome y sintiendo aún más la presión de sus tetas por mi espalda.

—Al principio fueron cosas inocentes pero, como siempre, nunca te conformabas, nunca era suficiente y querías más y más —prosiguió ella— pero la cuestión es que a mi empezó a gustarme jugar y, aunque seguía mostrando reticencias, lo acababa disfrutando al igual que tú... dejarme sobar por otros para luego follar los dos como lo hacíamos... dios, me pongo cachonda solo de recordarlo...

Sus manos descendieron y alcanzaron mi polla, flácida e inerte, tocándola, acariciándola, sobándola. Y para mi sorpresa e indignación, haciendo que cobrara vigor. Estaba claro que mi cuerpo iba por libre, lejos de mis pensamientos de rechazo hacia ella. Por lo visto, al recuperar mi memoria se había roto el bloqueo que aquella misma tarde me había impedido follarme a Sara.

—La única pega del juego eran las normas que nos habíamos impuesto... bueno, más bien yo al ser reticente al principio de todo esto —continuó Sara— cada paso que dábamos, que avanzábamos, más me costaba reprimirme y no traspasar esos límites, esas normas... yo te quiero, más que a nada en el mundo Daniel... pero notar como otros tíos te tocan, notar según qué pollas junto a mí... era cuestión de tiempo perder el control, romper límites, romper con las normas y las reglas que nos habíamos impuesto...

Su mano rodeó mi polla, que ya se alzaba a media asta, recorriéndola con suavidad en toda su extensión, masturbándome con extrema lentitud.

—Lo único que conseguía mantenerme firme era, a parte del inmenso amor que

siento por ti, la promesa de lo que estaba por venir —dijo Sara— María, conocedora en todo momento de lo que hacíamos, me había dicho que a no tardar mucho íbamos a dar el paso definitivo y follar con otras personas, convertirnos en una pareja liberal... no te puedes ni imaginar lo que me excitaba el recrear la escena... tú follando con María y yo con Fran, viéndonos mutuamente, excitándonos recíprocamente al vernos con otras personas...

Ya su mano cogía velocidad y se movía con soltura a lo largo del tronco de mi polla erguida y dura, haciendo inútil cualquier intento por mi parte para que aquello dejara de excitarme. Me sentía completamente impotente, allí sentado y sin poder hacer nada, en sus manos y sin conocer qué es lo que pretendía, qué buscaba con aquella caricia de aquella mano que tan bien conocía.

—Yo te quiero Daniel y quiero que las cosas sean como antes —siguió hablando Sara— como antes que perdiera los papeles e hiciera lo que no debía haber hecho pero que, inevitablemente, ibas a pedirme hacer en algún momento... porque sabes que, tarde o temprano, ibas a querer más de nuevo y esto hubiera acabado ocurriendo antes o después... nomás que de mutuo acuerdo...

La paja ya era frenética y, mientras no hablaba, su lengua lamía el lóbulo de mi oreja y mi cuello, haciendo más insoportable el resistir aquella cruel tortura a la que me estaba sometiendo.

—Quiero que sepas que yo estoy dispuesta a ello —continuó relatando— es más, me excita el pensar verte con otra, con María, con Miriam... además que creo que es lo justo, que te tires a otras para compensar mi falta, para que me puedas perdonar el dolor que te he hecho y así empezar de cero con nuestra nueva relación, una relación abierta donde los dos seamos libres de acostarnos con otras personas... siempre que tú quieras claro...

Su mano abandonó mi polla y Sara se desplazó hasta quedar justo enfrente de mí, mirándome fijamente, mostrándome su cuerpo que continuaba desnudo. No sabía que es lo que pretendía pero no me gustaba el cariz que estaba tomando aquello.

—Quiero que sepas que respetaré tu decisión, sea cual sea —dijo con voz algo insegura, vacilante— aunque sea la de dejarme y romper con lo nuestro... pero quiero, necesito que seas franco contigo mismo y que, después de lo que va a ocurrir, reconozcas que eso era lo que querías para nosotros, para nuestro futuro...

Definitivamente aquello no me gustaba. Algo tenía en mente Sara y, fuera lo que fuera, poco podía hacer para evitar que ocurriera.

—Te quiero aunque te pueda costar creerlo y esto lo hago por los dos, por arreglar lo nuestro, para darnos una segunda oportunidad—me dijo acercándose a mí y

besándome en la mejilla, para luego ir y sentarse en la cama junto al cabecero.

Yo no entendía nada pero no iba a tardar en salir de dudas. La puerta de la habitación se abrió y unos pasos se acercaron a mi posición. Fran pensó. Viene a partirme la cara de forma definitiva, quizás con la intención de hacerme perder de nuevo la memoria.

Pero no, me equivoqué de cabo a rabo. Fran no apareció sino dos mujeres y completamente desnudas: Miriam y María. Ahora empezaba a comprender lo que tenía en mente Sara. Ella se había acostado con dos hombres distintos, ahora yo iba a hacerlo con dos mujeres distintas. Aunque claro, la situación era completamente diferente. Yo lo iba a hacer amarrado a una silla y sin tener ni voz ni voto en aquella decisión.

—Por fin vas a ser mío... —dijo con voz melosa María, pasando su mano por todo mi pecho hasta llegar a escasos centímetros de mi verga tesa— no sabes las ganas que tenía que esto ocurriera...

Miriam, sin decir nada, fue directamente a mi polla que rodeó con su mano y empezó a acariciar con suavidad, queriendo reconocer aquella verga que en poco rato la estaría haciendo disfrutar de placer. Y por su sonrisa traviesa, lo que veía y tocaba era de su agrado.

—¿Te gusta? —Le preguntó Sara viendo su rostro— ya te dije que no te defraudaría...

—Me encanta —contestó ella— ahora hay que ver como la utiliza...

—Serás guarra... —dijo riendo María.

Miriam solo sonrió y aceleró los movimientos de su mano, pajeándome a buen ritmo mientras yo trataba inútilmente de oponerme a aquello que se estaba haciendo en contra de mi voluntad. Pero claro, mi mente iba por un lado y mi polla por otra y mi erección daba a entender que sí quería aquello.

Sin dejar de mover su mano a lo largo de mi polla, Miriam se arrodilló ante mí colocándose entre mis piernas abiertas y acercando su boca a mi miembro. Un primer lengüetazo de su lengua en mi glande me hizo estremecer, cuando su lengua rodeó toda la punta de mi polla y la succionó creí que iba explotar del placer que sentí y cuando noté sus labios envolver mi verga y como ésta entraba casi en su totalidad en su boca supe que estaba perdido.

Desde el principio impuso un ritmo elevado a la felación que me estaba practicando, subiendo y bajando su cabeza con rapidez haciéndome enloquecer sintiendo la calidez de su boca, el ligero roce de sus dientes y la humedad de su lengua jugando con mi polla cada vez que entraba en su boca.

Y por si no tuviera bastante con tamaña excitación, María quiso darle un plus a la situación colocándose detrás de Miriam y empezando a acariciar su espalda, su culo y, finalmente, su coño desde atrás. Al final, acabó arrodillándose tras ella y hundió su rostro en el sexo de su amiga que, para suerte mía, aligeró un poco el ataque a mi miembro dándome un respiro.

En la cama, Sara parecía disfrutar también de lo que estaba viendo porque, con sus piernas abiertas, su mano jugaba con su sexo acariciando sus labios de forma lenta y parsimoniosa.

—No puedo más... —dijo Miriam alzándose de golpe— cómo me habéis puesto cabrones...

Allí sentado, sin posibilidad de escapatoria, vi como una desatada Miriam se sentaba a horcajadas aprisionando mi polla entre nuestros cuerpos desnudos, inclinándose levemente para pasar sus pechos por mi cara. Intenté apartar mi rostro pero ella lo sujetó y me refregó sus pechos por mi faz, notando en mis mejillas sus endurecidos pitones.

—Acércate cariño —oí como decía Miriam— quiero que veas como me follo a un hombre de verdad...

Y ante mi estupefacción, vi aparecer a Manu completamente desnudo, sentándose en la cama bien lejos de Sara y lo más cerca posible de donde estábamos Miriam y yo, con su polla en la mano y dispuesto a disfrutar del espectáculo que su pareja estaba dispuesta a ofrecerle.

Si antes ya sentía rechazo por lo que estaba sucediendo, ahora esa sensación aumentó en intensidad. El tener allí a mi compañero de trabajo y supuesto amigo, masturbándose mientras su novia iba a follarme me incomodaba sobremanera pero no podía hacer nada para evitarlo.

Miriam alzó su cuerpo para colocar mi polla junto a su entrada y se dejó caer empalándose de una sola vez en mi miembro tieso. Con mi polla en su interior y una cara de satisfacción total, Miriam empezó a moverse cabalgando con furor, follándome sin piedad y yo solo deseando que aquello acabara de una maldita vez, poner fin a aquella situación dantesca.

Una mezcla de sensaciones se entremezclaban en mi interior. Por un lado, el innegable placer que me proporcionaba tener a semejante mujer cabalgándome sin freno y totalmente desatada. Por otro, el creciente dolor que me recorría por dentro con cada certera clavada de una entregada Miriam, secuelas de la brutal paliza que me había dado el cabrón de Fran. Y por último y no por ello menos importante, odio. Un odio exacerbado y creciente contra una Sara que, ajena a todo, seguía masturbándose

contemplando la escena.

¿Por qué me estaba haciendo eso Sara? ¿Ese era el amor del que presumía? ¿Acaso creía que siendo utilizado como un objeto sexual por sus amigas iba a cambiar algo entre nosotros?

María, que desde que habíamos empezado a follar, se había dedicado a acariciar la espalda de Miriam desde su hombro hasta su culo y toquetear sutilmente sus pechos, quiso ir un paso más allá y, después de comprobar como Sara estaba concentrada en el paja que se estaba haciendo, bajó mi mordaza liberando mi boca ante el estupor de Miriam que se dio cuenta de la acción de su amiga.

No sabía qué pretendía con aquello pero pronto lo descubrí. Con su mano en mi nuca, empujó mi cabeza apretándola contra los pechos de su amiga que recibió con júbilo aquel nuevo estímulo mientras a mí me costaba respirar por la fuerza que ejercía contra el cuerpo de Miriam. Ella, ante aquel placentero roce, aumentó más si cabe el ritmo de su cabalgada, volviéndose salvaje y haciéndome adivinar que Miriam no iba a aguantar mucho más.

El que sí se dio cuenta de todo fue su novio, Manu, cuya mano volaba sobre su polla pequeña, excitado viendo como su pareja disfrutaba usándome a su antojo. No tardé en ver como de ella salían unos chorretones que atestiguaban que acaba de correrse viendo a Miriam entregada a otro hombre.

Como presumía, Miriam no tardó en gritar que se corría, sacudiéndose encima de mí al sentir el placer recorrer su cuerpo entero, uniendo su grito al de Sara que también alcanzaba el suyo en la cama donde había estado masturbándose todo el rato que había durado aquello.

Miriam, respirando agitadamente y con rostro satisfecho por el orgasmo alcanzado, miró de refilón a Sara para comprobar que no había visto nada y se apresuró en cubrir de nuevo mi boca para que nada delatara lo que acababa de ocurrir.

Miriam, cuando por fin se bajó de encima de mí y se acercó a Manu, al que besó en la boca con pasión, fue para hacer algo que me dejó atónito, tumbarse en la cama con las piernas abiertas invitando a su pareja que lamiera su coño abierto y húmedo con la corrida que otro hombre le había provocado. Y más me sorprendió la entrega de él, que no dudó en colarse entre sus piernas y cumplir sus deseos con auténtica devoción.

—Me toca... —dijo una alegre María— espero que me hagas pasar un buen rato como el que acabas de hacer pasar a Miriam...

Yo no dije nada, tampoco es que pudiera. Su mano pequeña acarició mi polla, estimulándola, preparándola para el siguiente asalto. Aunque no le hacía falta, aún seguía bien dura y erguida, lista para probar el coñito de María. Pero ella se hacía de

rogar, pajeándome lentamente primero, luego probando mi polla con parsimonia, como si no tuviera prisa en hacer aquello que Sara le debía haber pedido que hiciera que era follarme.

—¿Vas a follártelo o qué? —al final le espetó Sara por lo vista cansada de sus juegos y preliminares.

—Veras... es que me da cosa... —dijo con voz inocente María— pensaba que podía hacerlo pero, ahora... no sé... contigo delante como que no puedo...

—No me jodas... —soltó Sara— ¿desde cuando tienes esos remilgos para follar delante de otros?

—Mujer, es que una cosa es con unos desconocidos y otra con tu novio y delante de ti... —dijo compungida.

—¿Y ahora qué? —dijo Sara.

—Si sales... —dijo ella— creo que quizás si podría... o al menos, intentarlo...

—Lo que hay que escuchar... —dijo ella molesta— vale, me voy... pero más vale que cumplas tu parte...

—Gracias Sara —dijo María agradecida— mientras puedes acabar lo que habías empezado con Fran...

—Mmmm... —dijo pensativa— quizás no sea tan mala idea... acabo de correrme pero aún sigo cachonda...

—Diviértete... —le dijo María y esperando que ella saliera de la habitación.

En cuanto se cerró la puerta, delatando que Sara había abandonado la estancia, vi cómo se transfiguraba el rostro de María.

—Menuda cabrona estás hecha... —le dijo Miriam— vaya bola le has metido...

—¿Qué quieres? —le dijo mientras veía como ella se plantaba ante mí— con el tiempo que llevo esperando para follarme a Daniel, no pensaba hacerlo de esta manera...

María se inclinó y deshizo la mordaza que tapaba mi boca.

—Espero que me hagas disfrutar tanto o más que a ella... —me dijo de forma lasciva— ahora te voy a soltar, me vas a follar como dios manda y luego... bueno, vosotros ya os espabilareis con vuestras historias... pero tienes que prometerme que vas a portarte bien...

¿Qué decir a eso? Era la primera oportunidad que se me presentaba para poder escapar de allí y no pensaba desaprovecharla.

—Te lo prometo —le dije aparentando toda la sinceridad del mundo— me portaré bien, muy bien...

—Así me gusta... —dijo sonriendo pícaramente, acercándose y empezando a

desatarme— ya verás lo bien que lo vamos a pasar tú y yo...

Una vez libre de las ataduras, María se inclinó para besarme y yo correspondí ese beso, ganando tiempo mientras pugnaba por levantarme de la silla y comprobar si mi adolorido cuerpo respondía y estaba listo para la huida. Lo estaba.

Aparté levemente a María de mí, que me miraba con el deseo reflejado en sus ojos, y sin previo aviso la empujé con toda mi fuerza contra la cama cayendo sobre los cuerpos sorprendidos de Miriam y Manu que seguían a lo suyo. Sin más dilación, me apresuré a coger mi ropa que estaba en el suelo de la habitación y me vestí con prisas desmedidas mientras no apartaba la vista de aquellos tres que me miraban sorprendidos y no entendiendo nada. ¿De verdad se sorprendían que aquello sucediera? ¿Acaso esperaban otra cosa, otra reacción ante lo que me habían hecho?

—Daniel... —empezó a decir María pero no la dejé continuar.

—Ni Daniel ni hostias —le dije dejando aflorar toda la rabia contenida— te he mentado sí y volvería a hacerlo mil veces si fuera necesario... si pensabas que iba a dejar pasar la oportunidad de largarme de aquí, estabas muy equivocada... no sé qué pensabais que iba a ocurrir pero, si creíais que me ibais a hacer cambiar de parecer utilizándome como un puñetero consolador, estabais muy equivocadas...

Mis ojos brillaban de odio y ninguno de los tres se atrevió a moverse de la cama, acabando yo de vestirme, de recoger mis cosas y alcanzar la puerta para salir de aquel maldito dormitorio.

—Espero no volver a veros jamás... —dije antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

Caminé con rapidez en dirección al salón, buscando la puerta para escapar de mi propia casa, ayudado por la adrenalina que destilaba mi cuerpo que mitigaba algo el dolor por los golpes recibidos, de la humillación a la que me habían sometido. Aunque claro, el mayor dolor era el mental... ¿quién era esa Sara y cómo me podía haber hecho algo así? Me parecía increíble cómo podía haber cambiado tanto mi novia...

Pero claro, antes de salir, aún me esperaba una última sorpresa. Y esa era encontrarme a Fran sentado en el sofá y con Sara encima de él, cabalgándole con pasión desatada, mientras él tenía su rostro hundido en los pechos de ella. No me lo podía creer que hubiera sido capaz de cumplir su palabra. Dejarme atado en la habitación para ser usado por sus amigas mientras volvía al salón a acabar lo que mi intromisión había dejado a medias.

—Espero que para ti haya válido la pena —dije con voz suficientemente alta para que me escuchara Sara.

El ajeteo en el sofá paró en el acto y los dos se giraron hacia donde estaba yo, en la

entrada del salón, espectador de lujo de lo que allí ocurría. Fran inmóvil, Sara tratando de cubrirse los pechos, al parecer sin ser consciente que seguía empalada en la polla negra de él.

—Daniel ¿Qué....? —empezó a decir ella palideciendo ante mi presencia.

—¡Cállate de una puta vez! —Le grité expulsando parte de la rabia contenida mientras permanecía allí de pie en la entrada del salón— te vuelvo a repetir lo que te dije antes. Quiero que te vayas de esta casa pero ya... no quiero volver a verte ni saber nada más de ti... ojalá nunca te hubiera conocido... y en cuanto a ti, felicidades... has conseguido lo que querías, ya eres libre de follarte cuando quieras a esta puta... toda tuya, gilipollas de mierda...

—Maldito imbécil... —dijo Fran quitándose a Sara de encima de él y viniendo como una exhalación en mi busca, casi cogiéndome por sorpresa... casi...

Su puño voló buscando mi cara de nuevo pero pudiendo esquivar a última hora el golpe, que casi llegué a sentir en mi rostro. La mala fortuna hizo que su puño se estrellara contra la pared que había detrás de mí, destrozando su mano con el fuerte impacto y gritando por el dolor, desequilibrándose al fallar el golpe.

Dicen que las oportunidades hay que aprovecharlas cuando se presentan y el destino me había puesto una ante mis ojos, una que no podía dejar pasar. Mientras él trastabillaba, mi mano sujetó su cabeza y la estampó contra la cercana puerta de cristal que cerraba el salón, rompiéndose ésta en mil pedazos. El aullido de dolor que se escapó de su garganta fue estremecedor. Pero yo solo pude sonreír de satisfacción al saberme vencedor de aquel encuentro, de aquella batalla, de haberme cobrado el desagravio por la anterior paliza sufrida.

Renqueante, tomé el camino a la puerta de la casa, ante la mirada horrorizada y temerosa de Sara, acompañado con la música celestial que suponían para mí los alaridos de un Fran que se agitaba en el suelo, cubierto por su propia sangre que emanaba con profusión de las heridas abiertas por los numerosos cristales clavados en su rostro. Salí de allí dando un portazo y dejando atrás, de una vez por todas y de forma definitiva, aquella vida para siempre.

Capítulo 13: Una nueva vida

Cuando salí del que había sido mi hogar durante los últimos años tan solo con lo puesto, al contrario de lo que pudiera parecer, me sentía lleno de vida y con ganas de afrontar los retos que se me planteaban por delante.

Buscar trabajo, quizás mudarme a otra ciudad, conocer gente nueva que nada

tuviera que ver con aquel ambiente tóxico del que me había rodeado... sabía que iba a ser difícil, era consciente de ello y, antes de todo, tenía que acabar con mi recuperación y recibir el alta médica definitiva pero, tal como iban las cosas, tenía claro que iba a ser más pronto que tarde...

Pero lo primero, era ir a un hospital a que me examinaran las heridas por los golpes recibidos. El dolor era atroz y temía tener alguna costilla rota. Por suerte, no fue así. Solo contusiones por los golpes sufridos, nada que unos calmantes y un buen descanso no remediaran.

Y para ello, era necesario encontrar un sitio donde vivir. Aunque Sara cumpliera lo que le había ordenado y abandonara el piso esa misma tarde, por nada del mundo pensaba volver a vivir allí. Aquellas paredes eran un recuerdo constante de todo el daño que Sara me había infringido y no estaba dispuesto a revivir aquello cada vez que cruzase la puerta de mi casa.

No había llegado a la esquina cuando entró la primera llamada de Sara. Lógicamente, no respondí. Y luego una y otra y otra... apagué el teléfono y me deshice de él en la primera papelera que encontré. Cambio de planes, lo primero era hacerme con un teléfono nuevo. Entré en la primera tienda de móviles que encontré y al poco salía con uno nuevo donde nadie iba a molestarme. Vida nueva, contactos nuevos.

Sentado en un banco del parque, me bastó una rápida búsqueda por internet para encontrar unos apartamentos donde instalarme, aunque fuera de forma provisional, hasta encontrar algo más duradero. Animado como hacía tiempo que no estaba, me dirigí allí en taxi. Unas pocas gestiones y ya me hice con un pequeño apartamento donde me instalaría para convertirlo en mi hogar. No era gran cosa: un pequeño salón con la cocina integrada y un pasillo que llevaba al baño y al único dormitorio que tenía, más que suficiente para mí.

Aquella misma tarde, salí a explorar un poco los alrededores para reconocer la zona donde iba a vivir las próximas semanas, conocer los servicios que iba a necesitar para cubrir mis necesidades básicas.

Restaurantes, bares, supermercados, farmacias e incluso un pequeño centro comercial había cerca... satisfecho, y después de haber aprovechado para hacer algunas compras ya que había salido de casa sin nada, decidí regresar a mi apartamento cuando algo llamó mi atención. Era una simple señal de tráfico, una señal que anunciaba que, siguiendo aquella carretera junto a la que me encontraba, se llegaba a un mirador, un mirador que recordaba perfectamente porque, cerca de él era donde había decidido lanzarme al vacío con el coche, donde decidí quitarme la vida.

Aquello no podía ser una coincidencia. No conocía de nada aquella zona pero, aun

así, había alquilado un apartamento junto a la carretera que había recorrido aquella noche en que descubrí la infidelidad y la traición de Sara.

Empezaba a anochecer y no tenía forma de ir hasta allí pero supe que debía ir hasta a aquel lugar donde se me había dado una segunda oportunidad, una posibilidad de comenzar de nuevo. Así que lo primero que iba a hacer al día siguiente, era alquilar un coche para poder desplazarme sin depender de nadie y subir hasta el lugar donde había vuelto a nacer. Resuelto, volví al apartamento donde piqué algo de lo que había comprado. El cansancio por el largo día vivido, intenso a más no poder, el dolor de la paliza recibida y los efectos sedantes del calmante que me tomé hicieron el resto y caí profundamente dormido. Mañana empezaba una nueva etapa en mi vida.

Al día siguiente hice lo que había planeado y alquilé un coche. Conduje hasta el mirador, al lugar donde había ocurrido el accidente, al lugar donde había decidido acabar con todo y donde el destino había decidido darme una nueva oportunidad. Allí de pie, junto a la pendiente donde me había arrojado de forma voluntaria queriendo acabar con el dolor provocado por la persona a la que amaba, fui consciente de la suerte que tenía de seguir vivo y que, por nada del mundo, pensaba volver a cometer una locura como aquella de nuevo.

No, por mucho dolor y mucho daño que me hicieran pasar, siempre me levantaría y buscaría fuerzas para seguir adelante. Jamás volvería a caer en la tentación del camino fácil y afrontaría los retos hasta conseguir mis objetivos y ser feliz con mi vida. Renovado, abandoné definitivamente al antiguo Daniel en aquel mirador y volví sonriente y satisfecho a mi apartamento.

Los siguientes días transcurrieron en una cómoda rutina. Acudía al hospital a seguir mi recuperación, buscaba trabajo, salía a caminar para reforzar mi condición física y acelerar mi recuperación. Eso no quiere decir que fuera todo fácil, todo lo contrario. A veces, en la soledad del pequeño apartamento, recordaba la traición de Sara y todo por lo que había tenido que pasar y me derrumbaba, cayendo mi ánimo bajo mínimos y hundiéndome en la autocompasión. Pero si de algo había servido todo aquello, era que el nuevo Daniel era más fuerte que antes, más seguro de sí mismo y aquellos bajones solo servían para reforzarme, recordarme que debía seguir luchando.

¿Y Alejandra? Seguro que os preguntareis... si buena parte de lo soñado, por no decir casi todo, había resultado ser real... ¿qué pasaba con Alejandra? La respuesta era sencilla. Ni tuve valor ni fuerzas para buscarla. Me daba un miedo atroz confirmar que solo había existido en mi mente, que nada de aquello había sucedido. No estaba preparado para recibir otro golpe de ese calibre, no podría soportar otra brutal decepción en tan poco tiempo y por eso opté por la solución más fácil para mí en ese

momento, aparcar su búsqueda, dejar pasar el tiempo para recuperarme del todo...

Tardé una semana en volver a mi piso donde comprobé que, efectivamente, Sara había abandonado el lugar aunque era evidente que algo había sucedido después de mi marcha.

Había objetos por el suelo, manchas de sangre por doquier y estaba todo desordenado como si allí se hubiera producido una pelea o algo similar. Me daba igual, lo importante era que se hubiera ido. Recogí mis cosas, al menos las que pensaba conservar, y las cargué en el coche. Del resto pensaba deshacerme y poner en venda el piso.

Me costó unos días vaciar el piso y adecentarlo pero, al fin, conseguí dejarlo listo para deshacerme de él. Aquel mismo día lo puse en venda por una agencia y ya no volví a poner un pie en aquel lugar. No me dio pena, la verdad. Sentía que todo lo vivido allí había sido una mentira, una farsa. Así que casi fue un alivio poder desprenderme de aquel piso, casi como cortar el único hilo que me unía a mi anterior vida y a Sara.

Las cosas iban viento en popa. Había recibido el alta, la semana siguiente empezaba en mi nuevo trabajo, el piso pronto se vendería y recibiría un buen dinero y se podía decir que era feliz con mi nueva vida.

Contento por cómo me iban las cosas, decidí entrar en el pub que había justo enfrente de mi apartamento, dispuesto a brindar por mi nueva vida. Pedí una cerveza y fui a sentarme en una de las mesas que estaban libres a esa hora casi de la noche.

Mientras lo hacía, inmerso en mis propios planes, noté que alguien me miraba. Cuando busqué el origen de aquella sensación, descubrí a una chica sentada en otra mesa que me miraba con atención. La observé con detenimiento, rebuscando en mi mente por si la conocía de algo.

Era una chica menuda, apenas 1,60, con pelo corto y oscuro, delgada, con formas poco generosas: poco pecho, poca cintura y poco culo. Pero aun así, se la podía considerar atractiva. No, definitivamente no la conocía de nada.

Ella, viendo que la miraba, no dudó en levantarse y venir a mi encuentro, sonriendo abiertamente, provocando que mi sistema nervioso se alterara al desconocer las intenciones de aquella chica. Mis últimas experiencias con el género femenino no habían sido muy positivas que digamos así que enseguida me puse en alerta.

—Hola, ¿te importa si me siento contigo? —Me preguntó— es que eso de beber sola...

—No, claro —le dije indicándole con la mano la silla vacía que había enfrente, más por cortesía que porque me apeteciera que lo hiciera— toda tuya...

—Gracias —dijo tomando asiento— por cierto, me llamo Celia...

—Daniel —dije yo alargando mi mano que ella rechazó, acercándose para darme dos besos.

—Perdona la confianza —dijo ella viendo mi cara de sorpresa— pero he pensado que como íbamos a ser vecinos, mejor presentarnos como Dios manda ¿no crees?

—¿Vecinos? —Pregunté no entendiendo nada— ¿vives en los apartamentos de ahí enfrente?

—Exacto —dijo ella sonriendo ampliamente— te he visto estos días entrar y salir y he supuesto que eras de los hijos, no de los que van y vienen...y que quieres que te diga, siempre es de agradecer tener cerca a un vecino soltero y guapo...

Me ruboricé con sus palabras y me puse aún más nervioso si cabe. ¿Eran imaginaciones mías o acababa de flirtear conmigo aquella chica?

—¿Acaso he fallado en algo? —me preguntó ante mi silencio.

—Bueno —dije dudando si ser franco con aquella desconocida pero, al final, opté por serlo— has acertado en casi todo...

—Joder... —dijo ella desanimada— si es que lo sabía... era imposible que estuvieras soltero... si es que tengo un ojo...

—Jajaja —le contesté riendo con ganas— no, no... he venido a quedarme una temporada porque acabo de romper con mi novia... en lo que has fallado es en lo de ser guapo...

—Jajaja —se unió ella a las risas— pues menudo peso me has quitado de encima... estos apartamentos suelen llenarse de gente de paso, viajantes y gente que viene a la ciudad a ferias y congresos, ya sabes... tíos en su mayor parte que aprovechan el estar lejos y solos para poner los cuernos a sus mujeres y novias... no veas la de veces que me he dejado engatusar y he acabado en la cama con uno de esos... si es que soy de un ingenuo...

—Pues por mi parte puedes estar tranquila porque aquí el único que lleva cuernos soy yo —le dije confesando el motivo de mi ruptura.

—Vaya, lo siento —dijo poniéndose seria de golpe— aunque, en el fondo me alegro... muy estúpida tiene que ser tu novia para ponerle los cuernos a un tío como tú, guapo y con pinta de buena gente... y si no lo hubiera hecho, no estarías aquí sentado conmigo...

Lo dijo mientras ponía su mano sobre la mía, no sabiendo si pretendía darme consuelo por el mal momento que se suponía debía estar pasando o bien, mostrando el interés que creía que sentía por mí. En todo caso, yo no hice ademán de apartar la mía.

—¿Y tú qué clase de vecina eres? —Le pregunté— ¿de las que están de paso o de las que viven aquí?

—Más bien lo segundo —me confirmó— trabajo de enfermera en un hospital de aquí. Nos trasladaron hace unos meses y, como no nos salía a cuenta alquilar un piso mientras esperábamos una plaza fija en nuestra ciudad, pues optamos por estos apartamentos como medida provisional que ya dura medio año...

—Vaya... ¿nos? —Le dije yo— parece que la que está pillada eres tú...

—Jajaja —rio de nuevo Celia— te equivocas, estoy libre... muy libre... —dijo ella mientras su mano recorría la mía en una caricia que delataba que sí, que estaba interesada en algo más que entablar una buena relación vecinal— ese nos se refiere a mi compañera de apartamento, amiga y compañera de trabajo...

—Ah vale —le contesté— al menos así tienes compañía mientras estés lejos de casa...

—Sí, está bien —replicó ella— aunque por la compañía, si no la tengo, me la busco...

Si aquello no era una insinuación en toda regla... la caricia de su mano que ya llegaba casi a mi antebrazo, su mirada de deseo, su torso algo inclinado intentando darme una mejor visión del canalillo que formaba su pequeño pecho... así lo entendí yo y, evidentemente, mi compañero de abajo que empezó a mostrar síntomas de alegría.

Había roto con Sara así que era un hombre libre, sin ataduras y, contando con todo el tiempo que había estado ingresado y en coma, debía llevar meses sin sexo. Lo único que se le aproximaba era la intentona que había hecho con Sara aquella tarde y que no había acabado muy bien y claro, lo ocurrido con sus amigas pero eso no contaba ya que yo no había tenido ni voz ni voto en lo ocurrido. Ahora se me presentaba una oportunidad para probar si podía mantener una relación normal con otra mujer, si lo que me había ocurrido con Sara, aquel gatillazo, había sido algo fortuito o tenía un serio problema ahí abajo.

—¿Y ya has encontrado a alguien para que te haga compañía? —seguí su juego.

—Puede ser... —dijo con voz melosa— he conocido a un chico guapo y que, por suerte, está soltero...

—Menuda suerte... —seguí jugando— ¿y él que opina? ¿Crees que estará interesado en hacerte un poco de compañía?

—Mmmm... déjame un momento para que lo averigüe... —dijo mientras casi al instante notaba su pie subir por mi muslo y tocar el incipiente bulto que había crecido durante aquella excitante situación— sí... creo que sí... algo me dice que sí está

interesado... algo duro y grande...

Su pie pequeño apretó mi empalmada y, si aún tenía alguna duda, acabé por decidirme.

—¿En tú apartamento o el mío? —solo le pregunté mientras me levantaba de la mesa.

—El mío —decidió ella levantándose a su vez, comprobando cómo sus pezones se marcaban con fuerza en la camiseta.

Pagué las consumiciones y salimos de aquel pub con prisas, cogidos de la mano, deseosos de llegar a su apartamento para culminar lo que acabábamos de empezar de aquella forma tan peculiar, tan especial pero al mismo tiempo tan excitante.

Ella delante guiándome y yo detrás dejándome llevar, subimos hasta el mismo piso en que residía yo, avanzando por el pasillo hasta llegar al apartamento que había justo al lado del mío. Ella metió la llave y abrió la puerta, franqueándome el paso e invitándome a entrar.

Lo hice sin dudar, sin tener tiempo ni para echar un rápido vistazo a su interior ya que enseguida escuché cerrar la puerta tras de mí y unas manos agarrarme para atraerme hasta su dueña que, ni corta ni perezosa, estampó sus labios sobre los míos, besándome con pasión desbordada.

Yo correspondí aquel beso intenso mientras la empujaba hasta apoyarla contra la puerta que acababa de cerrar, convirtiéndome en un pulpo que recorría cada milímetro de su cuerpo. Acaricié su cara de rostro bello, su fino cuello, sus pequeños pero firmes pechos coronados por aquellas dos duricias que levantaban su camiseta, su vientre plano, su espalda, su culo duro y respingón...

Y ella tampoco se quedaba atrás en su exploración pero enseguida me quedó claro que lo que realmente le interesaba estaba pegado a su bajo vientre. Su mano enseguida alcanzó mi erección y se dedicó a masajear mi polla por encima del pantalón, volviéndome loco de excitación. De momento, la cosa funcionaba...

—¿Y tú compañera? —me acordé en aquel instante que no vivía sola.

—No está... ha vuelto unos días a su casa, con su marido... —susurró— tenemos el apartamento para nosotros solos...

No necesité más y ella tampoco. Mientras me afanaba en deshacerme del pantalón y del bóxer, ella entendió mis intenciones y coló su mano bajo su falda, quitándose el tanga que llevaba y apoyándose contra la puerta, esperando que la penetrara.

Desnudo de cintura para abajo, me pegué a ella y alcé su pierna que enroscó en mi cadera, mientras me miraba con una cara de deseo que me encendía y me ponía a mil. Mi mano se coló bajo su falda y acarició su sexo, buscando comprobar cómo de

preparada estaba, encontrando que aquello estaba húmedo y caliente, listo para recibir a mi ariete.

Ayudado por mi mano, rocé sus labios, empapando mi miembro con los abundantes fluidos que se escapaban de su interior, sintiendo como gemía con cada roce que le daba, notando como su pelvis se movía buscando que aquello que notaba la penetrara de una vez.

No la hice esperar ni me hice de rogar más. Mi glande junto a su orificio y fue ella misma que, con su movimiento de caderas, hizo que entrara parte de mi miembro en su interior. Y mientras ella gemía al sentir como mi polla empezaba a rellenarla yo, de un solo empujón y sin darle tregua, acabé de clavársela por completo.

Un hondo gemido se escapó de su garganta mientras entrecerraba sus ojos del placer que empezaba a sentir. Y solo era el principio. Desde el inicio empecé a follarla a un ritmo elevado, empujando dentro de ella como si me fuera la vida en ello, besándonos mientras lo hacía y con mis manos aferradas a su culo que amasaba a mi antojo.

Sus gemidos quedaban ahogados por nuestras bocas unidas, sus manos acariciaban mi culo desnudo y apretaban su carne buscando que empujara más y más, que no dejara de follarla. No pensaba hacerlo. El interior de su coño era estrecho y apretaba mi miembro de tal forma que me proporcionaba un placer casi desconocido. Si eso lo sumamos a los meses de abstinencia y al hecho que, de momento, todo iba viento en popa con mi erección... no, no pensaba parar ni aunque me suplicara que lo hiciera...

Con golpes secos, duros y profundos enterraba mi verga una y otra vez en su interior. Sus pequeños pechos se movían con cada arremetida mía. Su otra pierna se alzaba y se enroscaba en mi cadera al igual que la otra, quedando apoyada contra la puerta, completamente a mi merced y con mis manos sujetando su cuerpo, agarradas a la piel de su trasero que no me cansaba de acariciar.

—Me corro... me corro... — gritó abandonando brevemente mis labios que volví a atacar, buscando probar de nuevo aquella boca e intentando acallar su griterío.

Se corrió al instante, notando como su cuerpo vibraba y la humedad aumentaba en su sexo, apretando aún más mi miembro que, milagrosamente, evitó estallar en su interior.

Aprovechando su estado de relajación y laxitud fruto del orgasmo y sin sacar mi miembro de su interior, la llevé abrazada hasta el sofá que había en medio de aquella sala, tumbándola en él y aprovechando para sacarle su camiseta y su sujetador, descubriendo por primera vez aquellas tetas pequeñas y aquellos dos botones duros y

erguidos en que se habían convertido sus pezones.

Mi boca se apoderó de ellos mientras mi pelvis volvía a la carga, penetrándola de nuevo con fiereza y reanudando otra vez aquel baile de cuerpos moviéndose, de gritos y gemidos resonando por la habitación, de respiraciones entrecortadas buscando un hálito de aire para continuar con nuestra particular batalla.

La segunda vez que se corrió bajo mis fuertes embestidas, con un grito que no pude ni quise reprimir, con su cuerpo agitándose bajo el mío, con su coño tratando de exprimir la polla que la llenaba, no me resistí más y me dejé llevar, explotando en su interior y llenándola con mi leche, alargando su agonía con cada trallazo de mi semen golpeando en su vagina.

No pude más y me dejé caer sobre ella, cuerpo contra cuerpo, fundidos por un prolongado deseo, respirando ambos agitadamente mientras disfrutábamos de aquel momento tan íntimo después de lo que acabábamos de vivir.

Fui el primero en romper aquel momento que se había creado entre los dos, sentándome a su lado y no sabiendo muy bien qué hacer a continuación. Era la primera vez en muchos años que tenía sexo sin compromiso y no sabía cómo comportarme. Si levantarme e irme, besarla e intentar otro asalto...

—Voy a limpiarme un poco —dijo levantándose y dándome un rápido pico en los labios— ahora vengo...

Se perdió en el interior del apartamento y yo no me moví de aquel sofá. Ese ahora vengo me indicó que no quería que me fuera, al menos, no todavía. Aun así, decidí ponerme de nuevo el bóxer para hacer menos incómoda la situación si ella ya no quería nada más por esa noche.

Celia no tardó en aparecer de nuevo, completamente desnuda y mirándome desde el umbral de la puerta.

—Daniel... —me dijo sensualmente— ¿vienes o qué? —Dijo invitándome a seguirla, invitándome a seguir con lo que habíamos comenzado allí y que íbamos a acabar en su habitación... —ah... y quítate eso... no lo vas a necesitar...

Celia se dio la vuelta y desapareció camino a su dormitorio. Yo me alcé al instante, quitándome en una exhalación mi bóxer y saliendo en su búsqueda, dispuesto a seguir disfrutando de aquella chica que acababa de conocer y que suponía un nuevo paso en mi nueva vida, mi primera mujer después de Sara...

Capítulo 14: La compañera de piso

Durante los siguientes días, o bien en su apartamento o bien en el mío, Celia y yo

compartimos sexo y cama. Para mí era mi primera mujer después de muchos años entregado en cuerpo y alma a Sara y para ella, disfrutar de un buen amante justo al lado de su casa. Los dos teníamos claro que aquello era sexo y solo sexo, ninguno de los dos buscaba algo distinto y aceptábamos como buena aquella situación.

Fue durante esas semanas que llevaba durando nuestra particular relación, que conocí la historia de su compañera de trabajo, historia que Celia me contó en aquellos ratos entre polvo y polvo, cuando relajados y satisfechos hablábamos de cualquier cosa de nuestras vidas.

Ausente aquel primer día y los siguientes, supe por boca de Celia que había regresado con su marido por un tiempo con la intención de resolver los problemas que tenían en su relación.

Me contó que eran amigas desde la adolescencia. Las dos habían estudiado juntas y luego, cada una en su especialidad, habían encontrado trabajo en el mismo hospital, afianzando y estrechando aún más su buena relación. Y eso, a pesar de ser completamente diferentes la una de la otra.

Mientras Celia era una mujer abierta y extrovertida Sandy, su amiga, era tímida y algo retraída. La una soltera y orgullosa de serlo y la otra casada con el primer hombre con el que había estado. Fue en ese tema donde más se explayó Celia, contándome las vicisitudes de un matrimonio que, por lo visto, no iba nada bien.

Se casaron jóvenes, para ella él era el primer hombre que había conocido, del que creía estar enamorada pero, dándose cuenta con el tiempo, que no tenían nada en común y que al final pocas cosas les unían. Aun así, se resistía a acabar con su relación. Cuando les salió aquel traslado, Celia convenció a su amiga para que la acompañara y así, estando separada de él, ver si realmente lo quería o no, ver con cierta distancia si valía la pena seguir intentándolo o daba por terminada la relación.

Y por lo visto, durante esa separación ella había conocido a otro hombre, sintiendo cosas por él que no había sentido nunca, dándose cuenta lo que era el amor por primera vez en su vida, descubriendo que lo que la había unido a su marido no era amor ni por asomo, solo cariño.

Pero las cosas nunca son sencillas y para muestra, mi propia vida. El hombre del que se había enamorado tenía pareja y ella también, entrando en conflicto esa situación con su educación conservadora y sus principios morales. Al final, confundida e indecisa, había decidido volver a su hogar e intentar arreglar las cosas con su marido. Y, aunque las cosas no habían mejorado entre ellos, su ausencia ya se alargaba un mes y, de momento, no daba señales de ir a volver pronto.

A pesar de no conocerla, establecí con ella un vínculo anímico, sintiéndome

identificado con su historia y profesando lástima por aquella mujer que tan mal lo estaba pasando y cierta empatía con ella, atrapada emocionalmente como estaba con una pareja que no se merecía.

Los días y semanas fueron pasando. Yo estaba totalmente amoldado a mi nueva rutina: trabajo, ejercicio y sexo desenfrenado con Celia. Atrás habían quedado los recuerdos de Sara y de todo lo que había sucedido entre nosotros, como algo lejano y que no valía la pena recordar. Excepto Alejandra. Aun la seguía teniendo presente, imposible de olvidar, volviendo a mi mente de forma cada vez más recurrente aquel encuentro en la cama del hospital. Pero seguía resistiéndome a salir a buscarla, temeroso de lo que pudiera encontrar.

Había pasado un mes desde nuestro primer encuentro, estaba en la cama de Celia, después de otra noche de sexo desenfrenado, cuando escuché un ruido al otro lado de la pared. Me removí algo confuso y desorientado, sin acabar de situarme donde estaba. Un gemido a mi lado me hizo ser consciente que no estaba solo en aquella cama y, con solo un vistazo, se hizo la luz en mi cabeza.

A mi lado, desnuda y dándome la espalda, dormía Celia. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras recordaba el polvo que habíamos echado la noche anterior en el salón aprovechando tener el apartamento a nuestra disposición debido a la ausencia de su amiga y compañera.

Un nuevo ruido llegó de la habitación de al lado y me acabé de despertar del todo. Celia no me había dicho nada que fuera a volver su amiga Sandy... Acaricié la espalda desnuda de mi compañera de cama y ella gimió de gusto con aquella sutil caricia.

—Déjame dormir... —murmuró— ¿es que no tuviste bastante anoche?

—Es que me he despertado al escuchar un ruido —le dije repitiendo el roce con su piel.

—Debe ser Sandy... —siguió diciendo en voz baja— me llamó ayer para decirme que volvía... anda, duérmete de nuevo... y no hagas ruido, que aquí se oye todo...

—Lo podemos hacer en silencio... —le dije en tono cariñoso.

—Para... —me dijo con voz adormilada— y no quiero hacerlo estando ella en el apartamento... la pobre está pasando un mal momento...

—Ya... —dije yo recordando lo que me había explicado.

—Sí... —dijo tratando de volver a dormirse— la pobre lleva meses sin follar y me da cosa hacerlo con ella al otro lado de la pared... es mi amiga y no quiero que pase un mal rato escuchándome mientras ella está a dos velas...

— Pero oye, ¿al final ha arreglado lo suyo con su marido? —pregunté siguiendo con mis caricias.

—No... —dijo suspirando quedamente— por lo que me dijo, creo que ha decidido dejarlo definitivamente... por eso ha vuelto, no tenía sentido continuar con algo que no tenía futuro... y estate quieto, por favor, que aún me duele todo de ayer noche...

—Vale... le dije besándole el cuello por última vez y acomodándome a su espalda— me portaré bien...

—Gracias... —dijo casi en un susurro— ahora a dormir un poquito más...

Celia se durmió casi al instante y a mí me costó un poco más pero, al final, conseguí volver a dormirme, abrazado a ella y envuelto en el silencio en el que se había sumido el apartamento.

Cuando me desperté, el sol ya entraba por la ventana y la cama estaba vacía. No tenía ni idea que hora era ni donde estaba Celia y no tenía forma de saberlo ya que mi ropa y mis cosas estaban en el salón que era donde me había quedado desnudo. Allí tumbado en aquella cama, esperé un rato a ver si aparecía Celia pero, no haciéndolo, decidí arriesgarme a salir con el temor de ser pillado en pelota picada por su amiga.

Abrí la puerta de la habitación procurando no hacer ruido alguno y asomé la cabeza, asomándome al pasillo y no viendo nada, no escuchando nada. Eso me dio ánimos para seguir con mi plan y salí decidido camino al salón donde debía estar mi ropa con la que ocultar mi desnudez y volver a mi apartamento.

Llegué al salón donde reinaba un silencio sepulcral y busqué por el suelo los restos de la batalla que Celia y yo habíamos mantenido la noche anterior. Pero nada, ni rastro de mis pertenencias.

—Tu cosas están encima de la mesita de la esquina —dijo una voz femenina a mi espalda, una voz que me sonaba de algo pero que, de ninguna manera, correspondía a Celia.

Me giré buscando el origen de aquella voz, encontrándome con una mujer situada en la entrada de la cocina, vestida con una camiseta de tirantes y unas braguitas, mirándome risueña a través de sus gafas de pasta, cambiando su rostro cuando reconoció el mío, pasando de divertida por la situación tan cómica al encontrarse a un tío desnudo en su piso a sorprendida por mi aparición, apartándose algo nerviosa un mechón de cabello pelirrojo que caía sobre su rostro.

—¿Daniel? —dijo ella con extremo desconcierto.

—¿Alejandra? —dije yo totalmente turbado por la sorpresa.

Sí, la mujer que me miraba con atención y totalmente desorientada mientras sostenía una taza de café en su mano, que escrutaba mi cuerpo completamente desnudo, era Alejandra. Aquella Alejandra que no existía. Aquella Alejandra que era fruto de mis alucinaciones. Aquella Alejandra que había desaparecido de mi vida al

operarme y que pensaba que no iba a volver a ver porque me habían hecho creer que era producto de mi fantasía. Aquella Alejandra que me había follado en mis sueños y por la que sentía algo más que una simple atracción física.

Y allí estaba, en carne y hueso, dejándome completamente paralizado y sin poder de reacción, anonadado por su presencia.

—Buenos días, Sandy. No sabía que os conocíais... —preguntó Celia que, por lo visto, lo había visto todo.

¿Sandy? ¿La amiga y compañera de piso de Celia siempre había sido ella, Alejandra? Mi cabeza funcionaba a mil por hora, encajando todas las cosas que me había contado Celia sobre ella: su matrimonio fracasado, sus dudas al haberse enamorado de otro hombre que también tenía pareja, su huida en busca de respuestas... ¿Acaso era yo ese hombre? ¿Ese hombre que la había hecho conocer el amor?

Mientras mi cabeza bullía con todos esos pensamientos, me giré buscando a Celia, descubriéndola junto a la puerta y envuelta en una toalla. Eso explicaba porque no estaba en la cama y porque no la había encontrado, estaba en la ducha.

—Sí —dijo Alejandra— es el chico del accidente...

—No jodas... —dijo Celia avanzando hacia ella— ¿el que sacaste del coche? ¿El que estuviste tratando esas semanas? El tío del que estás....

—El mismo... —dijo ella interrumpiéndola, algo ruborizada y dando un sorbo a su taza— lo que no entiendo es que hace aquí...

—¿Te acuerdas que te dije que llevaba un tiempo acostándome con un chico? —dijo nerviosa Celia— no sabía quién era... te juro que...

—Tranquila —le contestó ella cogiendo su mano— no podías saberlo...

Y a todo esto, yo seguía atónito aquella conversación sin entender nada y sin ser consciente que seguía completamente desnudo.

—¿Y qué tal? —le preguntó Alejandra a Celia.

—Uff... genial... —le contestó con una sonrisa— es guapo y está bueno eh...

—Ya te digo... —dijo Alejandra y notando el escrutinio de las dos mujeres, despertando de mi letargo y dándome cuenta de mi desnudez.

Me cubrí mis partes con rapidez y me apresuré a ir en busca de mi ropa, poniéndome el bóxer y tapando en parte mi desnudez antes de intentar averiguar de qué iba todo aquello, qué estaba pasando.

—No entiendo nada —le dije a Alejandra— tú se suponía que no existías...

Las dos se miraron y estallaron a reír, acrecentando mi malestar.

—Pues a mí me parece bien real... —dijo Celia dándole una palmada en el culo de

Alejandra.

—Oye... —protestó alegremente Alejandra— esas manos...

—No sé porque dices eso —dijo Celia— pero Alejandra fue la que vio tu accidente, la que llamó a la ambulancia y la que, mientras llegaban, te dio los primeros auxilios... gracias a ella estás vivo...

—Tampoco es para tanto... —intentó restarle importancia Alejandra.

—Sabes que es verdad lo que digo —contestó con seriedad Celia— y después, te estuvo tratando en el hospital, intentando ayudarte a recuperar la memoria... al menos, hasta que tu novia le prohibió que lo hiciera...

—¿Qué? —Dije totalmente confundido— ¿Sara? ¿Ella sabía que eras real? ¿Qué no eran alucinaciones mías?

—¿Alucinaciones? —preguntó Alejandra.

—Sí... —dije yo— después de despertar del coma... del segundo... pregunté por ti, por mi sicóloga o la que yo creía que era mi sicóloga... y me dijeron que nunca habías existido, que había tenido alucinaciones provocadas por un hematoma en la cabeza... que todo lo que creía haber visto, escuchado no era real, todo una alucinación que, al operarme, iba a desaparecer de mi mente...

Alejandra y Celia se miraron sorprendidas e impresionadas por mis palabras.

—Bueno... —dijo Alejandra— pues es evidente que eso no es cierto. Como sicóloga tuya cada mañana te visitaba, me contabas todo lo que ibas recordando, todo lo que ibas recuperando de tu mente, de tu pasado... fragmentos de memoria, me decías...

—¿Entonces no recuerdas nada más? —Preguntó Celia— ¿Nada de lo que pasó entre vosotros?

—¡Celia! —le recriminó ella.

—¿Entre nosotros? —Dije confundido— no sé...

Lo dije mientras por mi mente pasaban las imágenes de lo que pensaba que nunca había ocurrido aquella mañana, cuando besé a Alejandra, cuando toqué sus pechos, sus muslos, su sexo... ¿acaso sí había sucedido? ¿Podía ser que sí hubiera pasado todo aquello? ¿Qué todo hubiera sido real?

Ellas me miraban curiosas y con claros signos de ansiedad mientras yo hacía como que trataba de recordar, poner en orden mis pensamientos, mis recuerdos. ¿Sería aquello de lo que estaban hablando o acaso se referían a algo más mundano, algo menos erótico?

—Ahora mismo no se me ocurre nada... —le mentí— ¿qué es lo que debería recordar?

—Nada —se apresuró a contestar Alejandra— no hay nada que recordar...

¿Parecía defraudada con que no hubiera recordado lo que fuera que había pasado? Celia, sin embargo, me escrutaba con detenimiento, buscando cualquier indicio que me delatara, sonriendo al final.

—Mientes —me dijo con decisión— sí que recuerdas algo...

—Déjalo ya, Celia... —le pidió su amiga— ya te ha dicho que no recuerda nada...

—¿Ah sí? ¿Y si no recuerda nada porque se le ha puesto la polla morcillona? —dijo Celia haciendo que los tres nos fijáramos en mi entrepierna.

Me puse rojo al descubrir que era verdad e, inútilmente, traté de cubrirme con mis manos, tratando de ocultar mi estado de semierección. Celia sonreía triunfante y Alejandra me contemplaba con un brillo en sus ojos mientras, casi como sin querer, daba un par de pasos en mi dirección.

—¿Qué es lo que recuerdas, Daniel? —Me preguntó Alejandra— ¿qué recuerdas de aquella mañana, la última que estuvimos juntos?

—¿La última mañana? —dije con nerviosismo recordando. ¿Sería posible que sí fuera cierto?— recuerdo algo pero, no sé si sucedió o no...

—¿El qué? —Preguntó a su vez Alejandra avanzando un poco más— dímelo, sin miedo... y yo te diré si pasó o no...

—Pero no te enfades con lo que voy a decirte —le pedí mientras tragaba saliva nervioso por la situación— recuerdo besarte...

—¿Y qué más? —Me preguntó ella con una sonrisa en su boca— ¿Qué pasó además de ese beso?

—Toqué y besé tus pechos —dije con mayor seguridad al ver aquella sonrisa, como si mis palabras le hubieran proporcionado una gran alegría— recuerdo acariciar tu cuerpo hasta llegar a tus braguitas húmedas donde, al final, te echaste atrás, parando todo aquello, alegando que estabas casada y que no estaba bien aquello...

—Entonces lo recuerdas... —me dijo ella satisfecha y acortando hasta la nada la distancia entre los dos cuerpos— no podía hacerlo, no entonces... estaba echa un mar de dudas, me sentía atraída hacia ti pero aún no tenía las cosas claras con mi matrimonio, si seguir luchando o darlo por acabado... por eso me fui de aquella manera...

Alargó su mano y tocó mi mejilla, notando un estremecimiento en mi piel a su contacto. Volví a recordar aquellas imágenes pero ahora con total nitidez, como si se estuvieran produciendo en aquel mismo instante en aquella estancia.

—Y justo al salir de la habitación, totalmente confundida con lo que sentía, me topé con tu novia... —me dijo Alejandra— lo había visto todo, me prohibió que me acercara a ti, me acusó de aprovecharme de tu estado mental para embaucarte y me

amenazó con denunciarme... y por eso decidí apartarme, desaparecer por un tiempo... no tenía opción ...

Alejandra me miraba de una forma que nunca había visto, los ojos empañados en lágrimas que no tardaron en empezar a caer mejilla abajo, lágrimas cuyo avance detuve yo con el dorso de mi mano acariciando su rostro.

—Pese a todo, fui a verte una última vez, a despedirme de ti, a decirte que te quería pero que lo nuestro no podía ser, que ambos teníamos pareja y que aquello que habíamos hecho no estaba bien... —recordó con amargura— al verte allí, de aquella manera... se me cayó el mundo encima... me enteré que llevabas en coma desde el día que nos habíamos despedido de aquella manera tan repentina y brusca...lloré sintiéndome en parte responsable de tu estado... allí a tu lado lloré como nunca lo había hecho... no podía creer que la vida fuera tan injusta... tú, en coma y atado a una mujer que te era infiel... yo, atada a un hombre al que no quería mientras el que quería y deseaba se debatía entre la vida y la muerte, sin saber si volvería a despertar alguna vez...

Alejandra lloraba amargamente, la acogí entre mis brazos, consolándola y reconfortándola.

—Pensaba que te había perdido, que no volvería a verte nunca más... —dijo entre sollozos— por eso me fui, volví a casa a intentar arreglar mi relación con mi marido... no quería sufrir más, hacerte sufrir más...

—Ese mismo día desperté —le confesé— sentí desde donde estaba como me llamabas y por eso volví... para volver a estar a tu lado...

—¿Pero y tu novia? —me preguntó ella con ansiedad y su rostro mojado por sus lágrimas.

—Han roto —le aclaró Celia hablando por primera vez desde que habíamos empezado nuestra confesión— por eso está viviendo aquí...

—¿En serio? —Dijo ella con una exultante alegría— me alegro que hayas dejado a esa zorra infiel...

—¿Y tu marido? —le pregunté a mi vez— ya te has aclarado y sabes lo que quieres...

—Lo supe desde el momento en que pisé el que había sido mi hogar aunque quisiera engañarme... —dijo con ternura— ni un solo momento dejé de pensar en ti, de acordarme de ti, de lo que me hiciste sentir en aquellos breves momentos que compartimos... no lo quiero y sé que nunca lo he querido, te quiero a ti... solo a ti... nunca más volveré a alejarme de ti...

Sobraban las palabras. Acerqué mis labios a los suyos, fundiéndonos en un beso

como aquella mañana en la cama de ese hospital donde tanto tiempo pasé. Con la diferencia que ahora sabía que aquello era real, muy real y que nadie ni nada nos iba a interrumpir ni a detener.

El beso, cariñoso y tierno al principio, fue intensificándose por momentos, convirtiéndose en una intensa batalla donde no había ni vencidos ni vencedores, solo una ardiente lucha entre nuestros labios y lenguas buscando conocer cada recoveco de la boca del otro.

Nuestros cuerpos pegados y casi desnudos, se rozaban a cada mínimo movimiento, subiendo nuestra temperatura hasta niveles inaguantables.

—Será mejor que os vayáis a una habitación —dijo Celia aguantándose la risa— que al final me vais a poner a mi cachonda también... y no respondo de mí...

Alejandra le sonrió, me cogió de la mano y me guio pasillo adentro camino de su dormitorio donde íbamos a culminar lo que acabábamos de empezar.

—Gracias —le dijo al pasar junto a su amiga— por devolvérmelo y haberme apoyado este tiempo... y lo siento, pero ya puedes irte olvidando de él que ahora es mío y solo mío...

—Lo sé —dijo Celia riendo— anda y pasa un buen rato, que te lo mereces... os lo merecéis...

Le dio una cachetada a su amiga, que rio y continuó guiándome hasta su cama, sonriendo yo a mi vez a Celia agradeciéndole lo que hacía y su comprensión.

Entramos en el dormitorio y enseguida tuve encima a una desatada Alejandra, que no cejaba en besarme con pasión, con sus manos recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Lo mismo estaban en mi nuca, apretando mi cabeza contra la suya, estrechando el choque de nuestros labios que bajaban por mi espalda desnuda hasta alcanzar mi culo aun cubierto por el bóxer, colándose dentro en su avidez por culminar lo que tanto deseaba.

Y yo, contagiado por su calentura, no tardé en posar mis manos en aquellos pechos que se adivinaban desnudos debajo de la camiseta que llevaba, palpando su carne firme y generosa, notando los dos bultos que se alzaban en el centro de ellos, delatando su excitación.

—¿Te gustan? —Dijo ella separándose levemente, cogiendo la parte inferior de la camiseta y alzándola por su cabeza, desprendiéndose de ella— son todo tuyas...

Me abalancé sobre ellas, acariciándolas ahora sin ropa de por medio, haciendo míos aquel par de senos que no podía cubrir con mis manos, llevándolas a mi boca que saboreé como si me fuera la vida en ello, recorriéndolas con mis labios, con mi lengua.

Alejandra, disfrutando de la atención que le daba a sus tetas, solo acariciaba mi

cabeza y la apretaba contra ellas, animándome a seguir disfrutando, animándome a seguir dándole placer.

—Sigue así, Daniel... sigue comiéndolas... joder, sí... qué gusto

Espoleado por sus palabras, chupaba una teta y lamía su pezón mientras la otra recibía la atención de mi mano que la amasaba con devoción, gozando casi hasta el delirio con aquel par de pechos que nunca pensé volvería a tener a mi disposición.

Pero quería más, necesitaba más. Y ella también. Mi otra mano bajó y se coló sin miramientos bajo su braguita, acariciando su rajita mientras esperaba, expectante, alguna reacción por su parte, recordando que fue en ese instante cuando la otra vez lo paró todo.

Pero eso no sucedió. De su boca solo salió un largo gemido cuando mis dedos recorrieron sus labios, ladeando levemente su cabeza y entrecerrando sus ojos, abriendo levemente sus piernas para facilitarme aún más mi acceso a su sexo, sexo que notaba húmedo y caliente a rabiar.

—Sigue por dios... no pares... —me rogó ella ante mis dudas.

¿Necesitaba algo más? Mis dedos recorrieron con avidez su raja mientras mi boca se daba un festín con sus tetas y ella no paraba de gemir y suplicar que siguiera, que no parara, que le diera más y más...

Sutilmente la fui guiando hasta la cama, dejándola caer sobre ella y yo observándola desde arriba, viendo su rostro encendido por la felicidad, la excitación y su cara de deseo. Me arrodillé ante ella, cogí los bordes de su braguita y la fui bajando hasta quitárselos por completo, quedando ante mí su sexo cubierto por una fina capa de vello rojizo que me hizo encender aún más.

—Ábrete cielo —le pedí ansioso.

Ella obedeció y abrió sus piernas al máximo, descubriendo como su sexo se abría ante mí, ofreciéndomelo. De nuevo, me abalancé sobre ella, hundiendo mi rostro en su entrepierna. Mi lengua recorriendo sus labios húmedos y cálidos, mis manos sus muslos firmes y generosos, sus manos aferrando mi cabeza mientras empezaban a escucharse los primeros suspiros que su boca dejaba escapar.

Apenas llevaba un par de minutos disfrutando de su sexo cuando noté como se agitaba su cuerpo y un gemido agónico salía del fondo de su garganta, indicándome que se había corrido por primera vez. Pero no por eso dejé de atacar su sexo, de seguir lamiendo y chupando, de seguir alargando su placer y su agonía.

Y no satisfecho con ello, añadí a su particular tortura dos de mis dedos colándose en su interior, penetrándola con avidez mientras mi boca se dedicaba ahora a martillar contra su inflamado clítoris, llevándola a un cúmulo de sensaciones que la

hicieron gritar, suplicar, gemir y, al fin, aullar su segundo orgasmo, mucho más intenso que el primero. Su cuerpo se arqueó, sus piernas se cerraron detrás de mi cabeza, sus ojos se cerraron y su boca abierta buscaba aire mientras exhalaba aquel grito que debió escuchar Celia en su habitación.

Viéndola en ese estado, ahora sí decidí darle una tregua y me subí a la cama, acostándome a su lado, acariciándola con ternura mientras la veía, poco a poco, recuperándose del placer extremo que acababa de sentir.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Mejor que nunca... —me dijo girándose hacia mí— pero ahora me toca a mí...

De rodillas en la cama, empezó a besar mi pecho mientras iba descendiendo de forma lenta pero sin pausa en busca de su objetivo que no tardó en alcanzar, primero con su mano que cogió mi verga medio empalmada y que empezó a pajear, y luego con su boca que empezó a lamer el tronco de mi miembro, consiguiendo que casi al instante se pusiera dura y firme, lista para hacerla gozar.

En aquella postura, dejándome al alcance su espalda y su trasero apetecible, no dudé en alargar mi mano y acariciar la parte baja de su espalda y, en especial, su culo que se agitaba fruto de sus movimientos sobre mi polla, incitándome a tocarlo, acariciarlo, besarlo y lamerlo.

Alejandra, después de lamer todo mi miembro, se metió buena parte de él en su boca, empezando un vaivén que me hizo ver las estrellas. Desde mi posición veía perfectamente como su boca engullía con gula mi polla mientras con su mano pajeara la parte que era incapaz de tragar, su rostro de pura lujuria parcialmente oculto por su cabellera rojiza que le caía sobre su cara, sus grandes pechos bamboleantes rozando mi muslo y mi vientre... una visión sublime...

Con mis manos en sus nalgas, acariciándolas, y mi boca buscando sus dos orificios, chupándolos y lamiéndolos, busqué devolverle parte del placer que me estaba dando aunque claramente ella estaba ganando aquella partida.

—Como sigas así voy a correrme... —le avisé anunciándole lo inevitable.

—De eso nada —dijo abandonando su tarea— necesito sentirla dentro...

Se dio la vuelta, quedando frente a mí, subiéndose a horcajadas y encarando mi dura verga a la entrada de su sexo. Con sus manos en mi pecho y las mías en los suyos, se fue dejando caer tragando poco a poco toda mi polla hasta enterrarla por completo en su interior.

Los dos exhalamos un suspiro de placer al sentirnos unidos de aquella manera, mirándonos con cariño y buscando nuestros labios que se volvieron a enzarzar en una nueva batalla. Mientras lo hacíamos, Alejandra empezó a moverse de forma lenta y

cadenciosa, haciéndome notar cada centímetro de su estrecha vagina, extasiándonos a ambos con aquel roce martirizador.

En aquella postura sus pechos se rozaban con el mío, notando sus erectos pezones arañar mi torso, dándome un extra de placer. Mis manos buscaron su culo, que aferraron con decisión, ayudando en su tarea de subir y bajar sobre mi enhiesto falo.

De forma lenta pero inexorable, la cadencia de la cabalgada fue subiendo de intensidad a la vez que la pasión y la lujuria volvía a tomar el control de nuestros cuerpos y mentes, convirtiéndose al poco tiempo en una frenética montada donde ella literalmente saltaba sobre mi cuerpo, clavándose sin piedad sobre mi dura verga.

No tardó en correrse de nuevo Alejandra, de nuevo otra vez gritando su éxtasis, su cuerpo contorsionándose y su rostro demudándose fruto del intenso placer que estaba recorriéndola entera, cayendo sobre mi cuerpo que la recibió en un abrazo caluroso pero aún lejos de mi orgasmo.

Completamente a mi merced, la volteé quedando ella bajo de mí y todavía ensartada en mi miembro, empezando un lento mete saca que hizo que Alejandra poco a poco fuera recuperándose, volviendo a entregarse por completo a aquel polvo que estábamos disfrutando, enlazando sus manos y piernas con mi cuerpo, convirtiéndonos en uno.

De nuevo poseídos por el placer, los movimientos se fueron acelerando y ganando en intensidad, estando al poco tiempo ya arremetiendo con vigor contra su encharcado coño que se deshacía bajo mis intensos esfuerzos por complacerla.

Alejandra, completamente desatada, gemía sin parar, suplicaba que no parara, rogaba que siguiera, anhelaba que aquello no acabara nunca. Yo, bufando como un toro y sin dejar de empujar una y otra vez, cada vez más cerca de mi orgasmo e intuyendo que llevando a Alejandra al suyo, hice un último esfuerzo apoyando mis brazos en sus costados para ganar ímpetu y profundidad, ayudado por sus manos que estrujaban mis nalgas deseando aquel último cambio de ritmo, el definitivo.

Y así fue. Apenas un minuto después ambos estallábamos al unísono en un orgasmo liberador, el primero mío y el cuarto suyo, unidos por aquel abrazo carnal que impidió que pudiera salirme de ella, derramando mi esencia a borbotones en su interior.

Abrazados, exhaustos pero completamente satisfechos nos quedamos dormidos ambos, juntos en aquella cama, sellando el principio de algo que solo el tiempo diría si nos llevaría a algo.

Después de aquel día, muchas cosas cambiaron en mi vida. Lo primero, Alejandra prácticamente se mudó a mi apartamento donde compartíamos todo, conociéndonos,

sentando las bases de nuestra relación, de nuestra vida en común. Porque ambos sabíamos que queríamos seguir con aquello y a fe que lo estábamos consiguiendo.

Apenas llevábamos una semana viviendo juntos cuando ella volvió seria del trabajo, diciéndome que teníamos que hablar.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté preocupado por su seriedad.

Ella me miró, sopesando como decirme aquello tan importante que tenía en mente, cómo hacerlo para no causarme daño.

—Sí —dijo atenta a mi reacción— hoy he visto a Sara en el hospital...

Otra vez ella. Sara de nuevo. Cuando todo parecía haber quedado atrás, ser un mero recuerdo del pasado, volvía a hacer acto de presencia. Frente a mi sorpresa y desconcierto inicial, intenté reponer mi ánimo, por nada del mundo estaba dispuesto a que esa figura no deseada incidiera de alguna manera en nuestras vidas.

—¿Cómo? —Dije empezando a cabrearme— Como se ha haya atrevido a...

—No es eso, Daniel —me cortó en seco — ella no me ha dicho nada porque acababa de despertarse... por lo visto llevaba en coma desde el día de vuestra ruptura y hoy, por fin, parece que ha salido de él... y ha preguntado por ti de forma insistente, por eso me he enterado que estaba en el hospital. Una compañera ha recordado que yo te visitaba y creía que yo podía conocer tu paradero...

—No le habrás dicho nada... —le pregunté.

—No, no le he dicho nada pero, sinceramente, creo que deberías ir a verla —me dijo Alejandra— tú has rehecho tu vida, los dos estamos en ello... al menos, deja que ella rehaga lo suya...

—¿Y quién se lo impide? —le contesté con rabia— que se vaya con su maldito amante...

—Ni puede ni quiere, nunca lo haría —me dijo— ha estado en coma por culpa suya... por lo visto hubo una pelea después que tú te fueras. Él acabó con su rostro incrustado contra una puerta de cristal, sangrando y con su cara medio desfigurada y Sara, le culpó de vuestra ruptura. Una cosa llevó a la otra y él empezó a golpearla hasta hacerla perder el sentido... suerte que por lo visto había alguien más en la casa y pudieron evitar que él la matara que si no quizás estaríamos lamentando algo peor...

Yo callé, apesadumbrado por lo que estaba escuchando. Ahora entendía el caos en el que estaba el salón cuando volví al piso. Y me sentí culpable ya que yo fui el detonante de la posterior pelea que llevó a Sara a su actual estado.

—A Fran lo detuvieron y está en la cárcel —siguió explicándome Alejandra— en serio Daniel, debes verla... ella necesita tu presencia para acabar esto... por ti y por ella, necesitáis cerrar una etapa que aún no está cerrada...

Solo asentí. Dos días más tarde, fui al hospital acompañado por Alejandra. No quería que Sara se hiciera ideas raras, quería que le quedara claro que lo nuestro estaba acabado y que ya había rehecho mi vida con otra persona, una persona que por celos, egoísmo o miedo ella había intentado apartar de mi vida.

Cuando entré en la habitación y la vi, algo se removió por dentro. Tumbada en la cama, llena de vendajes, el cuerpo lleno de moratones, extremadamente delgada... era una sombra de la mujer que había sido. Ella me miró, con unos ojos apagados, faltos de su habitual fuerza y viveza. Ojos que brillaron fugazmente al reconocermela.

—¡Daniel! —dijo con alegría cuando me vio entrar pero enseguida su rostro se demudó al ver a mi acompañante, reconociéndola al instante, comprendiendo la realidad.

—Sara... —dije serio— me alegro que estés mejor... ya me han explicado lo sucedido, me enteré hace tan solo un par de días...

Ella solo asintió y no dijo nada, mirándonos a los dos, como intentando descifrar que tipo de relación había entre ambos.

—Solo he venido a verte porque me han dicho que no hacías más que preguntar por mí... pues bien, aquí estoy... —dije hablando con firmeza— pero no quiero que te confundas, lo que te dije iba en serio... lo nuestro está acabado y, como habrás podido ver, he encontrado a Alejandra y estoy muy feliz con ella...

Vi su rostro sumirse en la tristeza y lágrimas empezar a caer por sus mejillas, provocándome una intensa pena al verla en aquel estado desvalido.

—Mira Sara —le dije cogiendo su maltrecha mano, acariciándola con ternura— no he venido a causarte más daño... bastante te has hecho tú sola... tampoco he venido a perdonarte, no puedo ahora mismo... quizás, con el tiempo, lo haga pero ahora mismo me es imposible... pero no te guardo rencor y deseo que te vayan bien las cosas, por los buenos tiempos que pasamos... por eso, cuando salgas de aquí, quiero que rehagas tu vida y empieces de nuevo como ya he hecho yo...

—No podré Daniel... —dijo entre sollozos— tú eres lo más importante para mí, lo que más quiero... aunque no haya sabido demostrártelo como te mereces...

—Sí podrás, Sara —le dije dándole ánimos— eres una mujer fuerte y saldrás adelante... estoy seguro de ello... algún día encontrarás a alguien que pueda darte lo que tú necesitas, alguien que te entienda y te comprenda... estoy plenamente convencido que lo harás...

Sara siguió un rato llorando y yo, allí, a su lado. Cuando consiguió calmarse, me levanté, acaricié por última vez su mano temblorosa y me fui junto a Alejandra que no se había movido desde que habíamos entrado, cogiéndola de la mano, recalando así

el mensaje que quería transmitir que lo nuestro estaba más que acabado.

—Alejandra... —dijo Sara y ambos la miramos expectantes— cuídalo, por favor... cuídalo como yo no he sabido hacer... se merece ser feliz...

—Lo haré —dijo ella apretando aún más mi mano— cuídate Sara...

—Adiós Sara —le dije mirándola por última vez— que te vaya todo bien...

Salí de aquella habitación sin saber que no iba a ver a Sara en muchos años. Cuando llegamos al apartamento, llevé a Alejandra a nuestra cama a hacerle el amor, cosa que necesitaba hacer urgentemente. Quería confirmar así, por si tenía alguna duda, que ella era mi mujer ahora y lo sería siempre, la que había escogido para compartir el resto de mis días.

Capítulo 14: La compañera de piso

Durante los siguientes días, o bien en su apartamento o bien en el mío, Celia y yo compartimos sexo y cama. Para mí era mi primera mujer después de muchos años entregado en cuerpo y alma a Sara y para ella, disfrutar de un buen amante justo al lado de su casa. Los dos teníamos claro que aquello era sexo y solo sexo, ninguno de los dos buscaba algo distinto y aceptábamos como buena aquella situación.

Fue durante esas semanas que llevaba durando nuestra particular relación, que conocí la historia de su compañera de trabajo, historia que Celia me contó en aquellos ratos entre polvo y polvo, cuando relajados y satisfechos hablábamos de cualquier cosa de nuestras vidas.

Ausente aquel primer día y los siguientes, supe por boca de Celia que había regresado con su marido por un tiempo con la intención de resolver los problemas que tenían en su relación.

Me contó que eran amigas desde la adolescencia. Las dos habían estudiado juntas y luego, cada una en su especialidad, habían encontrado trabajo en el mismo hospital, afianzando y estrechando aún más su buena relación. Y eso, a pesar de ser completamente diferentes la una de la otra.

Mientras Celia era una mujer abierta y extrovertida Sandy, su amiga, era tímida y algo retraída. La una soltera y orgullosa de serlo y la otra casada con el primer hombre con el que había estado. Fue en ese tema donde más se explayó Celia, contándome las vicisitudes de un matrimonio que, por lo visto, no iba nada bien.

Se casaron jóvenes, para ella él era el primer hombre que había conocido, del que creía estar enamorada pero, dándose cuenta con el tiempo, que no tenían nada en común y que al final pocas cosas les unían. Aun así, se resistía a acabar con su

relación. Cuando les salió aquel traslado, Celia convenció a su amiga para que la acompañara y así, estando separada de él, ver si realmente lo quería o no, ver con cierta distancia si valía la pena seguir intentándolo o daba por terminada la relación.

Y por lo visto, durante esa separación ella había conocido a otro hombre, sintiendo cosas por él que no había sentido nunca, dándose cuenta lo que era el amor por primera vez en su vida, descubriendo que lo que la había unido a su marido no era amor ni por asomo, solo cariño.

Pero las cosas nunca son sencillas y para muestra, mi propia vida. El hombre del que se había enamorado tenía pareja y ella también, entrando en conflicto esa situación con su educación conservadora y sus principios morales. Al final, confundida e indecisa, había decidido volver a su hogar e intentar arreglar las cosas con su marido. Y, aunque las cosas no habían mejorado entre ellos, su ausencia ya se alargaba un mes y, de momento, no daba señales de ir a volver pronto.

A pesar de no conocerla, establecí con ella un vínculo anímico, sintiéndome identificado con su historia y profesando lástima por aquella mujer que tan mal lo estaba pasando y cierta empatía con ella, atrapada emocionalmente como estaba con una pareja que no se merecía.

Los días y semanas fueron pasando. Yo estaba totalmente amoldado a mi nueva rutina: trabajo, ejercicio y sexo desenfrenado con Celia. Atrás habían quedado los recuerdos de Sara y de todo lo que había sucedido entre nosotros, como algo lejano y que no valía la pena recordar. Excepto Alejandra. Aun la seguía teniendo presente, imposible de olvidar, volviendo a mi mente de forma cada vez más recurrente aquel encuentro en la cama del hospital. Pero seguía resistiéndome a salir a buscarla, temeroso de lo que pudiera encontrar.

Había pasado un mes desde nuestro primer encuentro, estaba en la cama de Celia, después de otra noche de sexo desenfrenado, cuando escuché un ruido al otro lado de la pared. Me removí algo confuso y desorientado, sin acabar de situarme donde estaba. Un gemido a mi lado me hizo ser consciente que no estaba solo en aquella cama y, con solo un vistazo, se hizo la luz en mi cabeza.

A mi lado, desnuda y dándome la espalda, dormía Celia. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras recordaba el polvo que habíamos echado la noche anterior en el salón aprovechando tener el apartamento a nuestra disposición debido a la ausencia de su amiga y compañera.

Un nuevo ruido llegó de la habitación de al lado y me acabé de despertar del todo. Celia no me había dicho nada que fuera a volver su amiga Sandy... Acaricié la espalda desnuda de mi compañera de cama y ella gimió de gusto con aquella sutil caricia.

—Déjame dormir... —murmuró— ¿es que no tuviste bastante anoche?

—Es que me he despertado al escuchar un ruido —le dije repitiendo el roce con su piel.

—Debe ser Sandy... —siguió diciendo en voz baja— me llamó ayer para decirme que volvía... anda, duérmete de nuevo... y no hagas ruido, que aquí se oye todo...

—Lo podemos hacer en silencio... —le dije en tono cariñoso.

—Para... —me dijo con voz adormilada— y no quiero hacerlo estando ella en el apartamento... la pobre está pasando un mal momento...

—Ya... —dije yo recordando lo que me había explicado.

—Sí... —dijo tratando de volver a dormirse— la pobre lleva meses sin follar y me da cosa hacerlo con ella al otro lado de la pared... es mi amiga y no quiero que pase un mal rato escuchándome mientras ella está a dos velas...

— Pero oye, ¿al final ha arreglado lo suyo con su marido? —pregunté siguiendo con mis caricias.

—No... —dijo suspirando quedamente— por lo que me dijo, creo que ha decidido dejarlo definitivamente... por eso ha vuelto, no tenía sentido continuar con algo que no tenía futuro... y estate quieto, por favor, que aún me duele todo de ayer noche...

—Vale... le dije besándole el cuello por última vez y acomodándome a su espalda— me portaré bien...

—Gracias... —dijo casi en un susurro— ahora a dormir un poquito más...

Celia se durmió casi al instante y a mí me costó un poco más pero, al final, conseguí volver a dormirme, abrazado a ella y envuelto en el silencio en el que se había sumido el apartamento.

Cuando me desperté, el sol ya entraba por la ventana y la cama estaba vacía. No tenía ni idea que hora era ni donde estaba Celia y no tenía forma de saberlo ya que mi ropa y mis cosas estaban en el salón que era donde me había quedado desnudo. Allí tumbado en aquella cama, esperé un rato a ver si aparecía Celia pero, no haciéndolo, decidí arriesgarme a salir con el temor de ser pillado en pelota picada por su amiga.

Abrí la puerta de la habitación procurando no hacer ruido alguno y asomé la cabeza, asomándome al pasillo y no viendo nada, no escuchando nada. Eso me dio ánimos para seguir con mi plan y salí decidido camino al salón donde debía estar mi ropa con la que ocultar mi desnudez y volver a mi apartamento.

Llegué al salón donde reinaba un silencio sepulcral y busqué por el suelo los restos de la batalla que Celia y yo habíamos mantenido la noche anterior. Pero nada, ni rastro de mis pertenencias.

—Tu cosas están encima de la mesita de la esquina —dijo una voz femenina a mi

espalda, una voz que me sonaba de algo pero que, de ninguna manera, correspondía a Celia.

Me giré buscando el origen de aquella voz, encontrándome con una mujer situada en la entrada de la cocina, vestida con una camiseta de tirantes y unas braguitas, mirándome risueña a través de sus gafas de pasta, cambiando su rostro cuando reconoció el mío, pasando de divertida por la situación tan cómica al encontrarse a un tío desnudo en su piso a sorprendida por mi aparición, apartándose algo nerviosa un mechón de cabello pelirrojo que caía sobre su rostro.

—¿Daniel? —dijo ella con extremo desconcierto.

—¿Alejandra? —dije yo totalmente turbado por la sorpresa.

Sí, la mujer que me miraba con atención y totalmente desorientada mientras sostenía una taza de café en su mano, que escrutaba mi cuerpo completamente desnudo, era Alejandra. Aquella Alejandra que no existía. Aquella Alejandra que era fruto de mis alucinaciones. Aquella Alejandra que había desaparecido de mi vida al operarme y que pensaba que no iba a volver a ver porque me habían hecho creer que era producto de mi fantasía. Aquella Alejandra que me había follado en mis sueños y por la que sentía algo más que una simple atracción física.

Y allí estaba, en carne y hueso, dejándome completamente paralizado y sin poder de reacción, anonadado por su presencia.

—Buenos días, Sandy. No sabía que os conocíais... —preguntó Celia que, por lo visto, lo había visto todo.

¿Sandy? ¿La amiga y compañera de piso de Celia siempre había sido ella, Alejandra? Mi cabeza funcionaba a mil por hora, encajando todas las cosas que me había contado Celia sobre ella: su matrimonio fracasado, sus dudas al haberse enamorado de otro hombre que también tenía pareja, su huida en busca de respuestas... ¿Acaso era yo ese hombre? ¿Ese hombre que la había hecho conocer el amor?

Mientras mi cabeza bullía con todos esos pensamientos, me giré buscando a Celia, descubriéndola junto a la puerta y envuelta en una toalla. Eso explicaba porque no estaba en la cama y porque no la había encontrado, estaba en la ducha.

—Sí —dijo Alejandra— es el chico del accidente...

—No jodas... —dijo Celia avanzando hacia ella— ¿el que sacaste del coche? ¿El que estuviste tratando esas semanas? El tío del que estás....

—El mismo... —dijo ella interrumpiéndola, algo ruborizada y dando un sorbo a su taza— lo que no entiendo es que hace aquí...

—¿Te acuerdas que te dije que llevaba un tiempo acostándome con un chico? —dijo

nerviosa Celia— no sabía quién era... te juro que...

—Tranquila —le contestó ella cogiendo su mano— no podías saberlo...

Y a todo esto, yo seguía atónito aquella conversación sin entender nada y sin ser consciente que seguía completamente desnudo.

—¿Y qué tal? —le preguntó Alejandra a Celia.

—Uff... genial... —le contestó con una sonrisa— es guapo y está bueno eh...

—Ya te digo... —dijo Alejandra y notando el escrutinio de las dos mujeres, despertando de mi letargo y dándome cuenta de mi desnudez.

Me cubrí mis partes con rapidez y me apresuré a ir en busca de mi ropa, poniéndome el bóxer y tapando en parte mi desnudez antes de intentar averiguar de qué iba todo aquello, qué estaba pasando.

—No entiendo nada —le dije a Alejandra— tú se suponía que no existías...

Las dos se miraron y estallaron a reír, acrecentando mi malestar.

—Pues a mí me parece bien real... —dijo Celia dándole una palmada en el culo de Alejandra.

—Oye... —protestó alegremente Alejandra— esas manos...

—No sé porque dices eso —dijo Celia— pero Alejandra fue la que vio tu accidente, la que llamó a la ambulancia y la que, mientras llegaban, te dio los primeros auxilios... gracias a ella estás vivo...

—Tampoco es para tanto... —intentó restarle importancia Alejandra.

—Sabes que es verdad lo que digo —contestó con seriedad Celia— y después, te estuvo tratando en el hospital, intentando ayudarte a recuperar la memoria... al menos, hasta que tu novia le prohibió que lo hiciera...

—¿Qué? —Dije totalmente confundido— ¿Sara? ¿Ella sabía que eras real? ¿Qué no eran alucinaciones mías?

—¿Alucinaciones? —preguntó Alejandra.

—Sí... —dije yo— después de despertar del coma... del segundo... pregunté por ti, por mi sicóloga o la que yo creía que era mi sicóloga... y me dijeron que nunca habías existido, que había tenido alucinaciones provocadas por un hematoma en la cabeza... que todo lo que creía haber visto, escuchado no era real, todo una alucinación que, al operarme, iba a desaparecer de mi mente...

Alejandra y Celia se miraron sorprendidas e impresionadas por mis palabras.

—Bueno... —dijo Alejandra— pues es evidente que eso no es cierto. Como sicóloga tuya cada mañana te visitaba, me contabas todo lo que ibas recordando, todo lo que ibas recuperando de tu mente, de tu pasado... fragmentos de memoria, me decías...

—¿Entonces no recuerdas nada más? —Preguntó Celia— ¿Nada de lo que pasó

entre vosotros?

—¡Celia! —le recriminó ella.

—¿Entre nosotros? —Dije confundido— no sé...

Lo dije mientras por mi mente pasaban las imágenes de lo que pensaba que nunca había ocurrido aquella mañana, cuando besé a Alejandra, cuando toqué sus pechos, sus muslos, su sexo... ¿acaso sí había sucedido? ¿Podía ser que sí hubiera pasado todo aquello? ¿Qué todo hubiera sido real?

Ellas me miraban curiosas y con claros signos de ansiedad mientras yo hacía como que trataba de recordar, poner en orden mis pensamientos, mis recuerdos. ¿Sería aquello de lo que estaban hablando o acaso se referían a algo más mundano, algo menos erótico?

—Ahora mismo no se me ocurre nada... —le mentí— ¿qué es lo que debería recordar?

—Nada —se apresuró a contestar Alejandra— no hay nada que recordar...

¿Parecía defraudada con que no hubiera recordado lo que fuera que había pasado? Celia, sin embargo, me escrutaba con detenimiento, buscando cualquier indicio que me delatara, sonriendo al final.

—Mientes —me dijo con decisión— sí que recuerdas algo...

—Déjalo ya, Celia... —le pidió su amiga— ya te ha dicho que no recuerda nada...

—¿Ah sí? ¿Y si no recuerda nada porque se le ha puesto la polla morcillona? —dijo Celia haciendo que los tres nos fijáramos en mi entrepierna.

Me puse rojo al descubrir que era verdad e, inútilmente, traté de cubrirme con mis manos, tratando de ocultar mi estado de semierección. Celia sonreía triunfante y Alejandra me contemplaba con un brillo en sus ojos mientras, casi como sin querer, daba un par de pasos en mi dirección.

—¿Qué es lo que recuerdas, Daniel? —Me preguntó Alejandra— ¿qué recuerdas de aquella mañana, la última que estuvimos juntos?

—¿La última mañana? —dije con nerviosismo recordando. ¿Sería posible que sí fuera cierto?— recuerdo algo pero, no sé si sucedió o no...

—¿El qué? —Preguntó a su vez Alejandra avanzando un poco más— dímelo, sin miedo... y yo te diré si pasó o no...

—Pero no te enfades con lo que voy a decirte —le pedí mientras tragaba saliva nervioso por la situación— recuerdo besarte...

—¿Y qué más? —Me preguntó ella con una sonrisa en su boca— ¿Qué pasó además de ese beso?

—Toqué y besé tus pechos —dije con mayor seguridad al ver aquella sonrisa, como

si mis palabras le hubieran proporcionado una gran alegría— recuerdo acariciar tu cuerpo hasta llegar a tus braguitas húmedas donde, al final, te echaste atrás, parando todo aquello, alegando que estabas casada y que no estaba bien aquello...

—Entonces lo recuerdas... —me dijo ella satisfecha y acortando hasta la nada la distancia entre los dos cuerpos— no podía hacerlo, no entonces... estaba echa un mar de dudas, me sentía atraída hacia ti pero aún no tenía las cosas claras con mi matrimonio, si seguir luchando o darlo por acabado... por eso me fui de aquella manera...

Alargó su mano y tocó mi mejilla, notando un estremecimiento en mi piel a su contacto. Volví a recordar aquellas imágenes pero ahora con total nitidez, como si se estuvieran produciendo en aquel mismo instante en aquella estancia.

—Y justo al salir de la habitación, totalmente confundida con lo que sentía, me topé con tu novia... —me dijo Alejandra— lo había visto todo, me prohibió que me acercara a ti, me acusó de aprovecharme de tu estado mental para embaucarte y me amenazó con denunciarme... y por eso decidí apartarme, desaparecer por un tiempo... no tenía opción ...

Alejandra me miraba de una forma que nunca había visto, los ojos empañados en lágrimas que no tardaron en empezar a caer mejilla abajo, lágrimas cuyo avance detuve yo con el dorso de mi mano acariciando su rostro.

—Pese a todo, fui a verte una última vez, a despedirme de ti, a decirte que te quería pero que lo nuestro no podía ser, que ambos teníamos pareja y que aquello que habíamos hecho no estaba bien... —recordó con amargura— al verte allí, de aquella manera... se me cayó el mundo encima... me enteré que llevabas en coma desde el día que nos habíamos despedido de aquella manera tan repentina y brusca...lloré sintiéndome en parte responsable de tu estado... allí a tu lado lloré como nunca lo había hecho... no podía creer que la vida fuera tan injusta... tú, en coma y atado a una mujer que te era infiel... yo, atada a un hombre al que no quería mientras el que quería y deseaba se debatía entre la vida y la muerte, sin saber si volvería a despertar alguna vez...

Alejandra lloraba amargamente, la acogí entre mis brazos, consolándola y reconfortándola.

—Pensaba que te había perdido, que no volvería a verte nunca más... —dijo entre sollozos— por eso me fui, volví a casa a intentar arreglar mi relación con mi marido... no quería sufrir más, hacerte sufrir más...

—Ese mismo día desperté —le confesé— sentí desde donde estaba como me llamabas y por eso volví... para volver a estar a tu lado...

—¿Pero y tu novia? —me preguntó ella con ansiedad y su rostro mojado por sus lágrimas.

—Han roto —le aclaró Celia hablando por primera vez desde que habíamos empezado nuestra confesión— por eso está viviendo aquí...

—¿En serio? —Dijo ella con una exultante alegría— me alegro que hayas dejado a esa zorra infiel...

—¿Y tu marido? —le pregunté a mi vez— ya te has aclarado y sabes lo que quieres...

—Lo supe desde el momento en que pisé el que había sido mi hogar aunque quisiera engañarme... —dijo con ternura— ni un solo momento dejé de pensar en ti, de acordarme de ti, de lo que me hiciste sentir en aquellos breves momentos que compartimos... no lo quiero y sé que nunca lo he querido, te quiero a ti... solo a ti... nunca más volveré a alejarme de ti...

Sobraban las palabras. Acerqué mis labios a los suyos, fundiéndonos en un beso como aquella mañana en la cama de ese hospital donde tanto tiempo pasé. Con la diferencia que ahora sabía que aquello era real, muy real y que nadie ni nada nos iba a interrumpir ni a detener.

El beso, cariñoso y tierno al principio, fue intensificándose por momentos, convirtiéndose en una intensa batalla donde no había ni vencidos ni vencedores, solo una ardiente lucha entre nuestros labios y lenguas buscando conocer cada recoveco de la boca del otro.

Nuestros cuerpos pegados y casi desnudos, se rozaban a cada mínimo movimiento, subiendo nuestra temperatura hasta niveles inaguantables.

—Será mejor que os vayáis a una habitación —dijo Celia aguantándose la risa— que al final me vais a poner a mi cachonda también... y no respondo de mí...

Alejandra le sonrió, me cogió de la mano y me guio pasillo adentro camino de su dormitorio donde íbamos a culminar lo que acabábamos de empezar.

—Gracias —le dijo al pasar junto a su amiga— por devolvérmelo y haberme apoyado este tiempo... y lo siento, pero ya puedes irte olvidando de él que ahora es mío y solo mío...

—Lo sé —dijo Celia riendo— anda y pasa un buen rato, que te lo mereces... os lo merecéis...

Le dio una cachetada a su amiga, que rio y continuó guiándome hasta su cama, sonriendo yo a mi vez a Celia agradeciéndole lo que hacía y su comprensión.

Entramos en el dormitorio y enseguida tuve encima a una desatada Alejandra, que no cejaba en besarme con pasión, con sus manos recorriendo cada centímetro de mi

cuerpo. Lo mismo estaban en mi nuca, apretando mi cabeza contra la suya, estrechando el choque de nuestros labios que bajaban por mi espalda desnuda hasta alcanzar mi culo aun cubierto por el bóxer, colándose dentro en su avidez por culminar lo que tanto deseaba.

Y yo, contagiado por su calentura, no tardé en posar mis manos en aquellos pechos que se adivinaban desnudos debajo de la camiseta que llevaba, palpando su carne firme y generosa, notando los dos bultos que se alzaban en el centro de ellos, delatando su excitación.

—¿Te gustan? —Dijo ella separándose levemente, cogiendo la parte inferior de la camiseta y alzándola por su cabeza, desprendiéndose de ella— son todo tuyas...

Me abalancé sobre ellas, acariciándolas ahora sin ropa de por medio, haciendo míos aquel par de senos que no podía cubrir con mis manos, llevándolas a mi boca que saboreé como si me fuera la vida en ello, recorriéndolas con mis labios, con mi lengua.

Alejandra, disfrutando de la atención que le daba a sus tetas, solo acariciaba mi cabeza y la apretaba contra ellas, animándome a seguir disfrutando, animándome a seguir dándole placer.

—Sigue así, Daniel... sigue comiéndolas... joder, sí... qué gusto

Espoleado por sus palabras, chupaba una teta y lamía su pezón mientras la otra recibía la atención de mi mano que la amasaba con devoción, gozando casi hasta el delirio con aquel par de pechos que nunca pensé volvería a tener a mi disposición.

Pero quería más, necesitaba más. Y ella también. Mi otra mano bajó y se coló sin miramientos bajo su braguita, acariciando su rajita mientras esperaba, expectante, alguna reacción por su parte, recordando que fue en ese instante cuando la otra vez lo paró todo.

Pero eso no sucedió. De su boca solo salió un largo gemido cuando mis dedos recorrieron sus labios, ladeando levemente su cabeza y entrecerrando sus ojos, abriendo levemente sus piernas para facilitarme aún más mi acceso a su sexo, sexo que notaba húmedo y caliente a rabiar.

—Sigue por dios... no pares... —me rogó ella ante mis dudas.

¿Necesitaba algo más? Mis dedos recorrieron con avidez su raja mientras mi boca se daba un festín con sus tetas y ella no paraba de gemir y suplicar que siguiera, que no parara, que le diera más y más...

Sutilmente la fui guiando hasta la cama, dejándola caer sobre ella y yo observándola desde arriba, viendo su rostro encendido por la felicidad, la excitación y su cara de deseo. Me arrodillé ante ella, cogí los bordes de su braguita y la fui bajando hasta quitárselos por completo, quedando ante mí su sexo cubierto por una fina capa

de vello rojizo que me hizo encender aún más.

—Ábrete cielo —le pedí ansioso.

Ella obedeció y abrió sus piernas al máximo, descubriendo como su sexo se abría ante mí, ofreciéndomelo. De nuevo, me abalancé sobre ella, hundiendo mi rostro en su entrepierna. Mi lengua recorriendo sus labios húmedos y cálidos, mis manos sus muslos firmes y generosos, sus manos aferrando mi cabeza mientras empezaban a escucharse los primeros suspiros que su boca dejaba escapar.

Apenas llevaba un par de minutos disfrutando de su sexo cuando noté como se agitaba su cuerpo y un gemido agónico salía del fondo de su garganta, indicándome que se había corrido por primera vez. Pero no por eso dejé de atacar su sexo, de seguir lamiendo y chupando, de seguir alargando su placer y su agonía.

Y no satisfecho con ello, añadí a su particular tortura dos de mis dedos colándose en su interior, penetrándola con avidez mientras mi boca se dedicaba ahora a martillar contra su inflamado clítoris, llevándola a un cúmulo de sensaciones que la hicieron gritar, suplicar, gemir y, al fin, aullar su segundo orgasmo, mucho más intenso que el primero. Su cuerpo se arqueó, sus piernas se cerraron detrás de mi cabeza, sus ojos se cerraron y su boca abierta buscaba aire mientras exhalaba aquel grito que debió escuchar Celia en su habitación.

Viéndola en ese estado, ahora sí decidí darle una tregua y me subí a la cama, acostándome a su lado, acariciándola con ternura mientras la veía, poco a poco, recuperándose del placer extremo que acababa de sentir.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Mejor que nunca... —me dijo girándose hacia mí— pero ahora me toca a mí...

De rodillas en la cama, empezó a besar mi pecho mientras iba descendiendo de forma lenta pero sin pausa en busca de su objetivo que no tardó en alcanzar, primero con su mano que cogió mi verga medio empalmada y que empezó a pajar, y luego con su boca que empezó a lamer el tronco de mi miembro, consiguiendo que casi al instante se pusiera dura y firme, lista para hacerla gozar.

En aquella postura, dejándome al alcance su espalda y su trasero apetecible, no dudé en alargar mi mano y acariciar la parte baja de su espalda y, en especial, su culo que se agitaba fruto de sus movimientos sobre mi polla, incitándome a tocarlo, acariciarlo, besarlo y lamerlo.

Alejandra, después de lamer todo mi miembro, se metió buena parte de él en su boca, empezando un vaivén que me hizo ver las estrellas. Desde mi posición veía perfectamente como su boca engullía con gula mi polla mientras con su mano pajeaba la parte que era incapaz de tragar, su rostro de pura lujuria parcialmente oculto por su

cabellera rojiza que le caía sobre su cara, sus grandes pechos bamboleantes rozando mi muslo y mi vientre... una visión sublime...

Con mis manos en sus nalgas, acariciándolas, y mi boca buscando sus dos orificios, chupándolos y lamiéndolos, busqué devolverle parte del placer que me estaba dando aunque claramente ella estaba ganando aquella partida.

—Como sigas así voy a correrme... —le avisé anunciándole lo inevitable.

—De eso nada —dijo abandonando su tarea— necesito sentirla dentro...

Se dio la vuelta, quedando frente a mí, subiéndose a horcajadas y encarando mi dura verga a la entrada de su sexo. Con sus manos en mi pecho y las mías en los suyos, se fue dejando caer tragando poco a poco toda mi polla hasta enterrarla por completo en su interior.

Los dos exhalamos un suspiro de placer al sentirnos unidos de aquella manera, mirándonos con cariño y buscando nuestros labios que se volvieron a enzarzar en una nueva batalla. Mientras lo hacíamos, Alejandra empezó a moverse de forma lenta y cadenciosa, haciéndome notar cada centímetro de su estrecha vagina, extasiándonos a ambos con aquel roce martirizador.

En aquella postura sus pechos se rozaban con el mío, notando sus erectos pezones arañar mi torso, dándome un extra de placer. Mis manos buscaron su culo, que aferraron con decisión, ayudando en su tarea de subir y bajar sobre mi enhiesto falo.

De forma lenta pero inexorable, la cadencia de la cabalgada fue subiendo de intensidad a la vez que la pasión y la lujuria volvía a tomar el control de nuestros cuerpos y mentes, convirtiéndose al poco tiempo en una frenética montada donde ella literalmente saltaba sobre mi cuerpo, clavándose sin piedad sobre mi dura verga.

No tardó en correrse de nuevo Alejandra, de nuevo otra vez gritando su éxtasis, su cuerpo contorsionándose y su rostro demudándose fruto del intenso placer que estaba recorriéndola entera, cayendo sobre mi cuerpo que la recibió en un abrazo caluroso pero aún lejos de mi orgasmo.

Completamente a mi merced, la volteé quedando ella bajo de mí y todavía ensartada en mi miembro, empezando un lento mete saca que hizo que Alejandra poco a poco fuera recuperándose, volviendo a entregarse por completo a aquel polvo que estábamos disfrutando, enlazando sus manos y piernas con mi cuerpo, convirtiéndonos en uno.

De nuevo poseídos por el placer, los movimientos se fueron acelerando y ganando en intensidad, estando al poco tiempo ya arremetiendo con vigor contra su encharcado coño que se deshacía bajo mis intensos esfuerzos por complacerla.

Alejandra, completamente desatada, gemía sin parar, suplicaba que no parara,

rogaba que siguiera, anhelaba que aquello no acabara nunca. Yo, bufando como un toro y sin dejar de empujar una y otra vez, cada vez más cerca de mi orgasmo e intuyendo que llevando a Alejandra al suyo, hice un último esfuerzo apoyando mis brazos en sus costados para ganar ímpetu y profundidad, ayudado por sus manos que estrujaban mis nalgas deseando aquel último cambio de ritmo, el definitivo.

Y así fue. Apenas un minuto después ambos estallábamos al unísono en un orgasmo liberador, el primero mío y el cuarto suyo, unidos por aquel abrazo carnal que impidió que pudiera salirme de ella, derramando mi esencia a borbotones en su interior.

Abrazados, exhaustos pero completamente satisfechos nos quedamos dormidos ambos, juntos en aquella cama, sellando el principio de algo que solo el tiempo diría si nos llevaría a algo.

Después de aquel día, muchas cosas cambiaron en mi vida. Lo primero, Alejandra prácticamente se mudó a mi apartamento donde compartíamos todo, conociéndonos, sentando las bases de nuestra relación, de nuestra vida en común. Porque ambos sabíamos que queríamos seguir con aquello y a fe que lo estábamos consiguiendo.

Apenas llevábamos una semana viviendo juntos cuando ella volvió seria del trabajo, diciéndome que teníamos que hablar.

—¿Ha pasado algo? —le pregunté preocupado por su seriedad.

Ella me miró, sopesando como decirme aquello tan importante que tenía en mente, cómo hacerlo para no causarme daño.

—Sí —dijo atenta a mi reacción— hoy he visto a Sara en el hospital...

Otra vez ella. Sara de nuevo. Cuando todo parecía haber quedado atrás, ser un mero recuerdo del pasado, volvía a hacer acto de presencia. Frente a mi sorpresa y desconcierto inicial, intenté reponer mi ánimo, por nada del mundo estaba dispuesto a que esa figura no deseada incidiera de alguna manera en nuestras vidas.

—¿Cómo? —Dije empezando a cabrearme— Como se ha haya atrevido a...

—No es eso, Daniel —me cortó en seco — ella no me ha dicho nada porque acababa de despertarse... por lo visto llevaba en coma desde el día de vuestra ruptura y hoy, por fin, parece que ha salido de él... y ha preguntado por ti de forma insistente, por eso me he enterado que estaba en el hospital. Una compañera ha recordado que yo te visitaba y creía que yo podía conocer tu paradero...

—¿No le habrás dicho nada? —le pregunté.

—No, no le he dicho nada pero, sinceramente, creo que deberías ir a verla —me dijo Alejandra— tú has rehecho tu vida, los dos estamos en ello... al menos, deja que ella rehaga lo suya...

—¿Y quién se lo impide? —le contesté con rabia— que se vaya con su maldito amante...

—Ni puede ni quiere, nunca lo haría —me dijo— ha estado en coma por culpa suya... por lo visto hubo una pelea después de que tú te fueras. Él acabó con su rostro incrustado contra una puerta de cristal, sangrando y con su cara medio desfigurada y Sara, le culpó de vuestra ruptura. Una cosa llevó a la otra y él empezó a golpearla hasta hacerla perder el sentido... suerte que por lo visto había alguien más en la casa y pudieron evitar que él la matara que si no quizás estaríamos lamentando algo peor...

Yo callé, apesadumbrado por lo que estaba escuchando. Ahora entendía el caos en el que estaba el salón cuando volví al piso. Y me sentí culpable ya que yo fui el detonante de la posterior pelea que llevó a Sara a su actual estado.

—A Fran lo detuvieron y está en la cárcel —siguió explicándome Alejandra— en serio Daniel, debes verla... ella necesita tu presencia para acabar esto... por ti y por ella, necesitáis cerrar una etapa que aún no está cerrada...

Solo asentí. Dos días más tarde, fui al hospital acompañado por Alejandra. No quería que Sara se hiciera ideas raras, quería que le quedara claro que lo nuestro estaba acabado y que ya había rehecho mi vida con otra persona, una persona que por celos, egoísmo o miedo ella había intentado apartar de mi vida.

Cuando entré en la habitación y la vi, algo se removió por dentro. Tumbada en la cama, llena de vendajes, el cuerpo lleno de moratones, extremadamente delgada... era una sombra de la mujer que había sido. Ella me miró, con unos ojos apagados, faltos de su habitual fuerza y viveza. Ojos que brillaron fugazmente al reconocermme.

—¡Daniel! —dijo con alegría cuando me vio entrar pero enseguida su rostro se demudó al ver a mi acompañante, reconociéndola al instante, comprendiendo la realidad.

—Sara... —dije serio— me alegro que estés mejor... ya me han explicado lo sucedido, me enteré hace tan solo un par de días...

Ella solo asintió y no dijo nada, mirándonos a los dos, como intentando descifrar que tipo de relación había entre ambos.

—Solo he venido a verte porque me han dicho que no hacías más que preguntar por mí... pues bien, aquí estoy... —dije hablando con firmeza— pero no quiero que te confundas, lo que te dije iba en serio... lo nuestro está acabado y, como habrás podido ver, he encontrado a Alejandra y estoy muy feliz con ella...

Vi su rostro sumirse en la tristeza y lágrimas empezar a caer por sus mejillas, provocándome una intensa pena al verla en aquel estado desvalido.

—Mira Sara —le dije cogiendo su maltrecha mano, acariciándola con ternura— no

he venido a causarte más daño... bastante te has hecho tú sola... tampoco he venido a perdonarte, no puedo ahora mismo... quizás, con el tiempo, lo haga pero ahora mismo me es imposible... pero no te guardo rencor y deseo que te vayan bien las cosas, por los buenos tiempos que pasamos... por eso, cuando salgas de aquí, quiero que rehagas tu vida y empieces de nuevo como ya he hecho yo...

—No podré Daniel... —dijo entre sollozos— tú eres lo más importante para mí, lo que más quiero... aunque no haya sabido demostrártelo como te mereces...

—Sí podrás, Sara —le dije dándole ánimos— eres una mujer fuerte y saldrás adelante... estoy seguro de ello... algún día encontrarás a alguien que pueda darte lo que tú necesitas, alguien que te entienda y te comprenda... estoy plenamente convencido que lo harás...

Sara siguió un rato llorando y yo, allí, a su lado. Cuando consiguió calmarse, me levanté, acaricié por última vez su mano temblorosa y me fui junto a Alejandra que no se había movido desde que habíamos entrado, cogiéndola de la mano, recalcando así el mensaje que quería transmitir que lo nuestro estaba más que acabado.

—Alejandra... —dijo Sara y ambos la miramos expectantes— cuídalo, por favor... cuídalo como yo no he sabido hacer... se merece ser feliz...

—Lo haré —dijo ella apretando aún más mi mano— cuídate Sara...

—Adiós Sara —le dije mirándola por última vez— que te vaya todo bien...

Salí de allí sin saber que no la volvería a ver en muchos años. Cuando llegamos al piso conduje a mi chica hasta la cama, con la firme intención de hacerle el amor, cosa que buscaba con necesidad. Quería confirmar, por si todavía me quedaba alguna duda, que ella era mi mujer y lo sería siempre, la que quería a mi lado para el resto de mi vida.